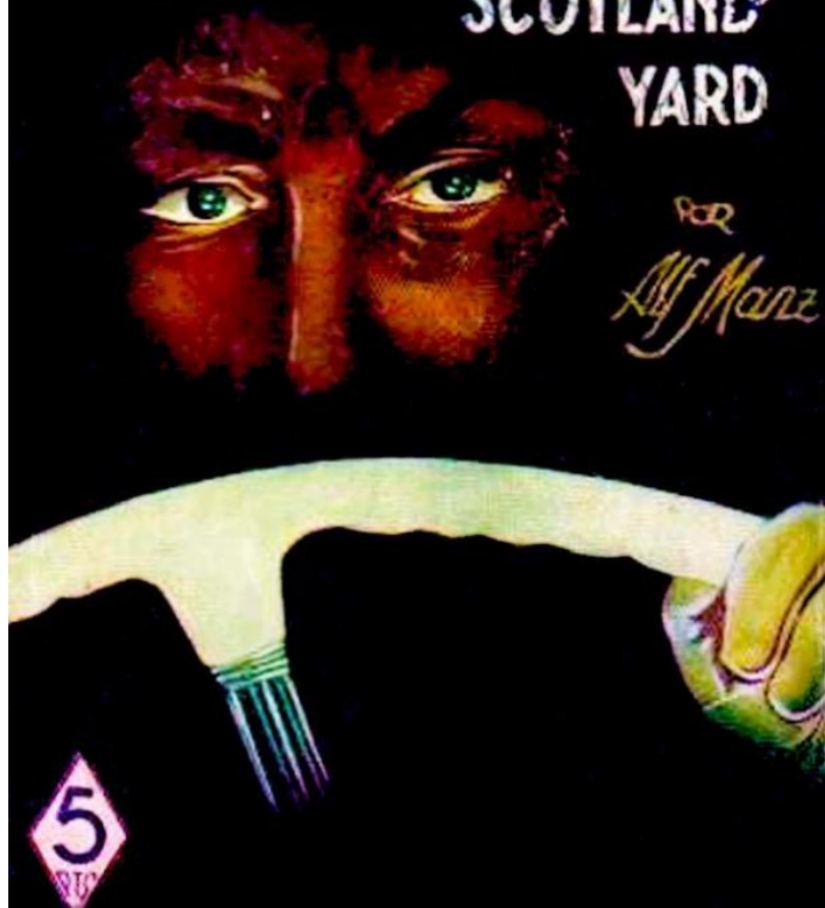


FBI

CONTRARY

SCOTLAND
YARD

FOR
Alf Manz



Alf Manz



Contra Scotland Yard

(Tercera edición)



«Fidelidad, Bravura e Integridad». Fidelidad a los principios divinos en primer lugar, a la madre patria y al F. B. I. Bravura en el ataque y en la defensa, bravura audaz, sin que llegue a locura, y sobre todo sin olvidar que el empleo de las armas ha de hacerse siempre en casos desesperados, de propia conservación. Y, en especial, integridad moral.

OBRAS DE ALF MANZ
PUBLICADAS POR
EDITORIAL ROLLAN

Colección F. B. I.

- | | |
|------|--|
| Núm. | 1.—¡Culpable! (7. ^a edición.) |
| » | 2.—La hora gris. (4. ^a edición.) |
| » | 4.—El Cobarda. (4. ^a edición.) |
| » | 6.—Contra Scotland Yard. (3. ^a edición.) |
| » | 11.—Shanghai. (3. ^a edición.) |
| » | 16.—Tánger. (3. ^a edición.) |
| » | 20.—Terror en la Academia de Quantico.
(2. ^a edición.) |
| » | 23.—Destinos cruzados. |
| » | 28.—Doctor X. |
| » | 33.—Entre rejas. |
| » | 43.—Tinieblas. |
| » | 49.—La Maffia. |
| » | 65.—¡Odio! |
| » | 77.—El vengador negro. |
| » | 85.—Jack, el invencible. |
| » | 91.—Crimen y Justicia. |
| » | 97.—Hampa de Frae. |
| » | 100.—Yo, Director del F. B. I. (2. ^a edición.) |
| » | 118.—Hombres y bestias. |
| » | 135.—Pasión inmortal. |

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

- | | |
|------|------------------------------------|
| Núm. | 1.—Tiger, el Solitario. (Agotado.) |
| » | 2.—El Espía Fantasma. (Agotado.) |
| » | 3.—Corazón de Puma. (Agotado.) |
| » | 26.—Eran dos amigos. (Agotado.) |
| » | 28.—El Tahur. (Agotado.) |
| » | 30.—Yo fui esclavo. (Agotado.) |

Selecciones NEVADA

- | | |
|------|-------------------------|
| Núm. | 13.—Black, el Fugitivo. |
| » | 21.—Caravana maldita. |

Selecciones L O T O

- | | |
|------|----------------------------------|
| Núm. | 5.—Tristeza de amor. (Agotado.) |
| » | 7.—Amor en Hollywood. (Agotado.) |
| » | 10.—Lucha en el alma. (Agotado.) |

EXTRA. NUMERO 1 de
AVENTURAS DEL F. B. I.
Sendas de Perdición (cuento).

I

COMIENZA UNA AVENTURA PELIGROSA



N la oscuridad nocturna, una gigantesca ave de cuerpo metálico rasgaba a gran velocidad el denso muro nuboso. No se la hubiera distinguido ni a su misma altura a no ser por el canto potente de sus cuatro motores y el ligero resplandor que brotaba de su proa, pues las luces ordenadas por el Código internacional de navegación aérea, iban apagadas. Tripulaban el cuatrimotor dos hombres; el piloto, atento a los mandos, y el copiloto, haciendo las veces de navegante, según indicaban los auriculares pegados a sus orejas y las constantes ojeadas que dirigía a un mapa desplegado sobre sus rodillas. Ambos

hombres eran jóvenes, y los dos masticaban «chicle», a juzgar por el rítmico movimiento de, sus mandíbulas. Echándose hacia atrás el auricular izquierdo, el copiloto comentó:

—¿Qué te parece el inspector? Sigue durmiendo como si tal cosa.

Apartando la vista de las esferas registradoras e indicadores, el piloto volvió la cabeza, y contempló con admiración a un individuo que dormía plácidamente, tumbado en un sillón, junto a la puerta de la cabina. Era un tipo interesante, aun cuando la temporal muerte del sueño le restase personalidad. Seguían a sus extendidas y largas piernas una cintura estrecha y un amplio tórax, vestido con chaqueta de cuero, exagerados hombros que ocupaban todo el respaldo de la butaca, y cabeza grande, pero bien modelada, con cabellera rubia de pelo liso. Cuadrado era el ángulo de su mandíbula, y macizo el mentón prominente y enérgico; boca grande, nariz aguileña y cejas singularmente arqueadas, de color que se confundían con el tono tostado de la piel. Resaltaban a la vista sus manos, que descansaban inmóviles sobre los brazos del sillón. Manos grandes, de largos dedos, con la palma extraña y extraordinariamente desarrollada. Madejas de tendones y venas abultaban en su dorso.

—¡Qué manos tiene! —comentó el piloto—. Si no fuese por lo alto que es, parecería un monstruo.

—¡Bien se preocupa él de tenerlas así! Ya viste lo que hacía esta mañana con esas tablillas que trajo —observó el copiloto, señalando con la cabeza a un rincón de la cabina, donde había tiradas unas tablillas partidas, al parecer, a golpes de hacha—. Las partía como si fuesen de chocolate y con las dos manos. Recordaras que en la Academia[1] nos explicó el instructor que los japoneses, maestros en el «*jiu-jitsu*», suelen practicarlo diariamente. Y el inspector no les va a la saga. ¡No quisiera enfrentarme sin armas con él, si luchásemos en bandos contrarios!

—Pues es simpático, ¿verdad? No es como otros inspectores. Parece un agente más.

—Por lo que tengo oído de él, muy pronto pertenecerá al Estado Mayor. Siempre le encargan las misiones más difíciles en el extranjero.

El piloto interrumpió a su parlanchín compañero:

—Ya estaremos cerca; entérate.

El circunstancial navegante se reajustó los auriculares y se puso en contacto por radio con la base aérea de Londres, estableciendo un corto y rápido diálogo. Después consultó el mapa y comunicó a su compañero:

—Acabamos de entrar en el condado de Buckingham. Convenía despertarle. Sigue esta misma dirección, y baja, no vayamos a pasar de largo.

—Despiértale y díselo.

El copiloto se levantó y acercándose al individuo dormido, le anunció mientras le tocaba levemente el hombro izquierdo:

—¡Eh, inspector Pratt, despierte; estamos llegando!

Con sus cinco sentidos cabales, como movido por un resorte, se puso en pie el inspector, tensos los músculos, cual, si se tratase de repeler una agresión. Al Ver al copiloto que había dado un paso atrás, sonrió, desmerezándose disimuladamente. Sus ojos eran grises, color de acero; aunque ahora sonreían; se podía imaginar su dureza cuando los vivificase la ira. Erguido ya, sacaba más de media cabeza al copiloto. Con voz agradable, de tono grave, preguntó:

—¿Han visto ustedes la luz?

—Todavía no; pero estaremos casi encima. Vaya preparándose. Volamos a baja altura por la niebla.

—Bien hecho; seguramente el reflector será de poca potencia.

El llamado inspector Pratt salió a la desierta cámara de popa, seguido del copiloto. Todas las ventanas tenían echadas las cortinillas, no dejando escapar la iluminación interior.

—¿Tiene usted siempre el mismo despertar, inspector? —preguntó en broma el copiloto, mientras le ayudaba a ponerse la gabardina recogida de una butaca.

—Muy a menudo. Mis sueños no son muy divertidos. Hay quién sueña con las coristas de un «*music-hall*». ¡Dichosos ellos!

Servicialmente el copiloto le puso a la espalda la bolsa de un paracaídas, y también le ayudó a ceñirse las correas. Terminaban la operación, cuando oyeron decir al piloto:

—¡Ahí está!

Con una agilidad sorprendente en hombres de su estatura, el inspector Pratt corrió, a la cabina de mandos, y miró hacia abajo, a través del morro transparente del avión: por entre una brecha en la

masa neblinosa vieron un débil rayo de luz ascendente.

—¡Vire en redondo y vuelva a volar sobre el mismo sitio! Ahora, que lo ha localizado, coja un poco más de altura; quiero llegar útil a tierra. ¡Adiós, muchacho!

—¡Adiós, inspector, y suerte! —saludó el piloto, empuñando el timón de dirección y haciendo describir un gran arco a la aeronave.

Nuevamente regresaron a la cámara de popa Pratt y el copiloto. Este último abrió una escotilla circular en el suelo y con el silbar del viento penetró más intensamente el ronco zumbido de los motores; en tanto, el inspector se colocaba un maletín alargado entre la gabardina y el pecho, aflojando un poco las correas que lo ceñían. Se sentó luego en el suelo con los pies rozando la escotilla. Indicando al copiloto que se agachase, le dijo fuertemente al oído:

—¡Comunique a su compañero que avise antes de llegar; no quiero caer justamente encima! ¡Colóquese usted en la puerta, por si no oigo la señal!

Le ofreció la mano y el aviador se la estrechó emocionado.

Transcurrieron unos minutos de espera. El inspector miraba al copiloto que, después de hablar con su camarada, permanecía en el lugar indicado.

Si sólo se hubieran observado las caras, más parecía que el copiloto iniciaba una peligrosa aventura: tales eran sus muestras de nerviosismo.

Al fin levantó el brazo derecho y lo bajó seguidamente. Pratt se dejó caer verticalmente por la abertura de la escotilla, sujetando con el antebrazo izquierdo el maletín, y con la mano diestra cogiendo la anilla de la cinta que abriría el paracaídas.

Comenzó a caer aceleradamente, sintiendo el silbido del aire en los oídos; y con el fin de cortar sus giros sobre sí mismo y el consecuente vértigo, proyectó hacia adelante las dos piernas. No quería tirar de la anilla, aun cuando el avión ya estaría lejos, para no exponerse al arrastre de las corrientes aéreas que le apartarían de la meta elegida.

Sólo un paracutista-veterano era capaz de realizar tal proeza con tan gran serenidad.

Cuando lo estimó oportuno, según sus cálculos, Pratt tiró de la cinta, y al momento se abría la sedosa sombrilla, con un significativo chirrido. Otro hombre menos musculoso no habría

resistido la fuerte sacudida, como si una mano gigantesca quisiera anular la acción de la gravedad. Después empezó a descender, suavemente, flotando en la húmeda y pegajosa niebla.

El choque con el suelo fue amortiguado, empleando las piernas. Había caído en un terreno blando, de labranza, a juzgar por los altibajos de los surcos, que sentía bajo los zapatos. Sólo silencio y jirones de niebla a su alrededor; a la derecha distinguió vagamente un rayo vertical de luz. Dedujo que había tomado tierra a corta distancia del lugar buscado.

Sin pérdida de tiempo, recogió diestramente la arrugada sombrilla, tirando de las cuerdas, desembarazándose del paracaídas a continuación; y con él en los brazos, se dirigió al frente, a grandes zancadas, costándole trabajo desprender los zapatos del terreno casi embarrado. Pensó que si al día siguiente algún campesino pasaba por allí, observaría las huellas del misterioso paseante nocturno y su pista sería fácil de seguir; mas no le quedaba otro remedio.

Iba dejando a la derecha la luz del reflector, hasta que salió del arado campo, recorriendo un terreno sin cultivar, plagado de pedruscos y matorrales. A la izquierda, a corta distancia, le pareció divisar entre la niebla una masa alta y más oscura. A ella se encaminó, despacio, agachado instintivamente. Se trataba de una arboleda, junto a un riachuelo.

Cuando estuvo bajo los árboles, cuyas hojas chorreaban agua, se sacó el maletín del pecho y de su interior extrajo una azadilla de corto astil.

Unos minutos después se alejaba del lugar, en dirección a la luz guía, dejando enterrado el paracaídas. Llevaba el maletín en la mano izquierda y la azada en la derecha.

Caminaba a ciegas, tropezando en piedras y hundiéndose en charcos, atravesando sembrados y altozanos cubiertos de matorrales. Dio un pequeño rodeo, burlando un «cottage» de reducidas proporciones.

Conforme se acercaba al cono luminoso que ascendía al cielo, un difuso resplandor le ayudaba en su avance y le permitió distinguir una hilera de, árboles, que luego, al llegar a ellos, resultó ser un bosquecillo rodeando una casita de dos plantas, de cuyo tejado brotaba la luz del invisible reflector.

Agachado y pegado a una baja valla, bajo la bóveda arbórea,

Pratt permaneció quieto, haciendo oído. Silencio impresionante en la calma nocturna. Oía su propia respiración y sentía el latir de su corazón. Le separaba del «cottage» la cerca y una explanada de unas diez yardas. Ningún hilo luminoso en las ventanas, ni un solo rumor de vida procedente del interior, y sin cesar enturbiándole el campo visual aquella maldita niebla.

Dejó el maletín tras el tronco de un árbol, y saltando la valla, recorrió el claro con extremo sigilo, acercándose al edificio. Hizo oído junto al cristal de una ventana, cuyas maderas estaban cerradas. Mudez en el interior, como si la casa estuviese deshabitada. Siguió andando en puntillas a lo largo de la fachada y torció a la izquierda, repitiendo el mismo acto ante la siguiente ventana. Igual resultado negativo. Allí estaba la puerta y por un resquicio del umbral salía una raya de luz. Empujó suavemente, esperando que estuviese entornada. La hoja de madera no cedió. Entonces llamó tres veces con los nudillos.

Tuvo que esperar unos segundos hasta escuchar una voz de hombre en el interior:

—¿Quién va?

—Visita de un extranjero —repuso Pratt, en tono quedo, pegando los labios al ojo de la cerradura.

Unos pasos, el rechinar de un cerrojo al descorrerse, el chirrido de una llave al girar, y la puerta se entreabrió, brotando un bloque de luz que recortaba la silueta de un hombre bajo, empuñando un arma de fuego. Pratt no podía distinguirle las facciones, mientras él estaba deslumbrado. Haciendo caso omiso del arma, preguntó:

—¿Quién es usted? ¡Soy Pratt!

—Soy Ohlert. Pase pronto, amigo.

Cuando la puerta fue cerrada, los dos hombres se miraron frente a frente. Se hallaban en una habitación grande, iluminada por una lámpara eléctrica. Un hogar con chimenea de campana caldeaba el ambiente. Pratt contemplaba a un individuo de anchos hombros, de cuello de toro, de cabello rojizo y ojos azules, muy infantiles, a pesar de estar serio y de tez pálida.

En silencio, Pratt se acercó al fuego, volviendo la espalda al otro, como si se hallase en su propia casa. Así, mientras se calentaba las manos, pero con los sentidos alerta, interrogó:

—¿Sabe quién me envía?

—Truslow —fue la lacónica respuesta—. Usted es el inspector Raymond Pratt, del F. B. I.

Y ¿yo soy...?

—Edward Ohlert, del Servicio Secreto de la Marina de los Estados Unidos.

Al terminar de hablar, Pratt se volvió. Ohlert se acercaba, después de haberse guardado la pistola, ofreciéndole la mano y sonriendo levemente.

—¿Cómo está usted, inspector? Me enorgullece conocerle. Hace rato oí el motor del avión, y ya estaba impaciente.

Se saludaron, y tras un breve cambio de palabras corteses, Pratt preguntó:

—¿Estamos seguros aquí? ¿Hay alguien más?

—Yo solo. La puerta y las ventanas están cerradas; podemos considerarnos en una fortaleza —aseguró jovialmente Ohlert—. Voy a subir, a apagar el reflector; pudiera llamar la atención. Enseguida bajo. ¡Ah, en ese armario, hay «cognac»! ¡Sírvase; le caerá bien!

Pratt se dispuso a aceptar la invitación, mientras el agente del Servicio Secreto de la Marina norteamericana desaparecía por el recodo de la escalera que había al fondo. Con una copa de licor y un cigarrillo, Pratt tomó asiento en un sillón, junto al fuego. Le resultaba confortable la morada.

Al momento regresaba Ohlert, sentándose a su lado, encendiendo una pipa artísticamente tallada.

—¿Qué últimas noticias tiene usted sobre la misión que me ha traído a Inglaterra? —le preguntó Pratt.

—Nada nuevo respecto al doctor Kersch... Sigue oculto y Scotland Yard se desespera de no encontrarle. Yo no puedo ocuparme exclusivamente de este caso, que, no es de mi incumbencia, y que únicamente toco por patriotismo. Ése fue el motivo de visitar a Truslow cuando estuve en Washington hará una semana. Creo que el doctor Kersch está escondido en Londres, protegido por los mismos que le ayudaron a escapar de Estados Unidos; casi seguro, Los secretos científicos que se trajo valen mucho dinero, bien vendidos, y hay mucha gente interesada en beneficiarse del botín, gente de envergadura; por eso fracasa New Scotland Yard.

—¿Ha visto a Playford y a Lyman últimamente?

Desapareció la expresión juvenil de Ohlert, tornándose seria, revelando su verdadera edad, muy próxima a los treinta y siete años. Casi podría asegurarse que sus azules ojos revelaban temor.

—A Playford no le he visto desde mi regreso, y creo que nunca más lo verá nadie. A ése lo han cazado, y no ha sido Scotland Yard. Me habría enterado enseguida si lo tuviesen detenido. Valía mucho, pero cometió un error fatal —manifestó sombríamente Ohlert

—¿Cuál?

—Hacerse ver demasiado; creerse demasiado listo, y sobre todo, aliarse con Lyman.

—¿Cómo? Es natural que; dos agentes especiales trabajen de común acuerdo, puesto que persiguen el mismo fin. La misión de Lyman era...

—Sí, si lo sé. La misión de Lyman era estudiar los métodos de Scotland Yard oficialmente, y extraoficialmente proporcionar datos a Playford, que actuaría a la sombra, igual que usted viene a hacer. Todo eso lo sé, inspector, pero desde mi regreso de América han ocurrido aquí cosas muy raras, y Dios me perdone si el culpable no es Lyman. La desaparición de Playford se la achaco a él.

—Cálmese, Ohlert, no se ponga tan nervioso. Cuénteme lo que ha sucedido —indicó Pratt con manifiesta inquietud al escuchar al otro y ver su excitación.

El agente del Servicio Secreto de la Marina se sirvió «cognac», y después de tomarlo, aparentemente más calmado, comenzó a explicar, pero sin una ilación lógica en su narración:

—Usted sabe que estoy en Inglaterra con pasaporte falso, desde hace varios meses. En realidad, soy un vulgar espía, así nos llama la gente, pero tengo a orgullo decir que yo no cobro dinero, sino que trabajo por la grandeza de mi patria. Mi misión es enterarme de cuántos adelantos técnicos consiguen los ingleses en lo que se refiere a barcos; el día que me descubran tardaré años en salir de la cárcel, y esto gracias a que la guerra ya terminó, pues si antes me hubiesen cogido, me esperaba el pelotón de ejecución. Y entonces no tenía miedo, pero ahora sí lo tengo, inspector Pratt. Estaba deseando que viniese usted. Le conocía por referencias, y Truslow me habló de que trataría de convencerle en cuanto usted regresase de un viaje. Si usted hace honor a su fama, podrá solucionar ese lío,

y si fracasa, podremos echamos de cabeza al mar con una piedra al cuello, y saldremos ganando; Lyman se alegraría.

—¿Por qué se alegraría Lyman de nuestro fracaso? ¿Por qué? ¡Explíquese, Ohlert! ¡Tranquilícese!

—¡Es un traidor! ¡Nos está traicionando, y al
F. B. I.

y a nuestra patria!

—Es muy grave su acusación, Ohlert.

—No es una calumnia, inspector Pratt. ¡Escúcheme! Regresé de Washington, me entrevisté con Lyman en el lujoso hotel donde vive, no podía buscarle en Scotland Yard, como usted comprenderá. Le conté la impaciencia de Truslow, animándole a actuar, y ¿sabe cuál fue su respuesta? Que me metiese en lo que me importara. ¡Como si su patria no fuese la mía! Y luego, cambiando de actitud, me reveló con gran secreto y misterio el sitio donde yo encontraría documentos y planos importantísimos sobre una turbina nueva que estaban fabricando los ingleses. La tarea era fácil: total, entrar en la casa de un técnico, y abrirle una caja de caudales con menos mecanismo que una caja de cerillas. Me dio todos los detalles. Se lo agradecí, le pregunté por Playford, me dijo nerviosamente que no sabía nada de él, y me despidió, dándome a entender que le gustaría no verme más por allí. ¡Estuve a punto de caer en la trampa como un incauto conejo!

Ohlert había dicho la última frase con un bramido de furor, y, tal vez, para calmarse, hizo una pausa, tomando otro sorbo de «cognac». Continuó narrando:

—Ansioso de fotografiar los planos, fui aquella misma noche al sitio indicado, en Old Bond Street. Tenía ya las manos en la combinación de la caja fuerte, cuando se encendieron las luces del despacho y un chorro de policías entró a atraparme. Tuve que tirarme por el balcón, desde una altura de dos pisos. Caí afortunadamente como un gato y logré burlar el cordón de guardias que rodeaban el barrio. Y no es esto solo. Después de correr y dejar atrás a los perseguidores, llegué a una de las pensiones donde tengo tomada habitación. Un sexto sentido me advirtió de que algo raro ocurría por allí. Me agazapé en un portal y vi luz en la ventana de mi cuarto. Al rato, varios detectives de la Sección Especial, yo conozco a algunos, se reunían delante de la casa, comentando algo.

Pasaron a dos palmos de mis narices. En cuanto pude di marcha atrás y me fui a otro sitio a dormir. Pues bien; Lyman conocía esa dirección mía; se la proporcioné incautamente yo mismo aquella mañana, por si necesitaba algo de mí. ¿Qué dice usted ahora?

Pratt permaneció callado, meditabundo, razonando que si aquella historia era cierta, la culpabilidad de Lyman quedaba evidente. Ohlert continuó, al no obtener respuesta:

—Y hay algo más que usted debe saber, inspector Pratt. Lyman lleva un tren de vida que no lo soportaría ni un millonario. Y le hace la corte a una de las muchachas más bonitas, ricas y distinguidas de Londres. Me he enterado de que el padre de ella no lo quiere; no quiere a un agente norteamericano del

F. B. I.,

con un sueldo que ni daría para un frasco de perfume de la muchacha. Pero a todo esto, imagínese lo que cuesta ser socio de los mejores clubs, todas las noches al teatro o a fiestas, no faltar a las más importantes carreras de caballos y apostar de firme, acompañando a la jovencita, que parece encaprichada de él, aunque su padre se oponga. Lo tengo catalogado en la clase de hombres ambiciosos. Usted lo conoce, ¿no?

—No. Él es agente especial solamente. Ingresó en el

F. B. I.

hace poco tiempo, y como yo casi siempre estoy en el extranjero... Truslow me dijo que era un muchacho listo y audaz.

—Demasiado listo y demasiado audaz —afirmó rencorosamente Ohlert—. Tan listo que me juego la cabeza a que ese niño se trae un juego sucio respecto a la búsqueda del doctor Kersch. Hay gente de dinero, de mucho dinero, que daría un buen pico, para vivir bien toda la vida, al que le pusiese en las manos los secretos robados por el doctor Kersch. Ahora, inspector, piense y haga lo que le parezca mejor. No obstante, recuerde que Playford se confió y ha desaparecido; el día menos pensado aparecerá su cadáver flotando en las asquerosas aguas del Támesis.

A las postreras palabras de Ohlert siguió una pausa silenciosa. Las diversas y fugaces tonalidades del fuego proyectaban caprichosos brillos y sombras en las facciones, ahora rígidas, del inspector del

F. B. I.

Eran muy intranquilizadoras las noticias dadas por el agente del Servicio Secreto de la Marina. Al rato, Pratt, hombre acostumbrado a afrontar graves problemas y con un sentido práctico, manifestó:

—Hasta mañana tengo tiempo de decidir. Miraremos las cosas con más calma. Aquí mismo, en este sillón pasaré la noche. Convendría salir al amanecer, en dirección a Londres. Si allí está Kersch, allí iré yo.

—Arriba hay dos alcobas preparadas. Dormirá usted más cómodo, inspector. Como veo que no trae equipaje, utilice mi jabón y mi toalla. Aquí no hay de nada; ésta es una casa que tengo alquilada desde hace mucho tiempo, como refugio, por si la Policía metropolitana me estrechase el cerco.

—Con sus noticias, olvidé, que traía un maletín —observó Pratt, poniéndose en pie, y acercándose a la puerta de salida—. Lo dejé ahí fuera.

—No se moleste; saldré yo a buscarlo. ¿Dónde...?

—No, gracias, no lo encontraría —y el inspector abrió la puerta, quedándose inmóvil bajo el dintel. Tres hombres con grises gabardinas, flexibles calados, pantalones manchados de barro, y pistolas empuñadas, fueron iluminados por el resplandor de la lámpara. Tres figuras sombrías, siniestras.

La reacción de Pratt demostró su admirable sangre fría. Antes de que el individuo más adelantado lograra decir: «¡Manos arriba!», el inspector se dejó caer al suelo velozmente, evitando unos posibles balazos, y desde tierra dio un salto increíble, adelante, derribando en su trayectoria al tercer hombre de la derecha, y corrió en zigzags por la explanada, zambulléndose en la oscuridad impenetrable del bosquecillo, saltando fácilmente la valla.

Los tres individuos no dispararon: tal era su desconcierto desde el primer momento; no creerían que la puerta se iba a abrir, y, sobre todo, no esperarían que un hombre encañonado se atreviese a echárseles encima, burlándolos, en lugar de retroceder e intentar cerrar la puerta.

Internándose en la arboleda, el inspector oyó bien claramente gritar a Ohlert:

—¿Qué es eso?

Y una voz ronca, aguardentosa, con acento americano:

—¡Quieto, o tendremos que achicharrarte a balazos! ¡Vosotros

dos seguid a ése! ¡Yo me encargaré de éste!

Pratt hubiera podido huir fácilmente y perderse en la inmensidad de la niebla, del campo y de la noche; pero su espíritu combativo y la misión que le trajo a Inglaterra le obligaban a aguantar lo que fuere, con el fin de averiguar algo, algo muy interesante que confirmaba los temores del agente del Servicio Secreto de la Marina. No podía desperdiciar tan magnífica ocasión. Y, en consecuencia, dispuesto a desarrollar su reconocida astucia, trepó a un árbol, sin importarle mancharse y rozarse pantalones y chaqueta de cuero; la gabardina se la había quitado en la casa y puesto a secar junto al fuego.

No sacó arma alguna. En cuclillas sobre la rama más robusta, aguardó quieto, conteniendo el jadeo natural después de la vertiginosa carrera. Intentaba taladrar con la vista la masa algodonosa de la niebla, pero tenía que fiarse más del oído si quería localizar a sus dos perseguidores armados.

Transcurrieron unos momentos de tensión, de espera torturante. Con los sentidos alerta registraba la menor alteración en el bosquecillo. Sus perseguidores, después del barullo anterior, habían optado por ser cautelosos: parecían no existir. Todo era calma y silencio.

La cruenta caza del hombre por el hombre comenzaba.

A los pocos instantes, el roce de unas ramillas indicaba a Pratt que un cuerpo voluminoso atravesaba unos matorrales a corta distancia. Aguzó la vista, en aquella dirección, más no lograba distinguir el bulto de su enemigo. Tuvo que esperar unos segundos para adivinar, más que ver, la inmediata proximidad de uno de ellos, que avanzaba encorvado, respirando fatigosamente, como persona poco acostumbrada al ejercicio físico.

Temiendo que el otro enemigo se uniese a su compañero, Pratt aguardaba, impaciente, la posición deseada. Y ésta llegó enseguida. Un bulto más oscuro que la noche iba acercándose, y cuando pasaba por debajo del árbol que sostenía al inspector, pero algo desviado, el agente del

F. B. I.

se abalanzó desde la rama al sujeto, en un salto de pantera. Su gran corpulencia y la violencia de la caída derribaron boca abajo al sorprendido perseguidor, que no tuvo tiempo siquiera de apretar el

gatillo. Unas manos poderosas, cual tenazas de acero, recorrieron velozmente su espalda hasta localizarle la cabeza, y entonces, una de ellas, extendida, rígida y dura como plancha de hierro, le descargó un golpe brutal en la nuca. Un quejido y una sacudida impresionantes se sucedieron; quedó inmóvil en tierra el individuo. La pistola le fue arrebatada, y con ella en un bolsillo del pantalón, volvió a trepar el inspector al mismo árbol, con la velocidad de una ardilla.

Él sabía que el ruido despertado atraería al otro perseguidor. En el silencio nocturno había resonado mucho el rápido ataque.

De nuevo la emocionante espera.

Un segundo tras otro, minutos transcurrieron, hasta que el leve rumor de unas hojas húmedas holladas indicó que el enemigo buscaba la causa del ruido. Sobre una rama que caía justamente encima del inanimado cuerpo, Pratt esperaba, sin temor alguno. No era la primera vez que de presa perseguida había pasado a ser cazador y siempre con buen resultado. Le enervaba singularmente el olor a enebro, que debía haber por allí en abundancia.

Un sonido casi imperceptible, algo así como las perneras de un pantalón al rozar, le revelaron la proximidad del enemigo. Éste andaba con un sigilo perfecto. Después, la opresión amedrentadora del silencio. Pratt adivinaba que el otro permanecía agazapado, arma al frente, mirando a su alrededor, dispuesto a apretar el gatillo en cuanto oyese el crujido de una ramilla. Se buscaban ambos con la vista y no conseguían localizarse. Ganaría la partida a muerte el que fuese más paciente, el de voluntad más firme.

Un minuto, otro minuto de acecho; transcurría el tiempo con una lentitud exasperante.

Los nervios del perseguidor fueron los primeros en rebelarse a la despótica tiranía de la quietud; después de todo, él no podía estar seguro de que justamente de aquel lugar hubiese surgido el ruido anterior. Si llevaba linterna de bolsillo, no la utilizó, aunque ganas sentiría de hacerlo con tal de disipar parcialmente las asfixiantes tinieblas que le rodeaban.

Pratt le vio avanzar, paso a paso, agachado, a deducir por lo reducido de su volumen, y tropezar con el cuerpo yacente de su compañero, al que lógicamente identificaba sin necesidad de verle, puesto que si hubiera sido el vencedor habría gritado enseguida la

noticia.

Antes de que se precaviese, el inspector se dejó caer sobre la espalda del enemigo. Unas ramillas rotas por el cuerpo de Pratt al descender le advirtió del peligro, logrando echarse a un lado y escapar momentáneamente al ataque. Comenzó la lucha por el arma, y una bala fue a perderse en la floresta, precedida de una detonación sorda, reveladora de un silenciador adaptado al cañón de la pistola.

El individuo era fuerte y resistía con coraje; no soltaba el arma, aun cuando unos dedos de acero le apretaban la muñeca derecha. Se defendía a patadas y mordiscos, rugiendo de rabia. Su mano libre agarró la cabellera de Pratt y de ella tiraba bestialmente. Un puñetazo del inspector le hizo sentir un dolor agudo, como si el estómago se lo hubieran pegado a la columna vertebral, pero no soltó, hasta que un lazo de dedos le estrechaba el cuello, hundiéndole la nuez, asfixiándole. Pataleó, forcejeó y maldijo inútilmente. Perdió el conocimiento bajo la salvaje presión en su garganta. No era suficiente hombre para enfrentarse a Raymond Pratt, uno de los más hercúleos y ágiles inspectores del

F. B. I.,

exprofesor de lucha en la Academia de Quántico.

Unos momentos de respiro y, tras recoger también este arma, Pratt comenzó a masajear el cuello del desvanecido y a golpearle en las mejillas. Le interesaba que se reanimase y lo consiguió al rato. El hombre exhaló un suspiro. Luego preguntó, aún aturdido:

—¿Qué?...

—¡Calla o te mato! —Obtuvo como respuesta—. Levántate y vamos a la casa. Tengo la pistola a dos pulgadas de tu espalda, si intentas huir... Lllamarás, y pedirás a tu compañero que te abra. Si no le avisas es posible que escapes con vida. ¡Andando!

Tambaleándose; cogido su hombro izquierdo por la férrea mano de Pratt, el individuo era conducido hacia el «cottage». Cuando tropezaba, la mano le levantaba en vilo como si fuese un pelele, y un objeto duro se le clavaba en las costillas. Saltaron la cerca, atravesaron la explanada, y llegaron a la puerta, cerrada o entornada. Seguía saliendo el filete de luz por debajo. Estaba cerrada, según comprobó el Inspector.

—¡Llama, y di que eres tú, que todo ha ido bien! —susurró Pratt

al oído del prisionero.

Este último obedeció sumisamente. Del interior preguntó la voz aguardentosa:

—¿Quién es?

—Abre, Webb. Soy Baker. Todo... todo arreglado.

Escuchóse el chirrido del pestillo y la entrada quedó franca. En el umbral, el tercer enemigo, empuñando preventivamente un revólver, que no tuvo tiempo de usar. De la oscuridad exterior surgió el largo brazo de Pratt como un rayo, el revólver saltó por los aires, los dos enemigos fueron empujados en tromba al centro de la estancia, y cuando quisieron darse cuenta, tenían asestados una pistola y unos ojos fríos.

—¡En pie, de cara a esa pared y brazos en alto! ¡Pronto, si no queréis conocer el sabor de las balas!

Con diligencia de ratas medrosas, el par de individuos obedecieron la orden. Entonces, Pratt se dirigió a la derecha, sin perder de vista a sus prisioneros, y se acercó al rincón, donde yacía Ohlert atado como un fardo. Utilizó la mano derecha para desatarle, diciéndole al final:

—¡Corra a cerrar la puerta! ¡No sabemos si hay más!

El asustado agente del pelo color de remolacha echó cerrojo y llave con evidente satisfacción. No pudo menos de exclamar admirativamente:

—¡Es posible que usted haya conseguido...!

—No perdamos tiempo. Ohlert. Traiga cuerdas.

Atados a las sillas en que fueron sentados, los dos prisioneros esperaban el proceder de su aprehensor, prendidos en la fascinación de aquella mirada diamantina, amedrentadora. Ohlert se encargó de registrarles los bolsillos, extrayendo papeles, unas cartas, billetes y monedas, cargadores de repuesto y algunos objetos de uso corriente. Mientras tanto, Pratt daba comienzo al interrogatorio:

—Os advierto que si respondéis con mentiras a mis preguntas, vais a pasarlo mal, y terminaréis como vuestro compañero: estirados para siempre. No me gusta perder el tiempo. ¿Quiénes sois y qué buscabais aquí?

Mutismo absoluto en los prisioneros. Descompuesto de ira, Ohlert les golpeó repetidas veces la cara. El inspector le contuvo, calmosamente.

—Se va usted a hacer daño en la mano. Coja con las tenazas un ascua y tráigala. Un cauterio científico podría purificar a estos hombres de todos sus pecados.

—¡No pueden ustedes hacer eso! —exclamó aterrorizado Baker, al ver qué Ohlert regresaba con un ascua llameante en las tenazas.

—¿Qué no podemos? ¿Quién nos lo va a impedir? ¡Traiga, Ohlert! Comprobaremos si tienen el «pellejo» tan duro como el corazón.

—¡No, no! ¡Hablaré! —aseguró el mismo de antes, mirando con horror la ígnea amenaza.

—Bien. Empieza. Contesta a mis preguntas.

El individuo, tras una ligera vacilación, como ordenando sus pensamientos, afirmó:

—Pasábamos por la carretera en coche, los tres, cuando vimos al reflector. Íbamos a Londres y... y veníamos de Bloucester de hacer unos «trabajos». Y... vimos él reflector y... nos extrañó. Echamos pie a tierra, vimos que la casa estaba sola, oímos a alguien dentro, y pensamos que no estaría de más redondear el negocio con un último «golpe» antes de llegar a Londres. Usted nos sorprendió.

—¡Ésa es la verdad! —aseguró el otro Web, con exagerados movimientos de cabeza, resaltando su acento nasal.

—¡Vaya, vaya! ¡Muy interesante la historia! Vosotros sois americanos, ¿no? —preguntó Pratt, a la vez que ojeaba los papeles y cartas sacados de los bolsillos de los prisioneros.

—Sí, señor. Desertamos del ejército; éramos contrarios a la guerra. Somos pacifistas.

—Ya, ya lo veo —comentó el inspector irónicamente, mientras leía con interés una de las cartas, fruncido su expresivo entrecejo. Luego, alzando la cabeza, preguntó rápidamente al malhechor de la voz aguardentosa—: ¿Tú te llamas Lewis Baker?

El aludido cayó en la trampa; repuso con viveza:

—No, es éste.

El señalado era el hombre medio estrangulado en el bosque. Masculló una maldición adivinando lo que se le venía encima. Se puso lívido al oír que el inspector le decía:

—Esta carta ha sido escrita por tu hermano, desde París. Contesta a una tuya en la que le ofrecías una buena «colocación» en Londres, y para ello hablaste antes con un tal Heady, que a la vez lo

consultó con el «jefe». Vosotros pertenecéis a una banda organizada, y no sois más que simples miembros de ella: Nos habéis mentido, y eso os va a costar caro —y sombríamente se dirigió a Ohlert—: Traiga otra brasa. Como no digan la verdad voy a quemarles hasta...

No llegó a efectuarse el bárbaro suplicio. Los prisioneros se encontraban descubiertos y confesaron de plano.

—¿Quién es ese jefe?

—No sabemos quién es; nunca lo hemos visto. Nosotros recibimos las órdenes de Heady, que es el lugarteniente, y él asegura que tampoco conoce al jefe. Siempre hablan por teléfono, y le llama «señor Stringer». Como nosotros, desertores del Ejército americano, sabrá usted que hay muchos escondidos en Londres, desperdigados, viviendo a salto de mata, y dando «golpes» de cuando en cuando. Un día, hará cosa de un mes, apareció Heady en una taberna del Soho y nos llamó aparte, hablándonos de que se habían acabado las privaciones. Heady había sido «gángster» en Chicago antes de la guerra. Si obedecíamos a su jefe, tendríamos un buen sueldo mensual, protección contra Scotland Yard y participación en los «beneficios» que consiguiésemos. Nuestra obligación sería obedecer y callar. El jefe tiene que ser muy listo, porque desde entonces hemos dado buenos «golpes» y los billetes han, entrado en nuestros bolsillos. ¡Eso es todo!

—Y ¿por qué vinisteis aquí?

—Ayer mañana nos dijo Heady que en esta casa habría dos personas: un tal Ohlert y otro más. Teníamos que cogerlos, sin hacerles nada, y llevárselos.

—¿Lo ve usted? ¿Lo está usted viendo? —preguntó Ohlert, pálido, asustado, dirigiéndose al inspector—. Eso es obra de quien usted sabe. Me siguen, me espían y conocen todos mis movimientos. ¡Acabarán conmigo! Pero estos perros no van a verlo.

Pratt tuvo que arrebatarse la pistola que ya empuñaba.

—¡Cálmese! ¡Ya hablaremos después!

Y Pratt prosiguió interrogando a los prisioneros hasta enterarse del punto de reunión habitual, de su organización y de la gente que componía la banda. El misterioso jefe había sabido hacer las cosas, y si fracasase algún día, nadie podría achacarle la culpa porque era un ser irreal, una voz a través del hilo telefónico. Entre las muchas

respuestas obtenidas, debido a un azar, Pratt obtuvo una contestación sorprendente;

—Sí, estamos enterados de que el jefe estaba interesado en ese doctor que dice. Todos teníamos órdenes de buscar en Londres a ese hombre, destacando también a todo el hampa londinense, a fin de localizarlo y apoderarnos de él. El premio serían mil libras. Hasta ahora no se ha conseguido nada, pero no se tardará. El hampa tiene más oídos y más ojos que el mismo Scotland Yard.

Una risita nerviosa escapó de los labios de Ohlert.

—Ahí tiene usted otra prueba. ¡No andaba yo equivocado! ¡Son muchos detalles da culpabilidad!

—¿Sabéis algo de un americano llamado Playford? —preguntó, interesado, Pratt a los prisioneros.

—Nosotros no anduvimos en eso. Sabemos que otro grupo lo agarró hace unos días. Creo que era uno del

F. B. I.

Eso se rumoreaba.

—¿Lo han matado?

—No lo sabemos, Heady es el único que podría... El dispone y manda

Pasando a una habitación contigua, Pratt y Ohlert cambiaron impresiones. Este último proponía matar a los prisioneros, pues si los dejaban en libertad avisarían a la banda de la llegada del inspector. Esto se negó terminantemente, y dispuso llevarlos a Londres, dejarlos caer desde un coche en la puerta de un cuartelillo de la Policía, con una carta en la que se especificase anónimamente que eran dos desertores norteamericanos. Scotland Yard se encargaría de deportarlos a Estados Unidos convenientemente custodiados, donde pagarían su principal delito. Callarían los desertores sus actividades delictivas en Inglaterra por la cuenta que les tendría.

—¿Y usted qué piensa hacer? ¿Qué ha decidido inspector?

—En esa carta del hermano de Baker dice que llegará a Londres pasado mañana, y tomará habitación en el Cecil Hotel, con el nombre de Joseph Ward. Por lo que escribe se deduce que no le conocen los actuales secuaces de ese Heady. Me entrevistaré con, él y trataré de introducirme en la banda.

—¿Y respecto a ése... Lyman?

—La confesión de éstos me ha demostrado que posiblemente tiene usted razón. No le veré, por ahora. Como él no me conoce...

—¿Posiblemente? Con toda seguridad. Las pruebas son claras y, terminantes.

—Mañana examinaremos la situación. Saldremos hacia Londres al amanecer. Me temo que esa gente no nos haya dicho toda la verdad. Por si acaso, no estará de más tomar una elemental precaución: dormiremos afuera, entre la arboleda. Así no nos cogerán por sorpresa si el resto de la banda viene a saber de sus compañeros.

—Vamos a pasar frío. Yo creo que atrancando las puertas y ventanas...

—Más frío pasaríamos con una bala en el cuerpo.

Un cuarto de hora después, los cuatro hombres se hallaban en el bosquecillo, envueltos en mantas. Los dos prisioneros estaban atados de pies y manos, tendidos en el húmedo césped. A su lado, Pratt y Ohlert, también echados. Este último se encargaría de vigilar a los desertores.

El inspector se hallaba cansado, y pese al contacto pegajoso de la niebla, fue quedándose dormido, dirigiendo su postrer pensamiento a la novia que le esperaba al otro lado del Atlántico, la mujer buena que le seguía queriendo, aunque ella creyese, como los demás, que Raymond Pratt había robado dinero perteneciente al F. B. I.

Nunca olvidaría Raymond esta inmensa prueba de cariño por parte de su novia.

Sumergido en la inconsciencia del sueño, no supo cuánto tiempo había estado durmiendo hasta que le pareció escuchar la voz de Ohlert:

—¡Cuidado, inspector; despierte!

Instintivamente, con su peculiar facilidad de pasar del sueño a la clara vigilia, Pratt cambió de posición en el suelo, a la vez que se desembarazaba de las entorpecedoras mantas. Cuando quiso enterarse de lo que sucedía, sonaron cuatro detonaciones, y vio dos siluetas humanas en pie, que comenzaban a encorvarse, a encogerse, hasta caer a tierra. Oyó un estertor y un gemido hondo, de muerte. Iba a echarse atrás, a esconderse preventivamente tras unos matorrales, hasta saber a qué atenerse, pero las palabras de

Ohlert, acercándose, le tranquilizaron:

—¡De buena hemos escapado! ¡Y todo por mi culpa!

—¿Qué ha sucedido?

—Estaba tumbado, vigilando a esos dos. De tan nervioso como estuve durante el día, comencé a dormirme, sin poder evitarlo, agotado, rendido y muerto de puro cansancio. Menos mal que tenía la pistola en la mano. No sé qué, pero algo me advirtió del peligro que nos acechaba. Abrí los ojos y vi que se habían desatado y se acercaban a nosotros, dispuestos a atacarnos. No me ha quedado otro remedio que tirar a matar. ¡He pasado un susto de muerte! Lo siento, porque seguramente les hubiéramos podido sacar algo más.

Disgustado, Pratt se aproximó a los prisioneros: eran cadáveres. Unos pasos a la izquierda, encontró las ligaduras; no estaban cortadas... Se habían desatado los forajidos con una habilidad increíble. Posiblemente, se habrían ayudado uno a otro. Su temeridad les había costado la vida.

—Será mejor que nos marchemos cuanto antes de aquí, Ohlert. Podemos ir a Londres en el coche que éstos trajeron.

—No hay necesidad. Tengo ahí el mío, detrás de la casa. El de ellos casi juraría que es robado, y podríamos vernos metidos en un lío tontamente, en cuanto un policía se fijase en la matrícula.

El coche de Ohlert era un Daimler. Devoraba sin esfuerzo alguno las millas de la carretera a Londres. Conducía el agente del Servicio Secreto de la Marina. Junto a él, Pratt, llevando sobré las rodillas el maletín. El balanceo del vehículo al rodar sobre los accidentes del camino, la luz de los faros al infinito y el monótono sonido del motor le fueron adormeciendo. Cerró los párpados, pero no conseguía dormirse. Poco a poco, excitado su cerebro por los repentinos acontecimientos, comenzó a recordar el origen de aquel temerario viaje suyo a Inglaterra, Cinco días antes, en Washington...

¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores Baroja, López de Haro, Fernández-Flórez, Cela, Insúa, Laforet y otros, editadas maravillosamente al precio ínfimo de CINCO pesetas.

EN LIBRERIAS Y QUIOSCOS

Suscripciones a EDITORIAL ROLLAN

II

CINCO DÍAS ANTES...



ASHINGTON aparecía velada por el oscuro manto de la noche. Raymond Pratt, con gabardina color gris ceniza y sombrero de tono más claro, recorría arriba y abajo un corto trecho de la acera situada en la esquina de la Avenida Massachusetts con 3rd Street. Era indudable que aguardaba a alguien, pues constantemente observaba los coches que corrían rozando el bordillo de la acera. Un gesto de fastidio se dibujaba en su viril faz cuando alguno de los apresurados peatones tropezaba con él. Dirigía constantes consultas a su reloj de pulsera. Las agujas marcaban las ocho y media.

Quedóse quieto un instante, a encender un cigarrillo, y este acto pareció traerle buena suerte, pues un Ford de cuatro plazas se detuvo frente a él, y una cara grande, de cejas entrecanas, ojos pequeños y avispados, de mentón basado en una respetable sotabarba, se asomó por la ventanilla.

—¡Suba enseguida, Pratt! ¡A mi lado! —invitó el individuo con voz sonora.

El joven obedeció diligentemente, tirando el apagado fósforo al arroyo. Sentóse junto al voluminoso conductor, hombre de unos cincuenta años. En el asiento posterior no iba nadie. Arrancó el vehículo y corrió a lo largo de la 3rd Street, El obeso individuo, sin perder de vista las traseras de los coches que precedían al suyo, y lanzando repetidas ojeadas al espejo retrovisor, preguntó a Pratt:

—¿Le extrañó mi cita, inspector?

—El lugar, y ahora sus palpables precauciones. ¿Nos sigue alguien, señor Truslow?

—No creo, pero... —Y sin dirigir la mirada a su joven acompañante, comenzó a decir, cambiando de tono—: Pratt, voy a hablarle de un asunto muy grave. Ahora bien, le hago una observación preliminar: cuánto oiga no se lo habrá dicho el inspector jefe del Estado Mayor del

F. B. I.,

sino simplemente Truslow, un amigo de usted. Resulta bien o mal mi proposición, esto ha de quedar entre nosotros hasta la muerte. En una palabra: le haré una revelación en plan particular. Si el día de mañana usted pretendiera contar por ahí que yo le dije tal y cual cosa lo negaré rotundamente y usted quedará como un mentiroso. ¿Entendido?

—Entendido, señor Truslow —afirmó Pratt, subrayando el apellido.

Después de aguardar en una de las paradas, Truslow pisó el acelerador y condujo con pericia por la transitada avenida de New York. Seguía dirigiendo ojeadas al espejo retrovisor.

—Amigo Pratt, usted habrá leído en la Prensa, hace casi un mes, que el doctor Kersch, un sabio inglés que trabajaba con nuestros científicos sobre las armas atómicas, había huido de Estados Unidos, llevándose unos secretos de vital importancia, secretos que en conocimiento de ciertas potencias pueden desencadenar una guerra

fatal, la más cruel e inhumana que haya registrado la Historia. ¿Recuerda el caso ya, Pratt?

—No. Como usted sabe, he permanecido en China durante dos meses, con una misión especial. En donde me hallaba no podía conseguir periódicos norteamericanos; regresé ayer y aún no he tenido tiempo de leer la Prensa atrasada.

—Pues la noticia hizo furor aquí. Los hechos se sucedieron de la siguiente forma; el doctor Kersch vino hace cinco meses, con otros científicos ingleses, a nuestros laboratorios en Oak Ridge. Los informes que poseíamos de Scotland Yard no decían nada en contra suya; por el contrario, los técnicos le consideraban como un gran sabio, uno de los más entendidos en investigaciones atómicas. Como usted sabe, el

F. B. I.

vigila Oak Ridge, y allí trabajó ese doctor varios meses sin despertar sospechas en nuestros hombres. Misteriosamente, de la noche a la mañana, desapareció sin dejar la menor pista. Informes posteriores de Scotland Yard nos hicieron saber que el doctor Kersch se encuentra en Inglaterra, justamente en Londres.

—¡Ah! ¿Ya le ha cogido Scotland Yard?

No, no han logrado encontrarle. ¡Qué más quisieran ellos! ¡La organización de Scotland Yard vive atrasada en bastantes años; y el Intelligent Service no ha evolucionado al compás de las circunstancias históricas y políticas! Únicamente, por un anónimo delator —que luego apareció asesinado— saben que el doctor se halla en Londres. Es indudable que unos poderes ocultos le ayudaron a salir furtivamente de Estados Unidos y a entrar de igual manera en Inglaterra, y ahora lo ocultan, Dios sabrá dónde y con qué fines, aunque yo casi adivino algunos.

—¿Cuáles? —interrogó Pratt, animado a hablar al inspector jefe del Estado Mayor, que había hecho una pausa y seguidamente continuaba, sin responder específicamente a la pregunta del joven.

—De esta acción se derivan dos gravísimas consecuencias; hay un hombre, el doctor Kersch, que posee conocimientos, planos y datos sobre las investigaciones que tanto han costado a nuestros sabios. El dichoso doctor tiene en sus manos el porvenir de la Humanidad. Si él cede su secreto, su terrible secreto, a una potencia extraña; la guerra estallaría.

La otra consecuencia es el ridículo que ha hecho y está haciendo el

F. B. I.

Hemos fracasado, el pueblo ha perdido su confianza en nosotros; más que nunca, tendremos fama de zafios pistoleros al servicio de la ley. Esta situación ha creado un serio y agitado debate en el Congreso. Nuestro director recibe palos de todos los sitios, y no puede dar ninguna solución. ¡El

F. B. I.

está desacreditado!

—Creo que Scotland Yard no tardará en cogerlo.

—¡Scotland Yard esta anticuado! —afirmó secamente Truslow, a la vez que pisaba el freno para no echar su coche encima de otro qué le precedía y había encendido la luz de «stop» al retener la marcha—. Y si agarrasen al doctor Kersch, nosotros no ganaríamos nada. Al contrario, quedaríamos en evidencia. Además, no podríamos reclamarle, no podríamos solicitar su extradición a fin de juzgarle aquí; es de nacionalidad inglesa y le juzgarían los tribunales aquellos. ¡Hay que salvar el honor de los Estados Unidos!

—¿No hay algún medio de...? —interrogó, preocupado, Pratt, a la vez que se llevaba un cigarrillo a los labios.

—Lo hemos intentado. Ya sabes que actualmente estamos realizando un intercambio de agentes con Scotland Yard, para ampliar estudios de métodos policíacos. Nosotros hemos enviado allá a un agente especial, y aquí tenemos desde hace algunas semanas a uno del Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard. Éste es el motivo de que te haya citado así, de esta forma tan especial. Es un individuo despierto, siempre está husmeando en todas nuestras secciones y hasta me temo que ha recibido órdenes de Londres, para que nos vigile en lo que se refiere al caso Kersch. ¡Y lo encuentro natural! Al agente que tenemos en Londres le encargamos espíase y se enterase de los avances que consiga Scotland Yard en su búsqueda del doctor. Se llama Lyman. ¿Lo conoce usted?

El inspector Pratt tardó unos momentos en responder, haciendo memoria:

—No, no recuerdo su nombre.

—Ingresó hace un año. Es un muchacho inteligente, bien

presentado, astuto, al que espera un gran porvenir en el

F. B. I.

Se destacó enseguida de sus compañeros de promoción de la Academia. Él estaba ya en Londres cuando se escapó Kersch. Le transmitimos la orden de estar atento a los descubrimientos que hiciese el

D. I. C.

[2], pero como tendría que hacerlo con un tacto delicado, sin levantar sospechas y sin trabajar a las claras, porque si se descubriese su actuación atraería un grave disgusto entre ambas naciones, decidimos enviar secretamente a otro agente, para que buscase a Kersch. El director pensó enseguida en usted, pero... usted se encontraba en China y tardaría en regresar: Elegimos al inspector Playford, de capacidad probada. A Playford sí le conoce usted, ¿no?

—Sí, mucho.

—Pues hace quince días llegó Playford furtivamente a Inglaterra. Su misión consistía en hallar al doctor Kersch y traérselo a Estados Unidos a la fuerza, como secuestrado, para que fuese juzgado aquí y así salvar el honor del

F. B. I.

Estaría en contacto con Lyman, que le proporcionaría los datos que obtuviesen en el caserón de New Scotland Yard. No hemos sabido nada de él, si vive o está muerto. Únicamente Lyman nos remitió un mensaje en clave a los dos días, diciendo que se había entrevistado con el inspector Playford y que juntos, trabajarían de común acuerdo. Y ¡hasta hoy! ¡No sabemos nada más! El director se consume de impaciencia y de impotencia, intranquilo por lo que allí haya podido suceder, y siempre recordando que Scotland Yard puede descubrirnos, y entonces sería el final: el Gobierno inglés pediría cuentas.

Una vez más, Truslow, que se había sacado un cigarro habano del bolsillo superior de la chaqueta con la mano izquierda y aceptado la lumbre ofrecida por su joven acompañante, miró el espejo retrovisor.

Rumiando sus propios pensamientos, continuó como monologando:

—Es necesario enviar allá un hombre que conozca Inglaterra,

parezca inglés legítimo, no tenga acento nasal, sea inteligente, astuto, fuerte, audaz y se atreva a jugarse la vida. Este hombre tendría que ir como fue Playford, extraoficialmente. Entrar en Inglaterra sin pasaporte, descubrir y luchar contra los que esconden a Kersch, apoderarse de éste, burlar a los agentes de Scotland Yard, y si fuera necesario enfrentarse con ellos, pero sin causarles derramamiento de sangre. Y ese hombre es usted, inspector Pratt.

El aludido dio un respingo en el asiento. No contestó de momento. Truslow ultimó:

—Sólo usted puede solucionar este asunto. Usted reúne todas las condiciones anteriores, parece un inglés de pura raza, ha sido usted profesor de lucha en la Academia, y le creemos dispuesto a sacrificarse siempre por el

F. B. I.

¿Qué respuesta da, Pratt? Le advierto anticipadamente que si usted se niega, su expediente no sufrirá en nada: no podemos obligarle a tamaño sacrificio de índole extraoficial.

Tres largas chupadas dio el inspector a su cigarrillo antes de responder con un tono de preocupación:

—Me coloca usted entre la espada y la pared, señor Truslow. Usted sabe que por el

F. B. I.

me he jugado la vida varias veces, que yo amo al

F. B. I.

porque es la mejor organización anticriminal del mundo y porque gracias a ella, de Estados Unidos desaparecieron los gigantescos «trusts» de «gangsters», haciéndose una gran nación, donde los hombres honrados pueden ser felices. Pero, señor Truslow —y matizó con tristeza las siguientes palabras—: se me pide demasiado. Acabo de regresar de China, voy a casarme dentro de una semana, usted lo sabe.

Estoy ilusionado con tener un hogar y la misión que propone es...

—Es el camino de la muerte, Bratt; no lo ignoramos. El camino de la muerte y del deshonor.

—¿Del deshonor?

—Sí. Antes de su marcha tendría usted que ser expulsado del

F. B. I.

por una causa cualquiera: traición, malversación de fondos o algo parecido. Con el fin de que si Scotland Yard le descubriese en Inglaterra sin pasaporte oficial, usted fuese simplemente un pobre diablo, un expulsado del

F. B. I.

que se había echado al mal camino. Aun cuando usted nos pidiese ayuda, tendríamos que negársela, Pratt; nos veríamos obligados a negarle, a negar cuánto usted afirmase si decía que nosotros le habíamos enviado a buscar a Kersch. El fin de usted sería el presidio por muchos años. Y si usted triunfase, pero a costa de matar a algún agente de Scotland Yard, a su triunfal regreso, nosotros lo devolveríamos a usted a Inglaterra, para que allí le ahorcasen como asesino, como simple ciudadano americano que había matado en territorio inglés a un defensor de nuestra nación hermana. Usted no podrá emplear más armas que su inteligencia, astucia, valor y dinero, todo el que usted quiera se lo daremos por si necesita sobornar a alguien o internarse en la alta sociedad londinense, donde yo imagino que deambularán los guardadores de Kersch. Medítelo ahora, y decida, inspector Pratt. Sea quien sea, dentro de cinco días un agente del

F. B. I.

estará en Londres, buscando a Kersch y localizando a Playford. Piénselo bien, y no olvide que usted no perderá en nuestra estimación si se niega a aceptar esta misión. También le comunico que si usted triunfase no recibiría premio alguno, porque no se podría justificar oficialmente el secuestro de Kersch. Se mantendría todo en secreto, para siempre, y diríamos que el doctor, huyendo de la persecución de Scotland Yard, había vuelto a entrar furtivamente en Estados Unidos, igual que salió.

—No quieren ustedes un hombre, señor Truslow. Quieren ustedes una víctima, compéndalo. Ir allí, en esas condiciones, es ofrecerse a la muerte después de estar deshonorado. ¿Qué pensará mi novia y mi familia cuando me expulsen del

F. B. I.

por un motivo como esos que usted dice? ¡Quítenme la vida, pero no me quiten el honor!

En el largo silencio que siguió, el motor del automóvil parecía sonar más fuertemente. Los faros horadaban con su blanca luz la

negra cortina que retrocedía ante ellos, a la misma velocidad de las ruedas del vehículo. Truslow apretaba convulsivamente el volante y mordía el puro. Él sabía lo que solicitaba; conocía a fondo la importancia de su solicitud, y sintió tentaciones de echar todo a rodar, aconsejando a Pratt que no aceptase, aun cuando el

F. B. I.,

quedase manchado para siempre con un gran fracaso. Miraba de reojo al joven, y le veía terriblemente preocupado ante el gran dilema que le planteaban. Fijóse en el enérgico ángulo de su mandíbula, y en la profundidad de sus ojos, y en aquellas manos, grandes, cruzadas de músculos y tendones. Cuando le vio entreabrir los labios, como para disponerse a hablar, Truslow sentíase trémulo de emoción. Oyó decir a Pratt, en voz baja, rota, como del sentenciado que se resigna a la condena impuesta:

—¡Iré, Truslow, iré!...

El Inspector jefe del Estado Mayor del

F. B. I.

se limitó a decir;

—¡Gracias! Hoover me lo aseguraba. Conoce bien a los hombres.

Y dio vuelta al coche, regresando hacia la ciudad. Ambos pasajeros, en silencio, ensimismados.

Entraban en. Washington cuando Truslow detalló:

—Dentro de tres días saldrá usted. Pasado mañana se verificará su expulsión del

F. B. I.

El mejor motivo será malversación de fondos. Empleó usted en gastos particulares el dinero que le entregamos para su gestión en China. Así lo haremos creer, y así constará oficialmente. Como ésta es una misión eminentemente secreta, la conocerán los agentes imprescindibles. Será usted llevado en avión; no se puede perder tiempo. Procúrese mañana mismo, en nuestros laboratorios, las documentaciones e instrumentos que crea necesarios; Royce estará enterado, y le ayudará para no despertar sospechas en los demás. Mucho cuidado con el que tenemos aquí de Scotland Yard: es más listo de lo que aparenta ser. La cantidad de dinero que usted quiera se le proporcionará en libras. Los últimos detalles se los daré yo mismo en el día de su marcha.

—Tengo que forjar un plan en estos dos días, Truslow.

Necesitaba saber algo más de lo que allí ocurre. Esto será meterme a ciegas en la boca del lobo. Si Lyman...

—Llevará usted una carta en clave para Lyman, puesto que ustedes no se conocen. Trabajen conjuntamente; él le proporcionará datos. Pero tenga cuidado; seguramente él estará vigilado por Scotland Yard, sospechándose algo de la verdad. Mañana le enseñaré las fotografías de Kersch y de Lyman. Hace días vino a vernos un tal Ohlert, agente del Servicio Secreto de la Marina. Reside en Londres, y nos dio algunos detalles importantes sobre el caso Kersch, que él conoce de refilón. Él le estará esperando a usted en el condado de Buckingham; ya le daremos los pormenores. Ohlert es un hombre de confianza, hemos pedido informes a la Marina, muy hábil y con una gran experiencia en espionaje. Nadie mejor que él como colaborador. Busque usted al inspector Playford; tememos que le haya ocurrido algo muy grave. Y, sobre todo, no hiera ni mate a un agente de Scotland Yard, Pratt. Yo presentaría mi dimisión antes que hacerle volver a Inglaterra para que le ahorcasen. ¡No puede usted imaginarse lo preocupados que estamos! ¡Ese maldito doctor Kersch nos va a costar mucho!

Cinco minutos más tarde, en Logan Circle, Raymond Pratt se apeaba del «Ford». Truslow, al estrecharle la mano, expresaba con sus ojos un sincero dolor, pidiéndole perdón por enviarle al ara del sacrificio.

III

AL HABLA CON EL JEFE



OS días después de su encuentro con Ohlert, de quién se había separado nada más entrar en Londres, Pratt se hallaba sentado a una mesa de un modesto bar situado en Adam Street. Pocos parroquianos frecuentaban el local a media mañana. El inspector miró su reloj de pulsera por tercera vez. Estaba impaciente. Continuó tomando despacio el desayuno solicitado, al mismo tiempo que disimulaba su espera leyendo detenidamente hasta la sección de anuncios del periódico que tenía sobre la mesa.

Había llamado repetidas veces por teléfono a la gerencia del «Cedí Hotel». Las respuestas eran idénticas: «Ese señor Joseph Ward

aún no ha llegado, si es que tiene el propósito de alojarse aquí».

Levantando la vista del diario, la fijó en los ventanales que daban a la calle. El sol lucía aquella mañana esplendorosamente, gozoso de vencer por fin a la irritante y casi perenne niebla londinense.

Pratt se dirigió a la cabina telefónica del establecimiento, una vez más.

Con la puerta cerrada, metió una moneda de dos peniques por la ranura, marcó el distrito en el círculo de letras y luego el número del «Cecil Hotel» en el círculo de cifras.

—¡«Cecil Hotel» al habla! ¡Dígame!

—Por favor, el señor Joseph Ward, ¿ha llegado ya?

—Espere un momento, tenga la bondad.

Pratt se llevó el cigarrillo a los labios, mientras aguardaba con el auricular pegado al oído.

Tuvo un sobresalto de alegría al oír a la señorita:

—Sí, señor; ya está aquí. Tiene la habitación ciento veintitrés. Voy a ponerle con él.

—No, déjelo, gracias. Iré personalmente.

Y cortó la comunicación. Sin desocupar la cabina, extrajo de su cartera una nota con unas letras y cifras escritas. Echó una nueva moneda y marcó con el índice en los dos círculos. Al momento escuchaba:

—¡Aquí, Scotland Yard! ¡Diga!

Pratt se había puesto el pañuelo en la boca y repuso en tono muy bajo, con acento marcadamente nasal, propio de un súbdito norteamericano:

—Oiga: tengo algo muy importante que decirles. En la habitación ciento veintitrés del «Cecil Hotel» se aloja un desertor del Ejército americano, llegado hoy mismo de Francia. Sus ocupaciones son criminales. Tiene el nombre supuesto de Joseph Ward.

Y sin revelar nada más, colgó el aparato por temor a que la llamada fuese localizada si proseguía hablando.

Después de pagar, salió a la calle, dirigiéndose al Strand. La importante y ancha arteria de Londres estaba concurridísima, como siempre. Los taxis y coches particulares subían de la próxima estación de Charing *Cross*, cargados de pasajeros y maletas.

El inspector Pratt caminaba indolentemente, como persona que deseaba disfrutar del codiciado sol mañanero. Vestía un traje de combinación «*sport*», de líneas menos amplias que las de su vestimenta en Norteamérica. Quería pasar por legítimo inglés, y había comenzado el día anterior, comprándose un equipo completo de ropa confeccionada por manos inglesas.

Como quien espera a alguien, se detuvo en el Strand, entreteniéndose en contemplar los artículos de caza y pesca colocados artísticamente en un escaparate. Reflejada en la luna veía su alta silueta, y, al fondo, la gran y suntuosa mole del «Cecil Hotel», a cuya puerta llegaban y arrancaban coches y coches, de los que bajaban personas de magnífico porte.

No tuvo que esperar mucho tiempo. Un coche que llevaba las letras «M. P». (Metropolitan Police), en azul por encima del parabrisas, se detuvo frente al hotel.

Apeáronse cuatro hombres, que penetraron apresuradamente en el vestíbulo. Los cuatro vestían de paisano.

Desde la acera contraria, Pratt sonrió: su astuto plan estaba realizándose. Un nuevo cigarrillo, y a esperar.

Diez minutos, y los cuatro hombres salieron del «Cecil Hotel», llevando entre ellos a un individuo alto y fuerte, con cara de asustado. Sus facciones eran muy similares a las del Baker muerto en el condado de Buckingham. Subieron al automóvil, que poco después se perdía entre las oleadas del tráfico.

Con igual lentitud, Pratt, conseguido su primer propósito, se dirigió a la pensión en Dean Street.

Atardecía, cuando el inspector del
F. B. I.,

con la gabardina puesta y un sombrero gris, ni nuevo ni viejo, bajaba por Minones, evitando los carretones donde venden pastelillos y té calientes. Se dirigió hacia el London Dock.

Torció a la izquierda, tomando la East Smithfield Street, con sus casas de repelente sordidez, habitadas por gente empleada en el puerto, de aspecto sucio y cansino.

En aquella calle se encontraba uno de los puntos de reunión habitual de los afiliados a la banda del misterioso «señor Stringer». Al menos así lo habían manifestado los dos prisioneros en el «cottage» alquilado por Ohlert, en el condado de Buskingham.

Buscaba una taberna: «La Bahía».

Con un gesto de ánimo, entró en el establecimiento de bebidas.

Local reducido, de luz pobretona, de clientela numerosa, pero de la más escandalosa clase: estibadores y marineros, muchos de ellos norteamericanos, vocingleros, alegres y pependancieros.

Pratt avanzó en dirección al mostrador, atravesando por entre las mesas manchadas de *whisky* derramado y cenizas de cigarrillos y pipas.

Dos hombres servían en el mostrador. Pratt, serenamente, hizo señal al mayor de ellos de que se corriese a la derecha, a un claro en la barra. En voz baja, con aire de complicidad, le dijo:

—Soy el hermano de Baker. Avísele a Heady de mi llegada. Quiero verle ahora mismo. ¿Ha visto usted a mi hermano? No ha ido a buscarme.

—Espere un momento, muchacho —repuso el «barman», sin exteriorizar ninguna sorpresa.

Y luego se agachó detrás del mostrador, desapareciendo a la vista del inspector. Este supuso que estaría hablando por teléfono. Algo así debió hacer, pues al instante aparecía, señalando con un gesto una puerta al fondo.

—Entre ahí, y ya le atenderán.

Pratt se dirigió a la puerta, que ostentaba el rótulo de «Privado».

Entró en un despacho, tan maloliente y sucio como la taberna. Un individuo monumental —éste es el adjetivo que mejor le cuadraba— le recibió de pie. Era un gigante, de tronco exagerado aun cuando sus piernas fuesen largas, y de cabeza grande sobre cuello corto y grueso. Una cicatriz rojiza le cruzaba toda la mejilla derecha desde la sien al cuadrado mentón. A pesar de la sonrisa, su cara era repulsiva.

Extendió su mano y estrechó la de Pratt con fuerza de titán. El joven aguantó el apretón, e hizo presión a su vez, demostrándole al gigante que no soportaba la costumbre o broma de que le estrechasen la mano de tal manera.

—Soy Heady —dijo el otro, con un vozarrón digno de tan elefantiaco cuerpo, y un acento nasal que ponía los pelos de punta.

—Y yo el hermano de Baker. Vine esta mañana de Francia, y recordé que en una de sus cartas me daba esta dirección y tu nombre —mintió Pratt.

—Siéntate, Baker, y echemos un trago. Es cierto: tu hermano me dijo que vendrías por estas fechas. ¿Cómo te ha ido por París?

Pratt tomó antes un sorbo de licor, y luego repuso, con la contestación preparada:

—Bien, francamente bien. He hecho buenas «operaciones» —y guiñó maliciosamente un ojo a Heady—. A los franceses les queda mucho por aprender. Yo estaba magníficamente allí; pero mi hermano insistía en que viniese, que aquí había «trabajo», y me decidí. Siempre es conveniente cambiar de aires. Allí se estaba calentando demasiado la atmósfera. Desde la guerra he trabajado solo, igual que en mis buenos tiempos, allá en nuestra guerra. Pero ¿dónde está mi hermano?

Heady reveló evidente preocupación, y terminó diciendo;

—Prepárate a escuchar una mala noticia, Baker. ¡Tu hermano ha muerto!

El arte del fingimiento enseñado a los agentes especiales del F. B. I.

sirvió mucho a Pratt para expresar la sorpresa propia de tal caso.

—¿Qué le ha pasado? No me dijo que estuviese enfermo ni herido.

—Es un poco largo de contar; pero te lo resumiré en unas palabras. El «boss» dio orden de que tres hombres fuesen a detener a un tal Ohlert y a otro que llegaría en avión al condado de Buckingham. Uno de los tres era tu hermano. Ayer, viendo que no venían, fui yo mismo. Me los encontré muertos. Tu hermano tenía un balazo en el pecho y otro en el vientre. Los mataron esos dos que te he dicho.

—¿Quiénes son? ¿Dónde están? Que voy a... —exclamó Pratt, fingiendo maravillosamente.

Se había puesto en pie, pálido, y aporreaba la mesa del despacho con su gran puño, haciendo que el tablero gimiese bajo los golpes.

—Siéntate, Baker. Comprendo que es un poco fuerte la cosa; pero ya sabemos que es natural en el «trabajo» que nos ocupa. Han tenido mala suerte, y me parece bien que quieras vengarlos. Déjame uno de los dos, y comprobarás si yo tenía amistad hacia tu hermano. Era un gran muchacho, con un «espléndido porvenir». Ahora, atiende, y hablemos razonablemente.

Pratt obedeció, simulando un gran pesar y temiendo que algún

día se descubriese la trama y tuviera que enfrentarse al hercúleo Heady. El «gángster» comenzó a decir:

—Esta misma noche me pondré al habla con el jefe. Siempre es él quien me llama por teléfono. Le diré que has venido. Trabajarás con nosotros. ¿Qué documentación traes? ¿Dónde paras?

—Adquirí una de inglés en Francia, bien falsificada. Estoy hospedado en una pensión de Adam Street.

—Yo me ocuparé de conseguirte una documentación en regla. Y te convendría más verte a vivir con nosotros. Te saldrá gratis el alojamiento y estarás más seguro. El «boss» tiene varias casas alquiladas, donde vivimos todos, según nuestra categoría. Tu hermano vivía en la misma que yo. Por lo pronto te llevaré allí. Tendrás algo que recoger en la pensión, ¿no?

—Sí, un maletín de mano, y una maleta con mi ropa.

—¿Tienes dinero para pagar la cuenta?

—De sobra, gracias. He logrado pasar la Aduana con un puñado de libras que cambié en París.

—Perfectamente. Dentro de dos horas, vienes a recogerme en taxi. Antes he de esperar a que el jefe me llame. Algunos de los muchachos están ahí dentro; pero en otra ocasión te presentaré —aseguró Heady, señalando con la mirada un cortinón dando a entender que se trataba de una estancia privada y secreta.

Tres horas después, Heady y Pratt se apeaban de un taxi en Dean Street. El primero se encaminó a un edificio de seis pisos, cuyas ventanas aparecían casi todas iluminadas.

El inspector lo seguía, ardiendo de curiosidad. Llevaba en las manos el maletín y la maleta que había comprado en Londres después de adquirir el nuevo vestuario.

Subieron, y en el cuarto piso, en la puerta 47, Heady tocó un timbre tres veces seguidas.

Salió a abrirles una mujer de unos cuarenta años, de belleza muy pasada, muy cargada de bisutería y con una melena demasiado rizada.

—Aquí tenemos al hermano de Baker, Victoria —y dirigiéndose al joven— Victoria cuida de nosotros. Las camas están duras y los filetes no menos, pero es de confianza.

La mujer, cuyos afeites en la cara destacaban más a la luz de la lámpara que colgaba del techo, se echó a reír con vulgaridad y

palmoteo la espalda del coloso, a la vez que observaba al recién llegado.

—¡Bienvenido seas, muchacho! Tu hermano y yo éramos muy buenos amigos. ¡Pobre chico! ¡Qué mala suerte ha tenido!

—¡Déjate ahora de lamentaciones! ¿Han venido éstos? —preguntó el coloso.

—Falta Richardson solamente; los otros tres están ahí, jugándose hasta las pestañas. Te esperaban hace rato.

—Anda, cotorra, acompaña a Baker. Voy a ver a éstos.

La mujer, ondulando el cuerpo con una coquetería exagerada para su edad, condujo a Pratt, a lo largo del corredor, hasta la última habitación de la derecha.

Era una alcoba de paredes empapeladas, y tenía una ventana que daba a la calle. La cama, de bronce, aparentaba estar limpia y bien mullida. Una mesita, dos butacas, un armario con la luna partida en tres trozos sujetos con tiras de papel engomado, y una estufilla de gas. Sobre la mesita, un teléfono.

—¿Qué te parece? —preguntó la mujer, después de cerrar la puerta y mirar provocativamente al joven—. Ésta era la habitación de tu hermano. Su ropa y sus cosas todavía están por aquí. Son tuyas.

Pratt ya se había dado cuenta de que la puerta no tenía cerrojo ni cerradura, sólo un picaporte que se abría por ambos lados.

Calló acerca de este particular, para no despertar sospechas, más le disgustaba que le registrasen.

También se había percatado de que estando a bien con la cuarentona Victoria, sería bien tratado. Se trazó la política a seguir.

Sentado en el borde de la cama, con un cigarrillo en los labios, Pratt repasó los acontecimientos. Ya estaba dentro de la guarida de una banda, pero ignoraba si obtendría algo relacionado con el doctor Kersch, su única meta.

Terminaba de colocar sus trajes en el armario, echando a un lado la ropa del difunto Baker, cuando golpearon a la puerta de la alcoba. Heady entró, pisando pesadamente.

—He estado hablando con el «boss». Le he explicado tus condiciones, y parece que le resultas interesante, porque me ha ordenado algo que muy raras veces hace. Mañana, por la noche, nos entrevistaremos con él. Desea conocerte personalmente.

Disimulando su emoción, Pratt siguió escuchando al lugarteniente:

—Te conviene descansar. Mañana no salgas de aquí. Victoria puede traerte tabaco y lo que necesites. Nosotros nos vamos ahora. Tenemos que dar un pequeño «golpe».

—¿Pequeño?

—Sí, cosa de poca importancia. De cuando en cuando hacemos algún asalto, seguro y de resultados, para obtener dinero. Ten en cuenta que somos más de veinte, y todos cobramos un sueldo mensual aparte de los «extraordinarios». Eso le cuesta mucha «pasta» al «boss».

—¿De qué se trata esta noche?

—Nada. Vamos en parejas, a estas horas de la noche, fingiéndonos norteamericanos con ganas de fiesta, y tomamos un taxi. Pedimos al conductor que nos lleve a algún sitio alegre y con sabor típico, y como todos están en barrios apartados, mal alumbrados y casi solitarios, él mismo nos mete por callejuelas indecentes. En la ocasión oportuna, le metemos un revólver en la nuca y lo desvalijamos, dejándolo tirado. Pero anda, ven, te presentaré a los muchachos...

Los «muchachos» eran un polaco y tres desertores norteamericanos.

Los cuatro, jóvenes, de rasgos endurecidos por la vida de aventuras y violencia, y a la vez marchitos por el vicio a que constantemente se entregaban. Vidas encanalladas, echadas a perder, huyendo de la Ley, y hundiéndose cada vez más en el lodazal del crimen, hasta terminar en la cárcel o en la muerte.

Oblosky, el polaco, estaba legalmente en Inglaterra, aprovechándose de la situación política de su país.

Los otros tres, norteamericanos cien por cien, podían ser catalogados como tipos interesantes por un criminalista. Millikan, bajito y rechoncho, que sonreía en todo momento con la «inocencia» de un niño.

Richardson, individuo de estatura corriente, con lentes de oro, que más bien parecía un intelectual.

Finnetey, alto y huesudo, con matorrales de pelo en orejas y narices; siempre taciturno, como si padeciese del hígado.

Acogieron a Pratt con muestras de simpatía y condolencia, y

juraron no cejar hasta dar con los asesinos de su hermano.

El joven acomodó su expresión a las circunstancias, haciéndose digno de lástima.

—Tú puedes esperarnos aquí —dijo Heady—. Puedes estar tranquilo. Éste es un trabajo sencillo que no nos dejará mucho dinero...

—¿Por qué lo hacéis, entonces? —preguntó el inspector.

—Nos aburrirnos si no. Necesitamos acción. Si el «boss» se enterase, nos costaría caro.

—¿Hacen también esto los demás grupos?

—No lo sé. No conozco siquiera a los otros lugartenientes. Sé que los hay, y que tienen encomendadas otras gestiones. Muchas veces el «boss» me ha sorprendido con una serie de detalles verdaderos cuando nos manda dar un buen golpe. Eso es señal de que tiene un cuerpo de espías, y, ahora, lo del doctor...

Heady se contuvo, temiendo haber hablado en demasía.

Antes de que pudiese evitarlo, Oblosky, el polaco, bajo los efectos alcohólicos, declaró:

—Ese Kersch terminará cayendo en nuestras redes. Está todo Londres alerta. El «boss» conseguirá que alguno de sus grupos lo localice, y entonces, a cazarlo y a hacer el «negocio». Si sale bien, pasaremos una temporada de vacaciones, viviendo como príncipes.

—¿Tanto vale ese doctor?... —preguntó Pratt, con aire inocente.

—Nada, nada —negó Heady. Ya te enterarás a su tiempo. El «boss» nos prohíbe hablar sin su permiso.

Sonaban solemnes once campanadas en el Big-Ben del palacio del Parlamento.

La ciudad de Londres aún no había perdido toda su animación, pero ya se iba extinguendo el bullicio del anochecer.

Heady y Pratt salieron de la taberna titulada «La Bahía», en las cercanías del East Smithfield. Se trataba de acudir a la cita del desconocido «señor Stringer».

Anduvieron unos pasos por la tétrica e inmundada calleja. El lugarteniente se detuvo frente a la casa colindante con la taberna. Estaba claro que ambos edificios se comunicaban.

Heady abrió la puerta con una llave sacada del bolsillo. Atravesaron un pequeño vestíbulo, y luego subieron por una quejumbrosa escalera de madera. Todo estaba a oscuras. Continuaron por un pasillo estrecho. Guiaban a Pratt los pasos del hércules que le precedía, pues ni siquiera distinguía su figura.

—Hemos llegado —escuchó decir a Heady, en voz queda, y oyó unos nudillos golpeando una plancha de madera.

A los pocos instantes, pero interminables, el lugarteniente le dijo:

—Ya está abierto. Pasa tú primero, y quédate a la entrada, sin moverte.

Guiado por la mano del otro, Pratt avanzó unos pasos, hasta que la misma mano le detuvo.

Oscuridad y silencio espesos. Le hizo encogerse instintivamente la repentina y fugaz luz roja de una bombilla en lo alto.

Una voz extraña, como de garganta que tuviese rotas las cuerdas bucales, aconsejó severamente:

—Sal, y deja la pistola, Heady. Ya te tengo dicho que en mi presencia nadie puede estar armado.

—Perdone, señor Stringer. Es que se me olvidó —balbució el coloso, aturdido como un niño tímido.

Los conocimientos técnicos aprendidos en el

F. B. I.

le sirvieron a Pratt para descubrir el truco de que se valía el tal Stringer con el fin de que ninguno de sus hombres cometiese la imprudencia de estar junto a él con armas encima.

En el mismo umbral de la puerta, ya dentro de la habitación, habían colocado junto a cada jamba un aparato.

Uno de ellos consistía en un dispositivo creador de un campo magnético; el otro era un galvanómetro supersensible. Al transponer Heady el umbral con una pistola encima —cuerpo de metal bastante apreciable—, había producido una alteración en el galvanómetro registrador y cerrado un circuito que encendía la bombilla indicadora. Útil aplicación de la electrotecnia, conocida de sobra por los agentes del

F. B. I.

Heady regresó, cerrando la puerta tras de sí, y la bombilla no volvió a encenderse. Pratt miraba hacia donde le había parecido

oírse la voz de tan raro timbre. Meditaba sobre esto, cuando le sacó de sus pensamientos una luz potente y clara, deslumbradora, que le iluminó, igual que a Heady. Procedía de un gran foco colocado sobre una mesa, al fondo de la larga habitación.

El joven se llevó las manos a los ojos, protegiéndose del inesperado deslumbramiento.

Maldijo en su interior la decepcionante situación. El esperaba tener la suerte de conocer al misterioso «boss», y sólo conseguía escuchar su voz, indudablemente falseada por medio de algún aparato.

Sabía que Stringer lo estaba observando minuciosamente, a placer. Con el propósito de dar una sensación de rebeldía, dijo:

—Apaga esa luz; me destroza la vista. ¡Déjate de trucos!

Heady le tiró de la chaqueta, aconsejándole, en un murmullo:

—Baker, no seas loco. Ten paciencia.

—Siento no poder complacerte, muchacho —manifestó la rota voz—. Heady me ha contado de tus dotes, y por tu hermano ya sabía de ti. ¿Cómo es que no llevas armas?

—No acostumbro a llevarlas. Prefiero usar la inteligencia a la violencia.

—Muy bien. ¿Tienes algo que decirme?

—Me he enterado de lo ocurrido a mi hermano. Necesito seguir la pista de esos dos hombres que lo mataron. ¿Usted sabe algo?

—Muy pronto los descubriré. Los otros grupos están trabajando. Te avisaré a tiempo. Cuenta con ello —aseguró la voz—. Ahora hemos de tratar del presente. Vivirás con Heady. Recibirás veinte libras a la semana, hagas o no hagas, y la participación correspondiente en los botines que consiga tu grupo. Estarás a mis órdenes directas.

—Lo lamento, pero esas condiciones no me convienen —declaró el inspector—. No quiero salario como sitúese un empleado. Tengo dinero de sobra. Yo trabajo solo y en asuntos de calidad. Cuando me necesites, me llamas, y si me convencen tus planes, los ejecutaré; las ganancias, a medias —propuso, jactanciosamente, el joven.

—Eso es imposible, Baker. Me gusta tu forma de ser, y si vales tanto como orgullo tienes, podremos obtener provecho. Pero has de tener en cuenta que nuestra organización es muy amplia y eso

arrastra grandes gastos. Tampoco yo consigo...

Y la voz del misterioso «boss» continuaba explicando someramente lo vasto y complicado de su organización, mientras Pratt trataba de ver algo por encima del foco. Entornando los párpados, estaba seguro de ver detrás de la mesa una sombra más oscura que el fondo, una alta silueta humana, de hombre de gran estatura y amplios hombros. Sin duda alguna llevaba sombrero, muy caído de ala, porque apenas si se distinguía una pequeña zona algo más clara, correspondiente a la cara.

Contestó a la última pregunta del «boss»:

—Sí, Stringer; domino el inglés y el francés; el inglés de Oxford, y no el cacareo de éstos.

—Eso es muy interesante, Baker. Tengo trazados unos planes ambiciosos, ya puestos en marcha. Tú podrás servirme de mucho, jugar un gran papel, y la recompensa será buena, aparte de entregarte atados de pies y manos a los asesinos de tu hermano. Vete con Heady, sal poco a la calle, y dentro de unos días te daré instrucciones y se te entregará una documentación muy necesaria para la nueva personalidad que vas a tomar. Tienes tipo de «gentleman», y no desentonarías en una reunión de la alta sociedad. Estamos persiguiendo a un hombre que posee un secreto muy valioso; miles de libras a la vista.

—Esto me suena mejor, Stringer. ¿Adónde puedo llamarte si necesito hablar contigo?

—A ningún sitio. Soy yo siempre el que llamo. Tú permanece en esa casa del grupo. Si te llamo al teléfono, utiliza el de Victoria. ¡Nada más! ¡Marchaos!

Heady recogió su pistola al salir al pasillo. Pratt lo seguía. La puerta se cerró tras ellos, y sonó el correr de un cerrojo.

Cinco minutos más tarde tomaban un taxi en Minones y se dirigían a su casa. Durante el trayecto, hablando en voz baja y sin dar nombres, el lugarteniente se esforzaba en hacer comprender al supuesto Baker que no le convenía adoptar tal rebeldía con el «boss». Las consecuencias serían funestas.

Apenas si le escuchaba Pratt, absorto en sus pensamientos. La suerte le favorecía, y aquel «negocio» que daría tantos miles de libras no podía ser otro más que el secuestro del doctor Kersch. Su ingreso en la banda le facilitaría mucho llegar hasta el doctor.

Después, todo consistiría en burlar a los secuaces de Stringer y llevarse a Kersch.

Cuanto antes tenía que vigilar al agente especial Lyman, y cambiar impresiones con Ohlert. Entre aquella mañana de intrigas, recelos y pistas estaba el hilo verdadero.

IV

SOBRE LA PISTA DEL DOCTOR KERSH



MIENTRAS sus manos de cada golpe partían una tablilla de las que se veían muchos trozos arrojados en un rincón del dormitorio, el pensamiento de Pratt repasaba cuánto había escrito en la carta destinada a un tal Edward Steele, de Washington, nombre falso utilizado por el inspector jefe del Estado Mayor del

F. B. I.,

señor Truslow, como según convinieron en la lejana capital, antes de separarse.

Aún tenía la carta sin echar, en el bolsillo de su chaqueta, y no temía a un posible registro de sus circunstanciales compinches, porque la misiva no decía nada de particular, aparentemente. Se trataba de una hoja tamaño folio, doblada en dos, cuya primera mitad estaba escrita a tinta, y sus frases no podían ser más inocentes, hablando de París, y dándole recuerdos. La otra mitad, inmaculada a simple vista, contenía una relación de cuanto le había sucedido desde que salió de Washington. Si él moría, deseaba que su labor no cayese en vano. Un nuevo agente tendría una pista a seguir.

Habíase valido de una tinta invisible. Todos los agentes especiales del

F. B. I.

dominan esta importante clase de transmisiones, tan utilizadas por los espías. Y en este caso, no queriendo despertar sospechas en los otros, saliendo sin motivo justificado a la calle en compra de productos químicos, había recurrido a una de las más simples tintas invisibles; su propio orín. Con una pluma de punto grueso, humedecida en el líquido, estaba escrita la secreta misiva. Truslow no tardaría en darse cuenta de que la insulsa carta en apariencia contenía algo más, y su primera maniobra, antes de emplear reactivos químicos, sería aproximar la hoja en blanco a un centro calorífico. Del níveo papel irían brotando mágicamente los trazos, las palabras y las frases, en color tostado.

Pratt terminó su repaso mental, confirmándose en su idea de que todo lo más importante estaba escrito, puesto que ya llevaba dos días en la casa sin salir.

Llamaron a la puerta de su alcoba, y Victoria entró, con algo de nerviosismo.

—Joe, el señor Stringer desea hablarte. Que bajes a mi teléfono enseguida.

Pratt sabía ya dónde se encontraba la habitación de Victoria, y pasó al interior, echando el cerrojo por dentro. Tomó el descolgado auricular.

—Dime, Stringer. Soy Baker. ¿Qué hay?

La voz quebrada, que a través del hilo telefónico parecía más aún como de persona que habla con una caña rota puesta en la boca, a modo de flauta, le contestó:

—¡Hola, muchacho! Escucha: tengo el nombre y dirección de una persona que conoce a ese doctor tan bueno, el especialista de que hablamos el otro día. Tendrás que entrevistarte con él. Y ahora mismo me he dado cuenta de que me he dejado la dirección de ese señor en casa. Bueno, te la enviaré por correo; llegará a tu poder mañana mismo. ¡Ah! Se me olvidaba. Lucy me dijo que deseaba la acompañases a una fiesta de postín que dan dentro de cuatro noches. Necesitarás frac; encárgate uno bien hecho. Dice Lucy que no le gustaría quedar en ridículo. Ya te escribirá ella por su cuenta. Volveré a llamarte después de esa fiesta. Me interesará saber si te has divertido mucho. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, amigo.

Y nada más dar su conformidad, Pratt oyó el chasquido característico; Stringer había colgado el auricular al otro extremo de la línea.

El telefónico mensaje no habría despertado las sospechas de nadie si hubiesen estado escuchando; más para Pratt estaba claro.

El joven salió del piso y de la casa. Recorrió la Dean Street a buen paso, por la acera que recibía el calorcillo de un débil sol.

Una idea loca, repentina, se apoderó de Pratt: registrar aquella misma noche la casa próxima a la taberna «La Bahía», donde Heady le llevó a entrevistarse con el desconocido «señor Stringer».

Tomó un taxi e indicó al taxista que lo llevase a Minones, cruce con Royal Mint.

Allí se apeó y se dirigió a Easy Smithfield, atravesando Cartwright Street, por temor a encontrarse con Heady o alguno conocido de la banda si seguía el camino normal.

Sólo llevaba en su bolsillo una «Lot», linterna sorda, pequeñísima, y varias ganzúas, instrumentos que en muy rara vez se apartaban de su cuerpo.

Hubiese dado cualquier cosa por conseguir unos guantes de goma, con el fin de no dejar huellas de los dedos en ningún picaporte u objeto.

Llegado a East Smithfield se acercó al edificio contiguo a «La Bahía».

Tuvo que esperar unos momentos, pegado a la pared, hasta que la calle quedó libre de unos marineros beodos que dudaban en entrar a la taberna.

Una de las ganzúas parecía hecha a medida para la cerradura, y seguidamente Pratt estuvo dentro de la casa.

Con la «Lot» en la mano, que emitía un fino rayo luminoso, pero intenso, escudriñó todo el piso bajo. Procuraba no hacer ruido al andar sobre el viejo entarimado, y cogía todos los tiradores con la mano libre, envuelta en el pañuelo.

Habitaciones desiertas, sin un solo mueble, moradas únicamente por arañas laboriosas que adornaban las roñosas paredes con sus tenues y maravillosos tejidos.

Ansioso de registrar la habitación donde habían celebrado la teatral entrevista, subió a la otra planta.

Orientándose, siguió un corredor y llegó hasta la puerta donde Heady y él habían esperado unos momentos. Temió que estuviese echado el cerrojo por dentro. No lo estaba, pues abrió levantando el picaporte y tirando hacia sí.

Paseó la luz de la linterna por la estancia rápidamente. Allí no había nadie tampoco.

Dirigió la luz de la «Lot» al frente, iluminando en círculo, y parcialmente, la mesa y el foco apagado. Una silla, y al fondo una puerta.

Pratt se dirigía hacia la puerta, incógnita sin resolver aún, cuando al dar un paso adelante, el piso se hundió bajo su peso. Quiso agarrarse al aire, soltando la linterna. Luego, unos instantes de caída en el vacío rozando las paredes de un pozo. Por último, entró con fuerza en una masa líquida, chocando sus pies contra una superficie sólida cuando ya las aguas le tapaban la cabeza y tragaba algo de sabor ácido; un líquido espeso con cuerpos pequeños en suspensión.

La inesperada caída le desconcertó, y sus pulmones, sin aire, comenzaron a dolerle.

Pratt dominaba la natación —una de las enseñanzas de la Academia de Quántico— y, reaccionando, dio una sacudida con los pies en el fondo. Pero en lugar de salir a la superficie, era tan grande la fuerza de la corriente subterránea, que se sentía arrastrado entre dos aguas y golpeado contra paredes lisas y duras.

Se ahogaba, y un desesperado intento de salir a flote le obligó a agitar los brazos. Logró sacar la cabeza fuera del líquido pegajoso, pero no vencer el impulso arrollador de la corriente. Era inútil la

lucha. Se dejó arrastrar.

Respiraba con fruición el mefítico aire. Todo tinieblas, y el ruido del agua lamiendo vorazmente las paredes.

Su cerebro fue serenándose, pasado el primer desconcierto, y supuso certeramente que, dada la proximidad del Támesis, aquel evacuatorio de las aguas residuales de varias fábricas, iría a desembocar en el río.

Cuando vio al frente una ligerísima claridad, en forma de sector circular, se le alborozó el corazón: el Támesis estaba cerca y con él la libertad y el aire puro.

Buceando, se dirigió hacia la próxima orilla, en diagonal, para que los guardas de los «docks» no le cazasen cómodamente al llegar al muelle.

Lejos de los haces luminosos, salió a la superficie, y, en un «crawl» desesperado, arribó a los postes que sostenían una plataforma de madera destinada a embarcar mercancías.

Trepó por uno de los postes, y luego, oyendo a la izquierda el rumor de unas zancadas, se encaminó hacia la derecha, encorvado.

Sofocado y agotado, continuaba corriendo y al atravesar East Smithfield, tuvo que hacerlo furtivamente para no llamar la atención de un policía de ronda en aquellas calles, al que hubiera extrañado mucho toparse con un individuo calado de pies a cabeza.

Pratt, en Glasshouse, tuvo la suerte de encontrar un taxi, que subía desocupado hacia el centro de la ciudad.

Antes de que el conductor se diese cuenta de la deplorable apariencia del pasajero, Pratt ya estaba dentro, protegido en la penumbra interior del vehículo.

—Al treinta y cinco de Lexington Street, amigo —farfulló, como borracho que desea ir a su casa después de una noche de diversiones.

Arrancó el coche, y el conductor pisó a fondo el acelerador; el trayecto era largo.

Una vez frente a la casa, Pratt pagó el importe del trayecto y se introdujo en el edificio.

Abrió con tiento la puerta del piso, que estaba a oscuras, señal de que sus moradores se habían retirado a sus habitaciones.

Ya acostado, luego de friccionarse el cuerpo con una toalla, y con toda la ropa que tenía a mano encima de la colcha, para entrar

en calor, Pratt recordó las palabras de Truslow, en Washington, acerca de la peligrosa misión.

Cuando entró Victoria en la habitación del joven, a la mañana siguiente, éste acababa de despertarse.

—¡Vamos, perezoso! Trasnóchar y madrugar no están en buena amistad, ¿verdad? Son ya las doce. Me he asomado tres veces para traerte el desayuno, y dormías como un bendito —y viendo el traje arrugado y húmedo todavía, tendido sobre el respaldo de una silla, preguntó—: Pero ¿qué es esto? Si parece un estropajo tu traje. ¿Qué te pasó anoche, Joe? Heady estaba desbarrando, y esta mañana, en cuanto se levantó, quería entrar a despertarte y pedirte explicaciones. Luego le llamó el señor Stringer por teléfono, y cambió de actitud; ahora parece estar renegando de no sé qué.

—A ver si revienta de una vez ese bruto, déjalo. Victoria, tráeme una buena taza de té, muy caliente, y cualquier cosa que me quite el dolor de cabeza. He cogido frío, estoy resfriado. Anda, date prisa, mujer; hoy no me levantaré.

En cuanto la mujer hubo salido, el joven se levantó y de su maletín extrajo la pistola «Steyr», que escondió debajo de la almohada, al lado de la cartera, todavía húmeda.

Luego se aflojó el ancho cinturón de goma, que nunca se separaba de su cuerpo. Entre las dos capas de caucho guardaba la mayor parte del dinero que había solicitado en Washington para los posibles gastos que efectuase en su misión en Inglaterra. Por ser impermeable la original y práctica bolsa, el agua no había pasado a su interior.

Estaba otra vez acostado cuando Victoria regresó con un fuerte desayuno y una carta sobre la bandeja.

—Come, Joe, y que no te corte la digestión el mulo de Heady si viene a verte. ¡Ah, esta carta ha llegado esta mañana para ti! ¡Firmé yo misma; viene certificada!

El joven tomó el sobre, que debía contener bastantes papeles, a juzgar por su grosor y peso.

Victoria salió de la estancia, diciendo, sonrientemente:

—Si es de una mujer, no repara en gastarse dinero en «fotos».

Pratt miró primero la dirección del remitente. Era un tal Andrew Tanner, domiciliado en Hens Road. No le conocía.

Rasgó el sobre, y aparecieron una carta, una nota, un tarjetón

doblado y un pasaporte. Este documento pertenecía a Douglas Cobs, inglés, nacido en el condado de Durham, y llegado a Inglaterra, desde Calcuta, recientemente.

Lo más curioso era que la fotografía del pasaporte presentaba la cara de Pratt, y sobre ella el estampillado correspondiente, sin muestras de haber sido falsificado.

La carta, escrita a máquina, decía así, sin estar encabezada con ningún nombre ni tratamiento.

«El próximo martes asistirás a la fiesta a que se te invita en la tarjeta adjunta. Reconocerás la casa y te esconderás en el sitio más propicio hasta que todos los invitados se hayan retirado. Tu fin es secuestrar o conseguir del anfitrión todo lo que sepa acerca del doctor Kersch.

»Media hora antes de la fiesta, llegarás a Drury Lane, esquina con Macklin Street. Un “Rolls Royce”, color verde oliva, estará parado. El chófer tendrá un periódico doblado, asomando por la ventanilla.

»Te acercas y preguntas: “Por favor, ¿cae muy lejos de aquí Trafalgar Square?”. Subirás, si él te responde: “Sí, está más cerca el Museo Británico. Suba, si quiere. Atrás irá un hombre, que te dará las restantes instrucciones de tu nueva personalidad”».

El tarjetón doblado era una invitación a la fiesta que daba el inspector jefe de la Sección Especial de Scotland Yard, Lewis Holdernell, en honor de su hija, que anunciaría su próximo matrimonio.

La invitación estaba hecha a nombre de Douglas Cobs. Holdernell residía en el Embakment.

La nota era un pequeño historial del tal Cobs. En ella se especificaba que había residido desde muy pequeño en la India, sus padres eran comerciantes en algodón, llegado a Londres en viaje de visita a la Madre Patria, y alojado en el Leicester Hotel.

Terminaba Pratt de enterarse, cuando Heady entró en la alcoba, sin pedir permiso siquiera. Tenía expresión hosca y malhumorada, resultando más repugnante su macizo rostro surcado por la cicatriz.

—Ya era hora de que te despertases, Baker —fue su saludo.

—Y también va siendo hora de que aprendas a pedir permiso antes de entrar en mi habitación, Heady. Tendré que enseñarte urbanidad —afirmó el joven, deseoso de atacar antes de ser atacado.

Pero en lugar de conseguir una reacción brusca del lugarteniente, éste se mostró sumiso.

—Está bien, hombre; no es para tanto. Oye: venía a decirte que el «boss» me encarga que te pida instrucciones. Se ve que le has caído en gracia. Sé de lo que se trata, y conozco dónde está la casa de Holdernell. Es de tres pisos, rodeada por un jardín y una verja, muy cerca del río. Tú dirás los hombres y los coches que necesitas y lo que haremos. De secuestrarlo, el jefe manda que lo llevemos a la casa de East Smithfield, donde estuvimos la noche que hablaste con él. ¿Te acuerdas?

Pratt hizo un gesto equívoco con los hombros, pero bien se acordaba de la casa, donde había caído en una trampa mortal. Limitóse a decir:

—Como faltan unos días, ya pensaremos todo eso. Cuantos menos lo sepan, mejor.

Llegó el martes, y treinta minutos antes de la hora de la fiesta en casa del inspector jefe de la Sección Especial de Scotland Yard, Pratt, con abrigo negro, pañuelo blanco de seda y sombrero de copa, llegaba a Drury Lane, esquina con Macklin Street.

Había allí dos coches estacionados; un «Jaguar», color crema, y un «Rolls Royce», de carrocería aerodinámica pintada de verde oliva. A este último vehículo se aproximó Pratt, lentamente, después de echar una ojeada escudriñadora en derredor.

El chófer jugueteaba con un periódico doblado y sacado a medias por la ventanilla.

En voz baja le preguntó:

—Por favor, ¿cae muy lejos de aquí Trafalgar Square?

—Sí; está más cerca el Museo Británico. Suba, si quiere.

Y Pratt abrió la puertecilla lateral trasera y pasó al interior, donde un caballero, también vestido de etiqueta, fumaba un cigarrillo.

Sentóse el joven a su lado, diciendo:

—¡Buenas noches!

—Eso lo veremos al final, amigo —repuso el individuo, tipo alto,

de fuerte complexión, muy elegante, con un bigote que comenzaba a platearse, según se veía por el resplandor de un cercano letrero de neón.

El chófer ya había puesto el coche en marcha y pisado el acelerador.

Pratt se encontraba algo violento junto al desconocido, que le observaba descaradamente.

—Me llamo Baker, y me envía Stringer. Y ahora puede continuar mirándome, si es que eso le place.

El individuo sonrió conejunamente.

—Ya sabía que era usted muy levantisco, y no me extraña. La sangre de la juventud... Bien, hablemos de lo que interesa. Me llamo Archibald Norton, soy procurador de profesión y sirvo a Stringer, igual que usted. Cada uno en su categoría, claro está —especificó, orgullosamente—. Aún tenemos tiempo de sobra, y antes le explicaré varias cosas muy importantes, encaminadas al perfecto éxito de nuestros fines. Mí «papel» se reduce a ayudarle a usted en lo que se refiere a etiqueta que pudiéramos llamar palaciega. No podemos echar todo a rodar si descubriesen que usted no es persona apta para asistir a reuniones de tan buen tono.

Y como a Pratt le reventase la fatuidad del llamado Norton, le interrumpió:

—Entonces, haría usted mejor en quedarse en su casa. Al menos no le apretaría el cuello de la camisa. Sé bandearme solo y presentarme en cualquier sitio como es debido. Continúe, querido ayo.

El otro se echó a reír, divertido de veras.

—Bien, muchacho. En ti hay madera. Ya me lo dijo Stringer.

Y al repetir el nombre del misterioso «boss», despertó las sospechas de Pratt, que ya había observado el relativo parecido del cuerpo de Norton con la silueta del jefe. Le preguntó, audazmente:

—¡Ah! ¿Usted lo conoce?

—Lo mismo que usted; por el teléfono y por carlitas con una «S» al final. Y, en realidad, no me interesa saber nada más. Paga bien cuando se le sirve bien, y paga lo justo cuando se pretende saber demasiado acerca de él. ¿Comprendido, jovencito?

La respuesta había sido aleccionadora. Norton prosiguió, cambiando de tono:

—Usted se apeará de este coche en la esquina anterior a la casa de Holdernell. Entrará solo. En la puerta del salón estarán recibiendo a los invitados el dueño de la casa, su mujer, su hija y su futuro yerno. Usted los saludará atentamente, y después pasará al salón de baile. No tema. Cada uno de ellos, aunque no le conozcan, creerán que ha sido usted invitado por el otro. Si usted me ve por allí, ni hablarme; somos desconocidos totalmente. En cuanto pueda, suba al piso segundo. Un pasillo, y conforme se sale de la escalera, a mano izquierda, está el despacho de Holdernell, y a continuación su alcoba. He de advertirle que, para mayor facilidad nuestra, el matrimonio Holdernell duerme en habitaciones separadas desde hace años. En la alcoba de él hay un ropero. Ése es el mejor escondite que podrá encontrar. A meterse allí y a esperar. Cuando Holdernell esté acostado, usted actúe como haya pensado, en combinación con los de su grupo. ¡Allá ustedes! A esas horas yo estaré acostado, durmiendo beatíficamente, en espera de mi recompensa.

—Pero mi abrigo y mi sombrero quedarán en el guardarropa. Le extrañará a los criados.

—Querido joven —inició Norton, como reconviniéndole—, usted límitese a lo suyo. Mi última misión por esta noche es ésa justamente; al final, acercarme con la chapa numerada, que usted me habrá entregado disimuladamente al rato de entrar, ya le indicaré yo, y la entregaré con la mía. Esto ocurre con frecuencia; un invitado que va a recoger la ropa de su amigo, ocupado en buscar a su vez el coche. Oiga: ¿qué lleva ahí, en el pecho? Lo vengo notando con el codo desde que se sentó. Stringer no quiere tiroteos, ¿eh?

—No es una pistola. Es algo que a usted no le incumbe. Límitese a recoger mi abrigo cuando sea oportuno, bien dobladito, y a enviármelo mañana a casa con un ramo de flores. Prefiero violetas —dijo Pratt, burlándose del otro.

Continuaron en silencio hasta que el conductor, después de mirar su reloj de pulsera, manifestó:

—Ya es hora. Hace rato que los invitados estarán llegando.

—A Embakment, entonces —le indicó Norton, sin dejar de fumar.

Antes de llegar a la residencia del inspector jefe, notábase una

gran afluencia de lujosos automóviles. El «Rolls Royce» paró junto a la acera, y Norton indicó a Pratt que descendiese.

El joven lo hizo, y a pie se encaminó a la cercana casa donde se daba la fiesta. Volviendo la cabeza, observó que el coche de Norton le seguía a marcha lenta; le vigilaban.

Con el fin de no producirse embotellamientos de vehículos en el jardín, los automóviles se detenían ante la gran puerta de la verja, y sus pasajeros descendían allí, atravesando la arboleda por un paseo embaldosado y bien iluminado. Afortunadamente, no llovía, ni la niebla era espesa.

Pratt entregó su invitación en la entrada, a uno de los criados, y, mezclado con otros grupos de invitados, atravesó el jardín y pasó a la casa, no sin antes haber echado una ojeada disimulada a la fachada principal del edificio, comprobando que Heady le había descrito fielmente todos los detalles de ventanas y canalones de desagüe.

Esto y cuánto había revelado Norton indicaba sobre manera el genio criminal del señor Stringer.

Dejó el abrigo y el sombrero en el guardarropa, a cambio de una cartulina numerada, y, tal como había previsto el irónico Norton, así se desarrollaron los acontecimientos.

Lewis Holdernell —hombre de unos cincuenta años, de cabello cano y de mirada profunda— estaba en pie, a la puerta 44 del salón. Le acompañaba una mujer de aproximada edad, y una jovencita.

Recibían con unas cordiales palabras a los invitados. Cuando le correspondió el turno a Pratt, saludó a los anfitriones versallescamente, fijándose en el rostro del policía.

Luego pasó al salón, donde una orquesta, situada a la izquierda, atacaba los compases de un vals.

Al fondo, un bar, ocupada ya su barra por aquellos que no saben bailar o que prefieren licor a las sonrisas de una dama.

A la derecha, el arranque de una escalera, que se perdía en el piso superior. Desde el primer momento, la escalera atrajo la atención del joven.

Tenía que observar a los criados y a los asistentes, entre éstos a Lyman, al que no conocía personalmente, pero sí por medio de la fotografía que le enseñó Truslow en Washington.

Estaba seguro de que Lyman asistiría a una fiesta de un alto jefe de Scotland Yard, y agradecía la fácil ocasión de estudiarlo, aunque fuese sin hablarle.

Se encontraba intrigado, y le seguía pareciendo muy fuerte que un agente especial del

F. B. I.

hubiese degenerado en jefe de una banda criminal.

Tomó unas copas en la barra, y, por fin, vio a Lyman. Sí, era Lyman; de unos treinta y tres años, alto, moreno, llevando el traje de etiqueta con distinción y soltura. Conversaba con una joven rubia. Ambos sonreían y se cogían de la mano a cada momento. Sin duda alguna, estaban enamorados.

Transcurrió una hora larga. Los invitados habían perdido gran parte de su primitiva compostura bajo los vapores del alcohol, y reinaba un ambiente más animado, salpicado de risas y bromas.

Considerando que la ocasión era llegada, Pratt subió por la escalera, sin prisas, como quién se encuentra en su propia casa.

El piso estaba con todas sus luces encendidas, pero solitario, al parecer. Observando las instrucciones de Norton, se dirigió a la izquierda.

La primera puerta correspondía al despacho de Holdernell, y la segunda, a su alcoba. En esta última estancia penetró.

Dormitorio de muebles sencillos y cama de madera labrada, alta, anticuada. Al fondo, un gran armario ropero.

Se notaba en la habitación un orden absoluto, cada cosa en su sitio. En una pequeña estantería, varios libros se alineaban cuidadosamente, forrados o encuadernados. Estos detalles de pulcritud le revelaron que el inspector jefe de Scotland Yard era un hombre metódico, amante del orden hasta en las más pequeñas cosas. Por lo tanto, no dejaría nunca tirada la ropa sobre una silla, al desnudarse. Y si la guardaba, lo haría en el armario. Así lo comprendió Pratt. Necesitaba esconderse en otro sitio.

La cama se ofreció a su vista. Alta y con colcha de largos flecos que arrastraban hasta el suelo. No le seducía del todo meterse debajo, pues el inspector jefe tendría pistola y no la dejaría muy lejos de su cabecera. Si llegaba a sospechar, le sería facilísimo atrapar al intruso.

No obstante, el joven se decidió. No le quedaba otro remedio.

En la oscuridad, boca abajo, sobre el suelo de mosaicos, escuchando la música de baile que tocaban en el piso inferior, aguardó durante más de una hora, impacientándose gradualmente.

Al fin oyó unos pasos en el corredor, y fue abierta la puerta de la alcoba y encendida la luz. Por entre los flecos de la colcha, el joven, con decepción, vio un par de pantorrillas de mujer y unos zapatos de tacón alto.

Hacía largo rato que la música había cesado abajo, pero la mujer, que movió la cama levemente, tarareaba uno de los «fox» más populares.

El inspector veía los zapatos; se movían a un lado, a otro, giraban solamente las puntas, se levantaban los tacones del suelo, y luego dieron media vuelta y se alejaron en dirección a la puerta.

La luz se apagó, y volvió la quietud a la estancia.

Pratt sentía ya cansancio, y apoyaba la cara en su antebrazo izquierdo adelantado.

Una y otra vez escuchaba. Su paciencia se vio recompensada, volviéndose a abrir la puerta y encenderse la luz. Ahora los zapatos eran de hombre y se veía parte de los pantalones.

Inmóvil, pegado al suelo, no osando ni respirar, el inspector del F. B. I.

acechaba al inspector jefe de la Sección Especial de Scotland Yard, al que en otra ocasión, y en otras circunstancias, hubiera tenido que saludar respetuosamente.

Por cada uno de los ruidos adivinaba lo que estaba haciendo. Le oyó desnudarse, ponerse el pijama, enjuagarse la boca y, por último, acostarse con un suspiro de satisfacción, como de hombre al que cansan más las fiestas mundanas y los cumplidos que quince horas de trabajo seguido.

El chasquido de un interruptor y la luz se apagó.

Reinaba tanto silencio en la casa, que los pitidos de las gabarras en el río se oían nítidamente.

El joven respiraba despacio y con la boca abierta. El golpeteo de la sangre en sus sienes y en sus pulsos le sonaban como martillazos en el yunque de una fragua.

Transcurrió casi una hora.

El joven escuchaba, y la respiración rítmica de Holdernell le animó a realizar la peligrosa tarea.

Pulgada a pulgada, apoyando solamente en el suelo las puntas de los dedos de la mano y de los zapatos, salió de debajo de la cama y se quedó sobre la alfombra, quieto unos instantes, comprobando que Holdernell seguía dormido.

Se fue levantando, oyendo el crujir de las articulaciones de sus rodillas.

Ya erguido, dio un paso lateral a la izquierda y otro más; hasta rozar con el pie la mesilla de noche.

Guiándose por la respiración del otro, extendió los brazos, con las manos abiertas. Estrechó el cuello de Holdernell, y después saltó encima de su cuerpo, tumbándose boca abajo sobre él.

Aplastándolo con su peso, fue apretando progresivamente.

Sus conocimientos de la anatomía humana le aconsejaban efectuar la presión en su justeza debida, a fin de que la víctima no tardase mucho en recobrar el conocimiento.

La perfección de su tarea quedó demostrada al dar Holdernell una sola sacudida de piernas.

Y entonces Pratt se apeó del lecho y fue hasta la ventana, corrió las tupidas cortinas y luego echó el pestillo por dentro. Dio al interruptor, encendiendo la luz.

Con hábiles dedos extrajo del bolsillo derecho de su chaqueta una cajita niquelada, que, abierta, mostró una jeringa de cristal, con sus extremos cubiertos con sendas caperuzas de goma, una aguja larga y un émbolo sujetos a un dispositivo de la tapa. La jeringa contenía un líquido amarillento. Quitada la goma más pequeña, ajustó al descubierto y pequeño pitón el «racor» de la aguja; y luego introdujo el émbolo por la otra abertura contraria, ya despojada de su elástica caperuza.

Sus preparativos fueron rápidos y precisos. Levantando la manga del pijama de Holdernell, le pinchó en el antebrazo y comenzó a inyectarle.

Una vez terminada la operación, volvió a guardarse los útiles, y apagó la luz nuevamente. Esperó sentado al borde del lecho.

Los efectos de la inyección no se hicieron esperar, combinados con el recobramiento de los sentidos por parte del maltratado jefe. Éste articuló algo ininteligible, y su respiración se hizo jadeante, aspirando el aire con ansia.

Pratt aguardó otro poco tiempo.

Como aquella inyección, había puesto varias en diferentes ocasiones a personas que guardaban un secreto de importancia. Se trataba del «suero de la verdad», mezclado con extracto de un producto vegetal que tenía la propiedad de aquietar piernas y brazos durante largo rato.

—¡Holdernell, Holdernell! ¡Escucha! Tú y yo vamos a hablar de cosas que nos interesan mucho, sobre todo a ti —comenzó a decir el del

F. B. I.,

en tono muy quedo, con el fin de no despertar a los restantes moradores de casa—. Ya sabes que en Scotland Yard estamos interesados por el doctor Kersch. El doctor Kersch está escondido. Hay que encontrarlo, hay que encontrarlo a toda costa. Y tú sabes el nombre de quien lo esconde. Necesitamos saberlo para detenerlo y hacerle confesar.

Callóse y aguardó una fracción de segundo, pues el comisario comenzó a responder, influenciado por la droga y sugestionado por la voz misteriosa que le preguntaba. Posiblemente creía estar soñando.

—No, no sé dónde está el doctor Kersch. El inspector de detectives Cordey asegura que lo tiene escondido el director del Banco Sprechgel. Yo también lo creo. Hablé con el hombre que hizo la confidencia y dio detalles de haber oído una conversación por teléfono al director, en la que se hablaba del doctor Kersch.

—¿Por qué no habéis interrogado a ese director? Estamos esperando, Holdernell.

—Lo hicimos, y lo negó todo. Es una persona muy importante y habría graves perjuicios sí le obligásemos a hablar a la fuerza y luego resultara inocente. Ya sabéis lo que son los confidentes; mienten muchas veces, buscando dinero. Dicen haber oído una cosa, y luego es otra. No puedo comprometerme a pedir al juez que ordene un registro. El Banco Sprechgel pertenece a una firma extranjera; habría disgustos. Necesitamos pruebas. Para eso, el inspector Cordey tiene establecida una vigilancia. No se puede hacer otra cosa, de momento.

—¿Cómo se llama el director de ese banco?

—Ritcher. Yo creo que esconde a Kersch, pero necesitamos pruebas.

—Bueno, Holdernell, duérmete. Descansa. Ya lo arreglaremos todo mañana.

Y una vez conseguida la información, Pratt fue alejándose de la cama, donde yacía postrado e inútil momentáneamente uno de los principales jefes de Scotland Yard.

Desechando el pestillo, salió al corredor, y, en puntillas bajó por la escalera, atravesó el salón, tropezando con mesas y sillas aún esparcidas desde la reciente fiesta, y abrió la puerta de la casa.

Antes de salir al jardín, escuchó y escudriñó más allá de la verja. Escuchó los pasos de alguien.

Entornando tras sí la puerta, se internó en el jardín, llegando hasta la verja, que era de barras de hierro cubiertas de plantas trepadoras, formando espesa cortina. A través de un claro en la vegetación, ojeó la calle. Un policía uniformado pasó a pocos pasos de él, y luego le oyó andar por la otra calle que hacía esquina; su deber era dar vueltas alrededor del edificio.

Para un hombre tan ágil y ejercitado como Pratt le fue fácil trepar por los barrotes y de igual manera descendió.

Ya en la calle, cruzó al otro lado, andando con aparente tranquilidad, como pudiese hacerlo cualquier trasnochador.

En Tudor Street, esquina a New Bridge, halló a Heady. Llegaron al coche, donde aguardaban los otros cuatro. Se alborotaron al ver llegar tan tranquilo a Baker.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Cómo ha ido eso? Estábamos ya pensando en...

—Todo bien. Resuelto de una forma limpia. Arrea, Finnetey, y vamos a tomar un trago a casa para celebrar el éxito.

El automóvil arrancó, rodando sus ruedas hacia Ludgate Circus.

¿Conoce usted

NOVELISTAS DE HOY?

Es una colección que presenta las mejores novelas inéditas de los famosos escritores BAROJA, LOPEZ DE HARO, FERNANDEZ-FLOREZ, CELA, INSUA, LAFORET y otros, editadas maravillosamente al precio infimo de CINCO pesetas.

¡SOLICITENOS FOLLETO GRATUITO!

V

INTERESANTE CONFERENCIA EN NEW SCOTLAND YARD



NIFORMADOS policías y mucho personal de paisano entraban y salían en el edificio de New Scotland Yard, en el Embankment, pegado al malecón del Támesis. El cercano reloj

Big-Ben,

en la torre del Parlamento, marcaba las nueve y media. No había niebla, pero el cielo aprovechaba los menores intersticios de las

nubes para filtrar unos rayos que, en lugar de caloríficos, parecían ser acuosos: de tal manera se avecinaba la lluvia.

Celebrábase una importante conferencia aquella mañana en un despacho del Alto Mando. Allí se encontraban el comisario auxiliar encargado de la administración y de las obligaciones generales, el comisario auxiliar a cuyo cargo estaba el tráfico de Londres, el comisario auxiliar jefe del Departamento de Investigación Criminal, a su lado el inspector jefe de la Sección Especial, Lewis Holdernell, que regía el Departamento de Organización; dos superintendentes de las divisiones

E y K,

cinco inspectores de detectives y el jefe de la Brigada Volante.

Holdernell les había citado para las nueve, y en aquellos momentos comenzaba a extraer consecuencias, después de contarles a sus compañeros lo que le sucedió en la noche pasada.

—Es indudable, señores, que ese individuo pretende apoderarse del doctor Kersch y por ello me obligó a confesarle mis sospechas respecto a Ritcher, el director del Banco Sprechgel. Tenemos que tomar rápidamente una determinación realista y efectiva, aun cuando nos veamos obligados a olvidar un poco la ley como caso excepcional. Todos sospechamos desde hace tiempo de Ritcher, pero sin pruebas concretas. Y sin una acusación digna de fe no hemos podido ni interrogarlo oficialmente, porque nos lo prohíbe el Reglamento de Jueces con su interdicción de interrogar a un detenido cuando se les va a acusar de un delito grave, como es el presente, y tampoco registrar su banco y su casa, porque el magistrado se niega a entregarnos un mandamiento judicial al amparo de la Ley de Secretos Oficiales, pues dice que esa información confidencial no es digna de crédito. Y así estamos, atados de pies y manos por unas Leyes pasadas y enmohecidas, haciendo el ridículo más espantoso y exponiéndonos a provocar la dimisión del ministro del Interior. Ustedes tienen más categoría que yo; hablen y decidan, pero acabemos de una vez, señores, con el caso del doctor Kersch.

—¿Tiene usted algún plan forjado, Holdernell?

—Uno tengo, y voy a exponerlo ahora mismo a la consideración de ustedes. Puesto que nosotros no podemos detener ni interrogar duramente a Ritcher, lo mejor sería dejar que ese individuo

agarrase a Ritcher y le hiciera hablar. Y entonces, nosotros apareceremos en el momento oportuno, y basándonos en la acusación por secuestro o amenazas a Ritcher, detendremos a la banda, y ya podremos interrogarles acerca de lo que deseemos sin que los magistrados puedan protestar. ¿Qué les parece?

Hubo generales muestras de aprobación. Satisfecho, Holdernell, prosiguió:

—Luego, contando con la ayuda de ustedes, estableceré una vigilancia constante sobre Ritcher, tanto en su casa como en su banco, o en sus viajes por la ciudad o fuera de ella. Necesitaré coches corrientes de la Brigada Volante, en los que no aparezcan nuestros distintivos, y nada de policías uniformados. Todos han de ser detectives. Si fracaso, saldré voluntariamente de la Sección Especial.

Tras ultimar los detalles para llevar a cabo la vigilancia disimulada de Ritcher, el Alto Mando de Scotland Yard abandonó el despacho.

A la misma hora que se verificaba la anterior escena, se efectuaba una conferencia telefónica entre Pratt y Stringer. El joven, en su personalidad de Baker, acababa de contar al «boss» el magnífico resultado de sus gestiones, sin explicarle el medio utilizado ni hablarle claramente. Cuando notificó a Stringer que recaían las sospechas en el director del Banco Sprechgel, el «boss» lanzó una sofocada exclamación de sorpresa.

—Muy posible que sea él la persona que nos interesa; encaja en mis informaciones. Has hecho un estupendo trabajo, Baker. Voy a planear el negocio enseguida, y mañana os enviaré instrucciones escritas. No os ausentéis, ninguno.

—Cuidado con la policía, Stringer. No se dormirán...

El «boss» rió, como saboreando por anticipado la jugarreta.

VI

SECUESTRO



N flamante «Lincoln», esmaltado en negro, con adornos niquelados, avanzaba por entre el ruidoso y nutrido tráfico de Pentoville Road a las horas del anochecer. Tenía que detenerse en las paradas y esperar a que la señal roja desapareciese para continuar la marcha. A su izquierda, por contraste en el tamaño, resaltaba un modesto «Citroën» de cinco plazas. Fuese obra de la casualidad o de la voluntad, el caso es que «Lincoln» y «Citroën» parecían hermanos siameses. Continuaron por City Road.

Al llegar a la esquina con Graham Street, tuvieron que detenerse. Un enorme camión salía de esta calle y con su gran mole, en unas maniobras torpes de su conductor, entorpeció el tráfico, formándose un embotellamiento de vehículos en aquel lugar. El guardia de la circulación más cercano, dándose cuenta de lo que sucedía, tocó inútilmente su silbato repetidas veces, porque el camión seguía como anclado en medio de la vía londinense. Tranvías y autobuses se aglomeraban también, y el ruido de los impacientes «cláxones» se hizo ensordecedor.

Entonces fue cuando del modesto «Citroën» se apearon dos individuos embutidos en largas gabardinas con el cuello subido, y con sombreros de ala baja.

Abriendo uno de ellos la puertecilla lateral delantera del «Lincoln», y el otro, la trasera, se metieron en el automóvil.

Empuñaban sendas pistolas surgidas de sus bolsillos, y el primero encañonaba al chófer del «Lincoln», diciéndole amenazadoramente:

—¡Échate a un lado y déjame conducir!

Era la voz de Pratt. El chófer se amilanó y obedeció, balbuciendo palabras ininteligibles.

En tanto, el otro individuo amenazaba con su arma al obeso y bien vestido pasajero sentado en el asiento posterior, advirtiéndole siniestramente:

—Como abra el pico, le meto el cargador en el cuerpo, Ritcher.

Era la voz plebeya de Heady, el lugarteniente de Stringer. No perdió el tiempo en circunloquios, sino que, sacando un par de esposas, se las plantó en las muñecas al sorprendido Ritcher, hombre de unos cincuenta años, de rostro abotagado por la falta de ejercicios, la buena alimentación y el abuso del alcohol.

Sentado ya al volante del «Lincoln», Pratt hizo un movimiento de cabeza, que fue correspondido en señal de asentimiento por el conductor del «Citroën».

Y luego el inspector del

F. B. I.

observó a través del parabrisas, con el motor en marcha, el desarrollo de la disputa del guardia de circulación con el torpe conductor del camión, que ahora había destrozado los faros de un coche que tenía detrás. Por fin, se echó a un lado.

Reanudaron los vehículos su avance, y entre ellos el «Lincoln», guiado por manos extrañas. El «Citroën» no tardó en apartarse prudentemente.

Con el pie apretando el acelerador, Pratt condujo el «Lincoln» a lo largo de Shereditch, y a continuación por Bethnal Green Street.

Mientras conducía, su pensamiento se ocupaba en admirar la inteligencia de Stringer. Suya había sido aquella magnífica treta de colocar un camión en Graham Street, detenido, en tanto que el chófer aparentaba estar ocupado en reparar el motor, hasta que un hombre situado en la esquina le avisase de la aproximación del «Citroën».

Y Stringer había sido quien, en un lapso de veinticuatro horas apenas, estudió las metódicas costumbres de Ritcher.

Pratt comprendía que se enfrentaba con un cerebro genial, difícil de vencer.

Continuaba conduciendo por Old Ford Road, sin perder de vista al chófer de Ritcher, ni soltar la «Stery», cuando Heady le advirtió desde atrás:

—Nos vienen siguiendo dos coches desde hace rato. Y eso me huele mal. Métete por una calle de poca importancia a ver si son figuraciones mías.

Pratt echó una mirada al espejo retrovisor.

La calle estaba ya iluminada eléctricamente, y distinguió dos automóviles de aspecto vulgar, pero de largo motor. Torció el volante a la izquierda, metiéndose por Saint James Road, en dirección al Victoria Park.

Una nueva mirada al espejo retrovisor y se convenció de que los dos coches lo seguían a prudente distancia. Dedujo que eran escolta de Ritcher, aguardando una buena ocasión para atacar, o coches pertenecientes a la Brigada Volante de la Policía.

—Ya sabes lo que indicó el «boss» en este caso —le recordó Heady.

Hizo una señal de aprobación el del

F. B. I.,

y pisó a fondo el acelerador, comenzando una carrera a través de calles y plazas, sorteando vehículos y transeúntes, pero siempre sin pasar de la velocidad reglamentaria por temor a los silbatos de los guardias de la circulación.

Al cuarto de hora torcían por una calleja próxima a Rusell Square, y el espejo retrovisor no reflejaba a los dos coches perseguidores, que aún no habían doblado la esquina.

Entonces, sin casi aminorar la velocidad, Pratt torció a la derecha y metió el «Lincoln» en el portal abierto de un solitario garaje, perdiéndose hasta el fondo, casi en tinieblas.

Y de las mismas tinieblas surgió otro «Lincoln», idéntico en todo al que acababa de entrar, pero solamente con un pasajero, el conductor. Y, saliendo a la calle, tomó la dirección primitiva del coche guiado por Pratt. Éste, desde su asiento, vio a través de la ventanilla posterior que los dos coches perseguidores pasaban al momento por delante de la puerta del garaje, siguiendo al «Lincoln» suplantador.

Una vez más, la inteligencia de Stringer triunfaba.

—¡Abajo, Ritcher! ¡Hazte cargo de ese esclavo con gorra! —dijo Heady.

Un hombre con cazadora de cuero, salió de una pequeña habitación que daba a la cochera, y les señaló un «Nash», de color guinda. A este coche subieron Pratt, Heady y Ritcher, mientras el otro se hacía cargo del asustado chófer, asestándole una pistola en las costillas y llevándoselo para su tugurio.

Horas más tarde, el chófer inconsciente bajo los efectos del cloroformo, sería abandonado en la acera de una calle lejana. Cuando quisiese dar cuenta a la policía del secuestro del banquero, en el garaje ya no habría más vehículo que el «Lincoln» de Ritcher, y nadie para responder de las acusaciones.

También el «Nash», conducido por Pratt, tenía un destino, fijo: a un «cottage» en la demarcación de High Ongar, en las cercanías de Londres, pero fuera de su área.

Casi media hora tardaron en recorrer el trayecto, después de dejar atrás North Reald Basset.

Internáronse, con los faros apagados, por un camino de rodaduras profundas, y baches calamitosos.

Heady daba las indicaciones oportunas, pues él conocía el lugar.

Señaló una finca de recreo rodeada por una alta cerca de mampostería, que sólo permitía ver las copas de unos árboles como fantasmas oscilantes en la oscuridad nocturna.

Millikan estaba esperándoles, y les abrió la puerta de la cerca.

Pratt metió el coche por un paseo cuajado de cizaña y hierbajos. Siguiendo las indicaciones de Heady, frenó bajo un cobertizo que se levantaba junto al edificio de dos plantas.

Ritcher fue llevado al interior de la casa.

Un gran vestíbulo mal iluminado y peor amueblado, de donde arrancaba una escalera de madera. A la derecha, una puerta abierta, de la que salía un fuerte resplandor.

Pasaron, encontrándose en una estancia regularmente acondicionada con varias butacas, unas sillas, una mesa y una lámpara de luz eléctrica. Todo usado y pobre.

Oblosky y Richardson tenían en las manos unos naipes, y sobre la mesa una botella de *whisky*.

Sonrieron satisfechos al ver a Ritcher, que no hacía aspavientos de terror, aun cuando sus ojillos miraban a todos lados con curiosidad y algo de aprensión. En realidad, él no sabía de qué se trataba. A lo más podía imaginarse que era víctima de un secuestro vulgar, que se solucionaría con unos puñados de libras.

Heady respondió a una pregunta de Pratt:

—El «boss» vendrá a medianoche. Antes llamará por teléfono para darnos instrucciones.

—Podíamos ir interrogando a éste —propuso el joven, impaciente.

—De ninguna de las maneras, Baker. Ya sabes que el señor Stringer quiere presenciar el interrogatorio. Voy a llevármelo abajo. Todas las precauciones son pocas.

Y desapareció con el prisionero por una puerta que daba a un pasillo en penumbra. Los componentes del grupo se arrellanaron en las butacas y comenzaron a jugar y a fumar.

Pratt disimulaba sus vehementes deseos de registrar la caca, y observó con curiosidad el regreso de Heady, que volvía con el hombro izquierdo del traje manchado de polvo grisáceo.

—¿No hay nada de comer por ahí, Heady?

El lugarteniente que se había incorporado a la partida y, perdía ya cinco libras, repuso de mal humor:

—En la cocina habrá algo. No piensas más que en comer. A los hombres les sobra con beber.

Sin discutirle su opinión, el inspector fue pasillo adelante, ojeando las habitaciones; nada, todas vacías. En el armario de la

cocina halló unas latas de conservas solamente. Una puerta daba al jardín, por la fachada posterior del edificio. La abrió, dejándola entornada por si más tarde necesitase una salida.

Buscaba la habitación donde se había encerrado a Ritcher y no la hallaba. Y de pronto, en la misma cocina, notó que el piso sonaba a hueco bajo sus pies. Disimulada, por estar formada de baldosas iguales a las del piso, había una trampilla con una anilla de hierro. Tiró de ella, quedando al descubierto un gran hueco cuadrangular y el arranque de una escalera de madera que se perdía abajo, en la oscuridad.

Lamentando no tener la linterna «Lot», comenzó a descender, encendiendo fósforos.

Paredes desconchadas y con manchones salitrosos por la humedad, un aire denso, de recinto sin ventilar, y telas de arañas colgando de la baja bóveda de un subterráneo con puertas, dos a la derecha y una a la izquierda.

Las puertas eran de chapa de hierro y tenían el cerrojo echado por fuera.

Una rata corrió chillando al encenderse un nuevo fósforo.

Presa de curiosidad, y temiendo a la vez ser sorprendido por los de arriba, el del

F. B. I.

abrió la puerta de la izquierda. Era un calabozo inmundo, de suelo de tierra sembrado de excrementos humanos.

A continuación abrió la primera de la derecha: Ritcher, sentado en el suelo, tenía los brazos en alto, cogidas las esposas por una cadena o una argolla empotrada en el muro. Ahora sí mostraba pavor, amedrentándole la oscuridad y lo siniestro del lugar. Varios papeles se veían esparcidos acá y allá; índices de la rapacidad de Heady, que había desvalijado al prisionero en cuanto se quedó a solas con él. Pratt cerró de nuevo.

Abriendo la última puerta, iluminó otro calabozo, que él suponía estaría desierto como el de la izquierda.

El vacilante resplandor reveló un bulto en un rincón, y escuchó un roce y un suspiro. Extrañado, Pratt dio unos pasos adelante. Un hombre en igual situación que Ritcher, pero de una delgadez esquelética, con la barba crecida de muchos días y la ropa hecha jirones.

Acercóse a él, a levantarle la cabeza con la mano derecha, mientras le alumbraba. Una exclamación de horror se escapó de sus labios:

—¡Playford!

El hombre, de mejillas hundidas y lívidas, abrió los ojos: pupilas cargadas de terror.

—¡Playford! ¡Playford! —le llamó Pratt, conmovido y encolerizado a la vez, viendo a su antiguo amigo en tal estado de decrepitud.

El encadenado pareció reaccionar al oír su nombre, y miró fijamente al joven. Un rayo de lucidez tuvo que atravesar su desvariada mente, pues dijo, en tono débil y balbuciente:

—Sí, soy Playford. ¿Quién es usted?

—Soy Raymond Pratt, del

F. B. I.

¿No te acuerdas de mí? ¡Soy Pratt! —Encendió otro fósforo.

El hombre parpadeó, y luego repuso con un brillo de alegría en sus dilatadas pupilas:

—¡Pratt! ¡Amigo Pratt! ¡Sácame de aquí! ¡Van a matarme!

—No tengas miedo, Playford. Estoy yo aquí. He venido a salvarte. Truslow me envió. ¿Recuerdas a Truslow?

—¡Truslow! ¡Él me envió a este infierno! —musitó el exhausto inspector del

F. B. I.

—Espera. Voy a dejarte libre.

Playford estaba sujeto a la pared por una cadena unida a las esposas que le rodeaban las muñecas, y eran esposas de fabricación inglesa, cuya cerradura conocía Pratt.

Con una de sus gonzúas forcejeó el joven unos instantes en la abertura, hasta que consiguió abrirlas; a la luz de un fósforo dejado en el suelo.

Los brazos del prisionero cayeron de golpe a sus costados. El joven acarició tiernamente la alborotada cabellera de su compañero; estaba conmovido.

Playford había sido un hombre joven y fuerte antes de salir de Washington, y ahora aparentaba tener veinte años más, a consecuencia de estar encerrado tanto tiempo en aquella infecta covacha, sin alimento suficiente.

—¡Quédate aquí, Playford! ¡Voy a buscarte algo de comer!

Y corriendo subió la escalera y en la cocina abrió varias latas de conservas, volviendo a bajar con las que le parecieron más nutritivas. El prisionero bebió con ansia el caldo de una lata, y a continuación comenzó a comer, al principio, sin apetito, y por último con un hambre voraz.

—Yo estoy dentro de la banda —le decía Pratt—. Arriba están los otros esperando a Stringer, que vendrá esta noche, hacia las doce. Estamos sobre la pista del doctor Kersch. Yo vine a buscarle y a buscarte, por encargo de Truslow. ¿Sabes quién es Stringer? ¿Acaso es Lyman?

—No lo sé —contestó Playford, sin dejar de comer—. Yo estuve varios días desconcertado, andando arriba y a abajo, por todos los garitos de Londres, sin encontrar la menor huella de Kersch. Lyman no me daba ninguna información de Scotland Yard. Decía que allí no sabían nada del doctor. A Ohlert lo veía de tarde en tarde, pero él siempre andaba ocupado con sus asuntos. Una noche, al salir de una taberna de marineros, me cogieron entre varios hombres y me metieron en un coche, echándome un saco por la cabeza. Desde entonces estoy aquí. No me han interrogado, ni me han maltratado. Sólo me quitaron cuanto llevaba encima de valor. Un hombre muy alto, con una cicatriz en la cara, venía a traerme comida, pero muy poca y sin días fijos.

—¿Podrás andar ya?

Playford intentó ponerse en pie, pero las rodillas se le doblaron y se hubiera golpeado contra el suelo de no haberlo cogido a tiempo Pratt. Éste volvió a sentarlo de nuevo.

—Permanece aquí descansando. Toma esta pistola. Si viene alguien, finge que sigues esposado, y si quieren hacerte daño, dispara. Yo vendré en cuanto pueda. No te duermas. Trata de recobrar fuerzas. Los envases tíralos a aquel rincón oscuro, que no los vean, si bajan.

Con estas instrucciones abandonó a su compañero y cerró la puerta, sin echar el cerrojo por fuera.

Ya en la cocina, bajó la trampilla. Luego de limpiarse el polvo y las telarañas que había cogido en el traje, pasó al cuarto donde estaban los demás jugando.

Heady maldecía a cada momento, siéndole poco favorable la

suerte, y contestaba con bufidos a las chanzas del sonriente Millikan. Apenas repararon en el regreso del joven.

En aquel momento, sonó un timbre.

El lugarteniente se levantó con precipitación, diciendo:

—Ése es el jefe, llamando al teléfono.

El aparato se encontraba en un rincón del vestíbulo.

Desde la puerta del cuarto, Pratt oyó decir a Heady:

—Sí, señor Stringer, lo tenemos aquí. Ahora mismo vamos a empezar. Yo lo hacía por si usted quería...

—Bueno, bueno. Voy a llamarle.

Y dejando el auricular volvióse hacia Pratt:

—Tú, Baker; el jefe dice que te pongas.

Sin prisas, alardeando de serenidad ante los «gangsters», se puso al aparato.

—¿Qué hay, Stringer? Ya es hora de hacer algo. Y aquí ni siquiera tenemos comida para echar un bocado.

La voz característica de Stringer repuso:

—Déjate de tonterías y escucha, Baker. Yo no puedo ir a presenciar el interrogatorio de ése. Ya le he dicho a Heady que comencéis, y no os dé miedo emplearos a fondo. Por si acaso se negase, pronto llegará ahí Norton con alguien que lo hará hablar. Llamaré dentro de un rato para saber qué habéis conseguido.

Escuchóse el chasquido del otro auricular, al ser colgado. Quedó cortada la comunicación.

Cuando el inspector regresó al cuarto, los demás lo miraron con admiración. El propio Heady se rascaba la cabeza, asombrado.

Creciéndose, Pratt le animó:

—Venga, venga, gorila; baja a por ese «pájaro», que vamos a hacerle cantar, quiera o no.

Obedeció el lugarteniente, perdiendo toda su antigua autoridad. Reconocía que el tal Baker no era un asustadizo como su asesinado hermano.

Con las esposas puestas, Ritcher fue atado a una silla. Frente a él, los seis hombres.

Comenzó Pratt el interrogatorio, mirando amenazadoramente al obeso director del Banco Sprechel.

—Usted conoce el paradero del doctor Kersch. Diga todo lo que sepa acerca de él.

—No conozco a ese doctor, ni le oí nombrar en mi vida — declaró secamente el prisionero.

El puño de Oblosky, el polaco, se adelantó al de Heady, y golpeó la fofa cara del director, tirándole al suelo con la silla.

—Nada de precipitaciones, señores —aconsejó el académico Richardson.

Ritcher fue levantado. De los labios le brotaba sangre. Comenzaba a sentir miedo, pero a la repetida pregunta de Pratt obstinóse en negar, y el joven se vio precisado a hacer uso de sus conocimientos de «*jiu-jitsu*». Alargando el brazo, cogió una pierna de Ritcher y apretó los dedos, fuertes como garras de oso.

La víctima se retorció de dolor, pero no hablaba, y cuando la mano torturante se levantaba a su cintura, escuchóse el ruido de un motor en el exterior.

—Ése es Norton. Me dijo el «boss» que nos traería un medio de hacer hablar a éste. Salid vosotros dos a abrirle, y comprobad antes que es él —indicó a Finnetey y a Millikan.

De Norton se trataba, efectivamente, llevando de la mano a un niño de unos catorce años, con los ojos vendados. Le fue quitado el pañuelo, y al ver a Ritcher, se desprendió del procurador y corrió hacia el prisionero, abrazándole.

—¡Papá! ¡Papá! —gemía el chiquillo, estrechándose contra su padre.

Una congoja estranguló la garganta de Pratt al conocer el cruel medio dispuesto por Stringer para hacer confesar al director. Casi con rabia gritó:

—¡Hable de una vez, Ritcher, y no nos obligue a cometer una barbaridad! Lleva usted todas las de perder. No defienda a nadie, ni tampoco un puñado de libras. ¡No sacrifique usted a su hijo!

Sus palabras parecieron conmover a Ritcher, que demostraba estar tan emocionado como el niño. Roncamente, anunció:

—Hablaré si me prometen no hacerle daño. Él no tiene culpa de nada. ¡Sáquenlo de aquí!

Oblosky, con su calma habitual, cogió al niño de la mano, llevándolo al vestíbulo.

Pratt observó la atención que prestaba Norton a Ritcher. Éste empezaba a declarar:

—Al doctor Kersch lo tengo yo escondido.

—¿Dónde? —preguntó Heady, impaciente.

—En un banco filial al mío, en el Wilbur Bank. En una de las cámaras acorazadas.

Era suficiente la explicación para Pratt. Ahora comprendía por qué el despiste de Scotland Yard. Nadie imaginaría tener a un hombre encerrado en la cámara acorazada de un banco y, sin embargo, no podía encontrarse ni mejor ni más disimulada cárcel.

Inquirió más detalles del director:

—¿Cómo es que los empleados no se han dado cuenta?

—Esa cámara está separada de las otras, de las que se utilizan. La mandé construir hace un año, para guardar en ella documentos particulares y secretos.

—¿Sólo particulares?

Ritcher vaciló al verse descubierto. Por fin, dijo:

—También de carácter político.

Quedaba claro que el director del Sprechgel Bank era un espía introducido en Inglaterra.

A Pratt no le interesaba de momento esta cuestión, y la pasó por alto, preguntando seguidamente:

—Alguien lo sabrá además de usted. ¿Quién lo sabe?

—Mi secretario. Cuando se hicieron las demás cámaras, los arquitectos municipales dieron su permiso, y yo me valí para construir una más, que luego separé con un muro. Los obreros eran extranjeros, y regresaron a su país.

—¿Por dónde se entra?

—Por el piso particular de mi secretario, que a la vez es el director de esa filial. Está en Seymour Street.

—¿Cómo llegó Kersch a su poder? —siguió interrogando Pratt, aprovechándose del momento psicológico que debilitaba al prisionero.

—Me ofrecieron a Kersch a cambio de cincuenta mil libras. Yo no soy un político, sino un hombre de negocios. Los secretos y la ciencia del doctor Kersch valían mucho más, bien vendidos a cualquier nación interesada en las investigaciones atómicas. En cuanto se hubiese calmado la persecución del doctor, yo habría comenzado a gestionar el negocio. Eso es todo.

Ganas dieron a Pratt de pisotear al miserable financiero, capaz de negociar con secretos que podían desencadenar la más terrible

de las guerras. Se contuvo, y prosiguió et interrogatorio:

—¿Quiénes le entregaron a Kersch?

—No los conozco. Decían llamarse Mills y *Short*. Son norteamericanos. Ellos lo sacaron escondido de Estados Unidos, en un avión, después de convencerle de que su deber era entregar sus secretos a una nación que dominase el mundo pacíficamente. Kersch es un hombre ingenuo, dedicado por entero a sus estudios, desconocedor de la realidad de la vida actual.

—Bien, Ritcher. Ahora vamos a ver si ha mentido o no. Aquí hay un teléfono. Llame a su secretario y dígame que dentro de media hora le visitarán unos amigos para tratar del «gran asunto». Que es urgente y muy interesante. Y díganos el nombre de su secretario y el enclavamiento de la caja y forma de abrirla.

Una por una siguió el director todas las indicaciones de Pratt. Estaba acobardado, pesando sobre él todavía la horrible pesadilla de los minutos pasados en el subterráneo. Prefería perder un buen negocio a perder la vida. Como él decía, era un hombre de negocios. Y entre el dinero y la vida, el negocio estaba en salvar esta última, y, sobre todo, la de su hijo.

Fue vuelto al calabozo, con la esperanza de ser liberado en cuanto se comprobase la veracidad de sus confesiones.

Los «gangsters» no llegaban a comprender bien todas aquellas declaraciones y la sorprendente facilidad en renunciar a tantos miles de libras. Norton y Pratt, como hombres cultos, sí lo comprendían.

Estaban discutiendo acaloradamente entre ellos, cuando volvió a sonar el teléfono.

Era Stringer, y Pratt le contó todo lo sucedido, porque aún necesitaba del misterioso «boss» para apoderarse de Kersch.

Stringer extremó su satisfacción, incitándole a que obrasen rápidamente, antes del amanecer. Respecto al niño, era partidario de «eliminarlo», evitando que luego declarase ante la policía.

A esta determinación se opuso Pratt resueltamente, y obtuvo plena libertad de decisión, siempre que se tomasen precauciones. Norton se llevaría al niño, con un pañuelo vendándole los ojos, de igual manera que lo había traído al «cottage».

Y entonces fue cuando Pratt cayó en la cuenta de que Norton y Stringer no podían ser una misma persona, puesto que el

procurador estaba a su lado, mientras que al otro lado de la línea hablaba el «boss».

Con el pretexto de solicitar unas últimas aclaraciones de Ritcher, el inspector del

F. B. I.

bajó a la cueva y entró en el calabozo de su amigo Playford.

Estaba más reanimado, y había logrado incorporarse por sí solo y andar con pasos casi firmes. Sus enflaquecidos brazos estrecharon al joven.

Era un muerto que volvía a la vida.

—Playford, vamos en busca del doctor Kersch. Regresaremos dentro de una hora y media, o algo menos. Aquí se quedará uno de estos canallas. Lo mejor será, si te encuentras con fuerzas, que subas dentro de un rato y salgas por la puerta de la cocina al jardín, y te escondas entre los árboles. Tengo miedo de que el jefe ordene mataros al otro prisionero y a ti. Sal al jardín, y ya te buscaré en el momento oportuno, en cuanto tengamos al doctor. No se te ocurra abrir la puerta de este calabozo contigo; encierra a un miserable. No olvides la pistola. Empuja la puerta de la cueva y te será fácil salir. En la cocina hay una cortina; arráncala y échatela por los hombros, fuera hace frío. Y no olvides la pistola, y tira a matar si te ves en peligro. Esta noche será una noche trágica. ¡Adiós, amigo, y ánimo!

A grandes zancadas, Pratt se unió a los otros componentes del grupo, que ya estaban en los coches, menos Oblosky. Éste se quedaba en la casa, custodiando el lugar.

Salieron al camino. En el coche más adelantado iban Norton y el hijo de Ritcher, con los ojos vendados, llorando en silencio, porque el procurador le amenazaba con pegarle si gritaba. Había sido secuestrado al salir del colegio por los hombres de otro grupo de Stringer.

En Seymour Street dejaron el coche en una esquina y avanzaron a pie hasta el Wilbur Bank.

Vieron luz a través de las grandes puertas y ventanas enrejadas: el vigilante de noche estaba alerta. Pero más allá, una puerta de tamaño normal era la entrada particular a la vivienda del director. Éste, un hombre relativamente joven, les esperaba detrás, y abrió en cuanto les oyó detenerse.

—Pasen, pasen ustedes.

Obedeció prestamente Pratt, seguido de los otros.

—Siga adelante —le mandó Pratt—. Llévenos a esa cámara donde tiene al doctor. Le advertimos que Ritcher está en nuestro poder, y morirá si usted se niega. Usted tampoco escaparía muy bien. Sabemos hacer hablar a los mudos; no intente pasarse de listo.

Bajaron, sin perder de vista al secretario.

Una puerta de gruesa madera, un estrecho corredor, formando varios recodos, seguramente bordeando los sótanos del banco, y, por último, una puerta de hierro macizo, que después de abierta y encendida la luz, dio paso a una pequeñísima habitación, cuyo fondo era una superficie de acero, con unos orificios. Por ellos introdujo el secretario sendas llaves de singular forma, y tirando de un pomo, la plancha acerada resultó ser la puerta de la cámara acorazada.

Con las máximas precauciones, y siempre por delante el secretario de Ritcher, se asomaron y vieron una habitación de regulares dimensiones, con una lámpara encendida en un rincón, y una mesa cubierta de libros, calibradores, reglas y papeles, a la que estaba sentado un individuo con lentes.

Quedó sorprendido, con aire de bobo, al ver entrar al grupo de hombres.

Pratt le reconoció enseguida, recordando la fotografía que le había enseñado Truslow en Washington. Para no despertar sospechas en sus eventuales compañeros, le preguntó:

—Usted es el doctor Kersch, ¿no?

—Sí, señor —repuso el individuo, todavía asombrado, e interrogando con la vista al secretario.

—Venimos para sacarlo de Inglaterra. Scotland Yard lo busca, y nosotros queremos que usted pueda trabajar en paz por el bien de la Humanidad. ¡Síguenos! ¡El avión nos está esperando!

—Necesito recoger mis libros y mis notas, caballeros.

—Hágalo cuanto antes, doctor Kersch —continuó Pratt, manteniendo la farsa—. No olvide usted los documentos que sacó de Estados Unidos.

—No, señor. Van en esta cartera.

Millikan apuntaba todavía al secretario, pero dejó de hacerlo, al golpear Pratt la nuca del secuaz de Ritcher, con la mano abierta y

rígida. Lo dejaron sin conocimiento, tumbado en el metálico piso.

—¡Vamos, Millikan! ¡Vigila al doctor!

Salieron a la calle, después de cerrar la puerta, y se dirigieron hacia donde esperaba el coche. El inspector tuvo que rogar amablemente al preguntón Kersch que callase.

Puesto al volante Finnetey, un antiguo conductor de coches de carreras, el automóvil arrancó a toda velocidad, perdiéndose en la noche, con dirección al «cottage» donde esperaba Oblosky.

Durante el trayecto, el doctor Kersch seguía haciendo preguntas tan ingenuas para las mentes de los «gangsters», que el brutal Heady no pudo menos de exclamar:

—¿Y éste es el que ha inventado la atómica? ¡Bah! ¡Este tío lo tiene que haber copiado de estos libros!

Un coro de carcajadas siguió a sus palabras. Hasta el mismo Pratt se echó a reír, comprobando que el doctor Kersch era como tantos otros hombres de ciencia que, entregados a sus estudios e ignorantes de la maldad y de la dureza de la vida, eran fáciles de embaucar con unos cuantos hábiles argumentos por hombres avispadados.

El doctor Kersch, herido su orgullo profesional, encerróse en un silencio desdeñoso. Comenzaba a darse cuenta de que sus supuestos salvadores obraban de manera bastante extraña.

Y más se cercioró de ello cuando fue encerrado por Pratt en el calabozo de la izquierda, en la cueva del «cottage». Tuvo ocasión, el del

F. B. I.,

de echar una ojeada al último calabozo de la derecha: Playford no estaba allí. Respiró tranquilo.

Según Oblosky, el jefe no había vuelto a llamar.

XX

¡ATENCIÓN!

EDITORIAL ROLLAN

¡LA EDITORIAL DE LOS ÉXITOS!

triunfa una vez más al crear la inigualable
Colección

P R O E Z A S

Un género nuevo, interesante, para toda clase
de públicos, como lo es el invencible

F. B. I.

VII

COGIDO EN LA TRAMPA



IENTRAS esperaban la llamada del «Boss», Pratt meditaba profundamente. Por un medio u otro tenía que conseguir la captura de Stringer. Con la pobre ayuda de Playford, pero ayuda, al fin y al cabo, se atrevía a eliminar al grupo y apoderarse del doctor Kersch. Sin embargo, su espíritu combativo le inducía a desenmascarar al misterioso y criminal jefe, y con mayor razón si resultaba ser Leo Lyman, el agente especial del F. B. I.

Tan ensimismado estaba en sus reflexiones, que no se dio cuenta

de que el teléfono sonaba en el vestíbulo, hasta que Heady echó a correr para responder a la llamada.

Escuchó con disgusto cómo el lugarteniente narraba lo sucedido, pavoneándose de orgullo por el éxito y asintiendo con servilismo a lo que le dijese Stringer.

Impaciente, Pratt le arrebató el teléfono de las manos, y habló:

—Oye, Stringer: todo está hecho. ¿Cuándo vienes por aquí?

—¡Hola, Baker! —repuso la quebrada y antipática voz—. Ya me lo ha contado Heady. Os felicito. No puedo ir esta noche; mañana, probablemente. Heady ya tiene órdenes mías. ¡Hay que cumplirlas a rajatabla!

Y cortó la comunicación.

Pratt estuvo a punto de botar el aparato. Sus planes se venían a tierra al no presentarse Stringer.

Entró en el cuarto y se dirigió al lugarteniente:

—¿Qué ha dicho el jefe?

—Que «liquidemos» a Ritcher y al otro.

—¿Al doctor Kersch? —interrogó el joven, con fingida ingenuidad.

—No, hombre. Pues estaría bueno, después del trabajo que nos ha costado. A un tipo del

F. B. I.,

que tenemos encerrado desde hace tiempo. Ese trabajo me gusta, ya ves. El

F. B. I.,

nos traía de cabeza en nuestra tierra. Sin éste, ya hay uno menos.

—Yo te ayudaré, si es como dices un

«G-man»

[3]. Vamos abajo. Eso se hace rápido y sencillo. Vosotros podéis quedaros aquí, echando un sueñecito. El jefe no vendrá esta noche —notificó a los demás.

Sin sospechar nada, Heady iba delante. Levantó la puertecilla horizontal de la cueva, y con su linterna alumbraba el descenso.

—Encárgate tú del gordo, Baker.

—No; prefiero el del

F. B. I.

Tengo una cuenta pendiente con ellos. Por más, que no tengo linterna; lo haré después que tú.

Confiado, Heady abrió la puerta del primer calabozo de la derecha, y cuando alumbraba al asustado Ritcher para hacer blanco, un ruido a su espalda le hizo agacharse instintivamente. El brazo demoledor de Pratt le pasó por encima de la cabeza, sin tocarle siquiera. Su reacción fue rápida, al darse cuenta de lo sucedido.

—¡Ah, traidor! —rugió el gigante, cambiando la dirección de su pistola.

Pero la mano izquierda del joven hizo presa en su muñeca, y el coloso se retorció de dolor, escapándosele el arma de entre los dedos.

Seguro de sus hercúleas fuerzas, Heady arrojó a un lado la linterna, que siguió alumbrando desde el suelo por puro milagro, y se abalanzó contra Pratt, bramando de ira.

El inspector lo agarró velozmente por la muñeca derecha y, haciendo un giro casi completo, sin soltarle, le volteó por encima de sí.

El gigante chocó contra el suelo de tal forma, que si llega a estar empedrado o embaldosado se habría roto la columna vertebral.

Iba a levantarse, cuando Pratt, le descargó su golpe favorito en el occipucio con la mano abierta y rígida, dura como una plancha de acero. Un sonido seco, de hueso partido, y Heady murió desnucado con una sacudida trágica. Quedó exánime, ocupando casi todo el calabozo, tal era su tamaño.

Sin pérdida de tiempo, Pratt recogió la caída pistola, haciendo un disparo a continuación. Tras pasar a su bolsillo la linterna de Heady, subió la escalera hasta la boca de la cueva, gritando:

—¡Finnetey! ¡Oblosky! ¡Venid! ¡Heady se ha vuelto loco!

Y bajó otra vez, colocándose detrás de la escalera. Vio a los llamados, que se asomaban y bajaban los peldaños, con las pistolas empuñadas.

No eran momentos de andarse con remilgos, y menos con aquella clase de criminales. Pratt les apuntó al pecho apenas hicieron pie en la cueva, y apretó el gatillo. El alto y velludo «gángster» y el polaco cayeron al suelo, heridos de muerte.

Nuevamente subió Pratt por la escalera, llamando a Millikan y a Richardson, y repitió la operación de bajar y esconderse.

Recelosos los otros de tan gran baraúnda en el subterráneo, anduvieron más remisos en acudir, y solamente Richardson se

asomó, gritando:

—¡Salid de ahí o cerraremos la cueva!

Antes que verse encerrado, Pratt disparó, y el hombre de los lentes, con el cráneo horadado, cayó al interior, golpeándose con los peldaños de la escalera, pero ya sin sentir dolor por las magulladuras.

Un grito de Millikan sonó en la cocina. Subió Pratt lo más aprisa posible; pero antes de salir sonó un disparo. Vio caer a Millikan cuando pretendía huir.

Una columna de humo brotaba de una ventana de la cocina, y detrás aparecía el rostro exangüe de Playford, el otro inspector del F. B. I.

Escondido en el jardín, se había acercado a la casa por si podía ser útil a su compañero, y lo fue realmente.

Tras los estampidos del tiroteo, hízose el silencio en la mansión.

Entró Playford, y Pratt le contó en pocas palabras lo sucedido. Cerraron la puerta de la cueva, atrancaron puertas y ventanas, y regresaron al cuarto a tratar de la huida, que no era fácil en ningún modo.

Hablaba Pratt de enviar un telegrama en clave a Truslow, pidiéndole enviase urgentemente un hidroplano a algún punto, fijo y solitario de la costa occidental de Inglaterra, cuando sonó el teléfono.

Era Stringer.

—¿Quién es ahí? —preguntó.

—Soy Baker, Stringer. ¿Vas a venir por fin?

—No, no puedo, y créeme que lo siento. Escucha; te llamo para que busques en el piso de arriba, en un despacho que hay, sobre una mesa, unos documentos que puedes ir cotejando con los que llevaba el doctor Kersch. Se los enseñas luego a él, para que diga si están de acuerdo con los suyos o no. Es una cuestión muy importante a dilucidar. Ya te explicaré, Baker.

—Está bien, Stringer; pero Heady me ha dicho que el piso de arriba está cerrado.

—No, ahora no. El otro día lo dejé abierto, me acuerdo perfectamente. Anda, busca esos papeles y volveré a llamar dentro de una hora. De ello dependen muchas cosas.

Escuchóse el chasquido del aparato al ser colgado.

El joven explicó a Playford los deseos del misterioso jefe, complaciéndole satisfacer a su vez la curiosidad que le dominaba.

—Tú permanece aquí, por si volviera a llamar. Si toca el timbre de la entrada, no abras, y apaga la luz, y subes enseguida a avisarme.

De una zancada subió Pratt la escalera que conducía al piso superior, llevando en la mano la linterna de Heady por si allí no había luz.

Empujó la puerta y, efectivamente, sólo estaba entornada.

Iluminó una estancia muy bien amueblada, como una sala de estar, pasó después a una alcoba, y, empujando otra puerta, enfocó con la linterna de Heady el buscado despacho.

Tenía ya el cuerpo dentro y enfocaba la mesa, cuando algún cuerpo duro le golpeó la cabeza por detrás, derribándole desvanecido al suelo.

Al abrir Pratt los ojos, se llevó la mayor sorpresa de su vida. Creía estar soñando.

¡Ohlert, el agente del Servicio Secreto de la Marina, le contemplaba de cerca, sonriente, sentado en una silla!

—¡Ohlert! ¿Cómo?...

—Sí, Pratt, yo soy Ohlert y Stringer. Ohlert para unos y Stringer para otros. Ha jugado usted muy bien, pero ha perdido, inspector. ¡Qué pena tener que enfrentarse conmigo! Con otro cualquiera, usted habría conseguido los laureles.

El joven estaba atónito, fijo en el rubio hombre, de azules ojos infantiles. Se notó entonces que estaba ligado de pies y muñecas.

—No, no se extrañe, Pratt; créalo, soy yo. Ya no me importa revelárselo. Y ahora espere, que su amigo Playford va a caer también en la trampa.

Dirigiéndose a un aparato telefónico que había sobre una mesita, marcó un número. Mientras aguardaba, se colocó en la boca un pequeño tubo metálico. Debieron de contestarle, pues dijo con voz ronca, la del propio Stringer:

—Oye, dile a Baker que estoy esperando su contestación. Es muy urgente. Llamaré dentro de cinco minutos.

Y colgando, se volvió hacia el del

F. B. I.,

amordazándole y diciéndole en tono quedo:

—Prepararé el escenario.

La luz fue apagada, y Ohlert se colocó detrás de la puerta del despacho, con un macizo rodillo de madera empuñado.

Transcurrieron unos minutos, oyéronse en la habitación contigua unas leves pisadas, de alguien que andaba cautelosamente, y la puerta del despacho comenzó a chirriar sobre sus goznes.

Un fuerte golpe, y otro, sordo, de alguien que cae desplomado al suelo.

La voz de Ohlert dijo entre tinieblas:

—¡Todo arreglado!

Hízose la luz, y Ohlert dejó a un lado el rodillo de madera. Sonreía, ahora diabólicamente, desaparecida su expresión bondadosa.

Tardó unos momentos en atar a Playford, que estaba sin sentido.

—¿Ha visto cómo todo salió a la perfección, amigo Pratt?

Encendiendo un cigarrillo y cruzando una pierna sobre la otra, murmuró:

—¡Vaya, una nohecita! Ha sido movida, ¿verdad, amigo? ¡Ah, espere! Voy a quitarle ese trapo para que pueda hablar. Estoy tan nervioso, que no me dormiría si me echase. ¡Tengo el triunfo en mis manos! ¡Conviene saborearlo! A todo artista le gusta que el público y los críticos le hagan preguntas sobre su obra. A fin de cuentas, de algo hay que hablar, ¿no le parece? ¡Qué gracia me ha hecho verle cuando se despertó! —exclamó burlonamente.

El joven aún no había salido de su asombro, y estaba reflexionando en cuanto se relacionaba con Stringer y Ohlert. No llegaba a creer que Ohlert fuese el misterioso «boss». Algo más existía, velado por el misterio.

—Miente, Ohlert; usted no puede ser Stringer. Es cierto que habla como él con esa flauta, pero hay cosas que usted no puede explicar.

—¿Cuáles, por ejemplo? —preguntó el agente del Servicio Secreto con marcada sorna.

—Por ejemplo, la noche que nos conocimos. Baker y los otros nos amenazaron a los dos. No le conocían a usted; de igual manera le hubieran matado si se hubiese resistido.

—Por eso no me resistí. Aquello fue muy sencillo, aunque luego se dificultó debido a esa admirable audacia suya. Yo le esperaba a

usted, a consecuencia de mi entrevista en Washington con Truslow. Bueno, a usted justamente, no; a un agente del F. B. I.

Y llegó usted.

»Yo había ordenado un día antes a Heady que enviase todas las noches tres hombres a vigilar aquella casa, y que no atacasen hasta que no oyesen pasar un aeroplano por encima y viesen entrar a un individuo poco después. Los tres tenían órdenes de no matar, sino simplemente de secuestrar. Yo me había escapado luego, pues tenía dicho a Heady que cuando capturasen al tal Ohlert lo dejasen en libertad en un voluntario descuido, porque convenía dar rienda suelta a Ohlert con el fin de agarrar a otro pez más gordo.

»Más siempre hay un “pero” en este mundo. Usted, por la casualidad de haber dejado su maletín en el exterior, abrió la puerta y sorprendió a los tres de Heady. Y ya conoce el resto de lo sucedido aquella noche, menos lo último. Esto lo ignora usted.

»Aquello fue pensado aprisa y corriendo, a causa de su maravillosa forma de actuar. Más me convenía usted suelto que encerrado, porque usted mismo me indicó que proyectaba aprovecharse de la banda del tal Stringer para buscar al doctor Kersch.

»Sacrifiqué a dos de mis hombres. Cuando usted dormía, los desaté, diciéndoles que le atacasen con cautela, que yo era amigo de ellos, y me volví a tumbar. Les vi incorporarse. Yo tenía preparada la pistola, di el grito de alarma y apreté el gatillo cuatro veces.

»Ellos cayeron en la trampa y usted también. Me hubiese gustado saber qué pensaron Baker y el otro al oír el grito de alarma dado por el mismo que los había soltado voluntariamente.

Pratt tuvo que reconocer la demoníaca astucia de Ohlert y su instinto criminal.

—¿Qué hay de Lyman? Ahora, cuando voy a morir, me gustaría que fuese usted franco conmigo. Me interesa saber qué ha hecho Lyman.

—¿Lyman? —aseguró Ohlert, echándose a reír—. Igual que usted en lo que se refiere a este particular. Yo tenía preparado el disco a su llegada, y ya le predispose contra él, achacándole toda la culpa.

»El pobre muchacho es un vanidoso, eso sí es verdad. Se cree

guapo y arrebatador para las mujeres, y ha encontrado a una niñita estúpida con la que se va a casar, y vivirá espléndidamente a costa de ella, enviando a paseo al

F. B. I.

Me aproveché de aquello.

—¿Cuándo y por qué empezó usted a ser Stringer?

Ohlert no repuso enseguida, porque había observado un movimiento en Playford.

—Ya está recobrando el conocimiento. También le interesa a él escuchar esto, porque le atañe grandemente. Desde muy joven, yo he sido espía. Bajo la capa de patriotismo, lo que buscaba era dinero. El espionaje, si se tiene astucia, puede dar mucho dinero, sabiendo explotar secretos de diferente índole. ¡Son muchas las informaciones que se pueden vender a buen precio! Destacado al servicio de la Marina, aquí, en Inglaterra, como espía, comprobé que había mucho campo para trabajos particulares, aparte de los oficiales, que eran la base y pretexto.

—Perdone que le interrumpa; lo estoy viendo fumar y no puedo resistir. ¿Quiere darme un cigarrillo?

—Lo pide usted de una forma que... —se burló el otro.

Ohlert, enorgullecido de su inteligencia y enardecido por el recuento de sus triunfos, estaba dispuesto a ser complaciente con los que luego, y no muy tarde, habían de morir.

Puso un cigarrillo en los labios a Pratt, y se lo encendió, indicándole:

—Puede cogerlo usted mismo, sin necesidad de soltarle las muñecas; si las tuviese atadas a la espalda sería otra cosa.

—Gracias, Ohlert. Si ya quisiera hacerme el último favor, podría incorporarme un poco y sentarme en el suelo. Así no le escucho cómodamente.

—Bromas, no, ¿eh, Pratt? —advirtió Ohlert, sacando un revólver de gran calibre.

Con las debidas precauciones, sentó al inspector en el piso, y volvió a tomar asiento en la butaca, dejando el arma sobre la mesa central, a dos palmos de su mano.

—¿Quién es Norton?

Ohlert se echó a reír. Burlándose, aseguró:

—También le confundí a usted con él, ¿eh? Lo hice a propósito;

todo menos que usted sospechase de mí, porque yo necesitaba ir conociendo, con mi personalidad de Ohlert, sus intenciones. Norton no es más que un jefe de grupo, aparte de que es procurador de profesión. Vale mucho, y está muy bien relacionado.

—¿Y el caso Kersch?

—Ésta ha sido mi obra maestra. Hasta ahora he tenido buenos beneficios con mis chantajes, robos y asaltos, pero lo de Kersch vale millones. Muchas gracias por habérmelo proporcionado, Pratt. En cuanto me enteré por los periódicos de que estaba aquí, y luego vi a Playford, al que yo conocía de haber trabajado juntos en algunos asuntos en Norteamérica, pensé apoderarme de Kersch, y ¡lo he conseguido!

—Oiga, Ohlert; me gustaría poder oír lo que está haciendo Ritcher ahora en el calabozo. Tal vez esté cambiando frases con Kersch en voz alta, poniéndole en guardia. ¿Por qué no hace usted funcionar esos micrófonos de que alardea? Yo no llego a creer que existan en los calabozos —solicitó Pratt, humildemente.

Señalaba con un movimiento de cabeza la bocina amplificadora de sonidos que se veía en un rincón, a la izquierda de la estancia, junto a una palanca de bakelita con clavijas y botones numerados.

—¡Sí, vamos a oírlos! ¡Estarán llorando de miedo, seguramente! Por cierto que a Ritcher voy a darle el pasaporte muy pronto; no me interesa que viva.

Y a la vez que hablaba, Ohlert se levantó para dirigirse hacia el altavoz, teniendo que pasar forzosamente por encima de las piernas extendidas de Pratt. Instintivamente las quiso evitar, pasando por entre los pies del inspector y la mesa.

Súbitamente, Pratt, de inmóvil como una estatua, pasó a semejar una serpiente boa enfurecida. Levantando las ligadas piernas y echándose de espaldas, apoyó los hombros y el cuello en el suelo, giró sobre ellos con un movimiento velocísimo, de «*jiu-jitsu*» y sacudió una formidable coxa con la fuerza de un ariete. Alcanzó en el muslo izquierdo al criminal y logró derribarlo a tierra.

Ohlert intentó levantarse, para asir el revólver dejado en la mesa, pero Playford, tomando parte en el ataque, echó sus piernas sobre el caído, embarazando sus propósitos.

Cuando el criminal, rugiendo de ira y blasfemando, logró ponerse en cuclillas, Pratt, que se había incorporado sobre los

atados pies, le cayó encima del pecho, y con las manos juntas por las palmas le descargó un golpe demoledor al costado izquierdo, y lo repitió con un segundo, dirigido a la nuca, poniendo en juego toda su potencia muscular.

Chascaron las vértebras cervicales de Ohlert, que se derrumbó muerto en el acto, bajo el propio Pratt, que jamás había dado un golpe de «yudo» con tal furia, con tanto salvajismo.

Echándole a un lado, el joven pudo desembarazarse de la fúnebre carga que le oprimía contra el suelo.

Unos minutos más tarde, ambos agentes del

F. B. I.

se habían despojado de las ligaduras, ayudándose mutuamente.



~~~~~  
**¡PROEZAS! ¡PROEZAS! ¡PROEZAS!**

**P R O E Z A S**

Es el título de la nueva colección de aventuras modernas, en ambientes exóticos, realizadas por hombres audaces y mujeres apasionadas.

Argumentos tensos y dramáticos. presentación exquisita, 160 páginas, al bajo precio de CINCO pesetas.

**JOVENES, MUJERES Y HOMBRES leerán**

**P R O E Z A S**

## VIII

### ATACAN LOS «SABUESOS» DE SCOTLAND YARD



ESPUÉS de separarse de los otros «gangsters», a la puerta de Londres, Norton, el procurador al servicio del criminal Stringer, enfiló su coche por las calles de los suburbios londinenses, llevando en el asiento de al lado al trémulo hijo de Ritcher, con los ojos vendados todavía.

Condujo el automóvil hacia Whitechapel Road, donde el director del Sprechgel tenía su domicilio particular.

Corría ya el coche por Whitechapel. Norton miraba los números de las casas, y al llegar a una esquina anterior al domicilio de Ritcher, echó el freno, después de observar los alrededores,

tranquilos y solitarios, al parecer.

—Anda, «peque», baja, estamos muy cerca de tu casa —dijo casi amablemente al rapaz, quitándole el pañuelo de los ojos.

Sorbiéndose las lágrimas, el hijo de Ritcher fue a apearse, y de tan nervioso y apurado que estaba, tropezó al salir, cayendo cuan largo era sobre la acera.

Norton cometió entonces algo que le ennoblecía y algo que sería su perdición. Se apeó por la puertecilla opuesta, y, dando la vuelta alrededor del vehículo, corrió a ayudarle a levantarse.

Hendió la noche la estridencia de un silbido. Y de Plumber Street surgieron varios hombres, a la carrera, desplegándose en un arco envolvente, escoltados por dos coches de la Brigada Volante de Scotland Yard.

Norton comprendió que con el coche no tendría escapatoria. A todo correr de sus piernas, no habituadas al ejercicio, huyó de los agentes, en la esperanza de filtrarse por una bocacalle oscura.

Sonó el estampido de una pistola, y el procurador sintió que el proyectil pasaba silbándole junto a la cabeza.

Iba a perderse tras la iglesia de Whitechapel, cuando de Adler Street salieron cinco hombres vociferando, con las armas empuñadas.

Norton comprendió que estaba cazado, pero no quiso rendirse. La loca esperanza de escapar a costa de lo que fuese, le animó a sacar una «Browning».

Dado su nerviosismo y miedo, hizo fuego por tres veces; mas sus proyectiles resbalaron sobre el pavimento antes de alcanzar siquiera los pies de los hombres que le cortaban la retirada.

Generalizados los disparos, Norton sintió un choque en el muslo, y como de pronto no experimentase dolor alguno, creyó que había sido tocado levemente.

Pronto pudo convencerse de su error; unas zancadas más y la pierna herida le falló, negándose a obedecer.

Vacilante, anduvo unos pasos finales, y luego cayó a tierra.

Resignóse a su destino, y es que su cerebro ya no funcionaba con normalidad a causa del impacto recibido.

Jadeantes, con las armas empuñadas, sus perseguidores le rodearon. Había guardias uniformados y hombres de paisano, detectives de la Sección Especial.

—¡Tire la pistola o lo acribillamos! —amenazó uno de los detectives, pues los policías de uniforme sólo llevaban porras.

Desde el suelo, tendido sobre un costado, con la asfixia angustiosa de la carrera, Norton miraba, los ojos desmesuradamente abiertos, el cerco humano que le rodeaba; piernas rígidas, firmes como barrotes de una cárcel.

Soltó la «Browning» y dejó caer la cabeza sobre su antebrazo derecho, ocultando la carga. ¡Norton no era hombre de acción; bien lo sabía él desde siempre!

Uno de los detectives recogió la pistola abandonada y, dirigiéndose a otros dos de los suyos, les ordenó:

—¡A mi coche con él!

Llevaron en vilo al procurador entre los dos hombres a uno de los coches de la policía.

Durante el trayecto, Norton permanecía callado, sin quejarse por el dolor que le taladraba la pierna. Creía desmayarse de un momento a otro, y se resistía.

Llegados a Embankment, fue subido el preso a uno de los despachos superiores, y el hijo de Ritcher fue llevado a otra habitación.

El sargento de detectives, un hombre alto y fuerte, pidió comunicación con la centralilla telefónica, indicando que le pusiesen con el señor Holdernell, el inspector-jefe de la Sección Especial. Emocionado por el triunfo, expuso a su superior el magnífico resultado del acecho. Sus últimas palabras, después de escuchar unos momentos, fueron:

—Está bien. Comenzaré ahora mismo el interrogatorio. ¡A sus órdenes!

Y dirigiéndose a uno de sus subordinados, le mandó:

—Que venga enseguida el médico de guardia con el instrumental. Explíqueme de qué se trata.

Curaron a Norton poco más tarde. Mientras, el sargento comenzó a interrogarle, una vez que ya había repasado su documentación.

—Vamos a acusarlo de secuestro, Norton. Cualquier palabra que diga será tenido en cuenta ante el Tribunal.

—Me niego a responder hasta que no tenga abogado.

El sargento hizo un gesto de disgusto, sometiéndose a los

requisitos de la Ley, y dijo al cirujano:

—Haga el favor de terminar cuanto antes.

Pero no habían terminado de curarlo, cuando Holdernell, el macizo inspector-jefe de Scotland Yard, entraba como una tromba en el despacho con claras muestras en su vestimenta de haberse vestido precipitadamente.

Quedó inmóvil, estupefacto, al encontrarse de manos a boca con el procurador. Miró al sargento, pidiéndole explicaciones con la vista.

—Sí, jefe. Él es. Se apeó de un coche junto a la casa de Ritcher, que vigilábamos como usted tenía ordenado, y con él un chiquillo que debe ser el hijo del director del banco. Quiso escapar a pie, disparó y logramos herirle en la pierna. Se ha negado a declarar.

—Sargento, a este hombre hay que obligarle a declarar la verdad. Emplee usted los medios que estime oportunos.

El cirujano, terminada su tarea, desapareció como por ensalmo de la habitación, quedando solo en ella el prisionero, Holdernell, el sargento y dos detectives más.

Uno de ellos cerró la puerta por dentro, y el otro, con tipo de irlandés, sacó de un cajón una larga y cilíndrica porra de goma, que cimbrea en su mano elásticamente.

Los ojos de Norton eran los de un perro rodeado de chiquillos con piedras y palos. Tuvo miedo. No era hombre de lucha. Y gritó:

—No, Holdernell; hablaré, pero que no me peguen.

Al principio intentó torpemente ocultar el origen de su alianza con la banda de Stringer; pero la torpeza de su cerebro le hizo caer en contradicciones, y media hora después los servidores de Scotland Yard estaban enterados de todo en absoluto.

El inspector-jefe mandó al sargento:

—¡Metan a Norton en un calabozo! Dentro de un cuarto de hora necesito a cincuenta hombres, armados con fusiles y ametralladoras y bombas de gases lacrimógenos. La Brigada Volante, que preste los coches necesarios. Si son desertores norteamericanos, tendremos que luchar a muerte. Ellos no son como los delincuentes ingleses; ellos creen que todavía están en Chicago.

Y a la hora marcada, doce coches de la Brigada Volante partían hacia High Ongar, llevando en su interior a detectives y guardias, armados hasta los dientes, deseosos de entrar en pelea y demostrar

que Scotland Yard también sabía guerrear.

Repuestos de la violencia de la lucha y del apuro pasado, Pratt y Playford comenzaron a registrar el piso, por si hubiese habitaciones secretas o alguien más escondido. No hallaron nada, ni vieron a nadie.

Arrastraron el cadáver de Ohlert a la sala de estar y regresaron al despacho, dedicándose a registrar armarios y cajones de las mesas, cada hombre por su lado.

Playford tuvo la curiosidad de maniobrar en la plancha de bakelita, pulsando botones e introduciendo clavijas, con el fin de saber si los prisioneros en la cueva hablaban entre sí.

Le fue fácil poner en comunicación el amplificador de sonidos con los micrófonos instalados en todas las dependencias de la casa. Ohlert no había mentido.

Escuchó una tos seca y áspera, que reconoció como perteneciente a Ritcher. El doctor Kersch debía estar muy apabullado, dándole vueltas en su desarrollado cerebro a todo aquel caos que le rodeaba desde su salida de Estados Unidos.

—Playford, un momento —le llamó Pratt, que estaba examinando unos escritos encontrados en un cajón de la mesa de despacho.

Abandonando tal como estaba la plancha de bakelita, Playford acudió a la llamada de su amigo y compañero.

Se trataba de una lista de nombres y calles, con algunos de los primeros subrayados en rojo. Entre ellos figuraba el de Heady y el de Norton. Quedaba claro que se trataba de una relación completa de los secuaces de Stringer, con sus domicilios respectivos.

En último lugar figuraba el nombre de Baker, nombre supuesto del inspector Pratt al presentarse a la banda.

Ambos inspectores, animados por el éxito de su búsqueda, la prosiguieron.

Fueron hallando interesantes documentos relativos a la vida particular y oficial de altos personajes ingleses, y también del continente europeo, además de unas cifras a todas luces representativas de dinero, puesto que estaban escritas sobre impresos bancarios y talonarios de cheques. Éstos figuraban con nombres diferentes, supuestos nombres de Ohlert, a fin de ir guardando astutamente los ingresos obtenidos de sus criminales

actividades.

Como si hubiesen recibido una descarga eléctrica, así se quedaron al oír que una voz metálica decía dentro del despacho:

—No, pues no se ve a nadie. Tienen que haber huido deprisa, porque han dejado las luces encendidas.

—Si Norton nos ha mentido, lo voy a meter en un buen lío. ¡Busquen aprisa, y no hablen! —afirmó otra voz.

Pratt miró, estupefacto, a Playford, exclamando, en tono quedo:

—¡Ése es Holdernell! ¡Recuerdo su voz perfectamente! ¡Cómo demonios es posible que...!

—Han dicho algo de Norton. Eso es que lo han cogido o que ha vendido a la banda. Hay que obrar enseguida, Pratt. ¡Es la policía!

—La puerta de la escalera está cerrada. Tardarán en abrirla. Apaga la luz, y vámonos a las últimas habitaciones. Espera a que recoja estos papeles; son muy importantes. Desconecta ese amplificador y no hagas ruido al andar —recomendó el joven.

—¡Encontrarán a los prisioneros! ¡Van a apoderarse del doctor Kersch, después de lo que ha costado cogerlo! ¡Maldita sea!...

Los dos agentes del

F. B. I.

salieron del despacho, con la luz apagada, y fueron apagando las de las habitaciones que atravesaban hasta llegar a una cuya ventana daba a la fachada posterior, por encima del tejado de la cochera.

A oscuras abrieron las maderas y miraron por los cristales; el jardín parecía solitario, pero en su aspecto tenebroso había algo de que recelar.

—Estamos cercados, Playford, y no podemos luchar contra Scotland Yard. De nada nos sirven las armas. Serán muchos, y la audacia de nada nos serviría, si van armados, como seguramente irán. De un instante a otro subirán a este piso.

—¿Qué hacemos?

—Salir de aquí como sea; todo menos que nos embotellen entre cuatro paredes —propuso Pratt, a la vez que abría las vidrieras, despacio, sin hacer ruido al levantar la falleba.

Una ligera niebla enturbiaba la vista. Era desesperante comprobar que su arrojo tenían que efectuarlo a ciegas, sin saber si eran vistos o no, si había agentes de Scotland Yard entre los árboles o no los había.

Abajo, algo separado de la fachada posterior de la casa, estaba el tejado, muy poco inclinado, de la cochera.

—¿Te atreves a saltar, Playford?

—Sí. ¿Qué otro remedio nos queda?

Y dando el ejemplo, Pratt se encaramó ágilmente al alféizar, del que saltó sin vacilar al tejado, cayendo con las piernas actuando a modo de muelles, y quedó agachado.

Playford le imitaba al momento, pero haciendo más ruido en su caída.

Quedaron quietes, atentos al menor ruido sospechoso, sin querer usar las automáticas que llevaban guardadas. Pesaba sobre ellos la prohibición del lejano Truslow.

Nadie dio la voz de alerta, y entonces Pratt tuvo la certidumbre de que los policías habíanse limitado a rodear todo el «cottage», fuera del jardín, al otro lado de la acera, mientras el grueso de las fuerzas había pasado a la casa.

—¡Sígueme! —dijo a su compañero, en un susurro.

Y llegados ambos al alero del tejado, descubrieron un canalón que bajaba hasta el suelo.

Con la facilidad de atletas jóvenes descendieron por el metálico tubo, dejándose resbalar.

A zancadas, pero de puntillas, cruzaron el claro, sumergiéndose enseguida entre las sombras de la arboleda. Allí respiraron con cierta tranquilidad.

El mayor peligro, verse acorralados en el piso, ya no existía.

Y como hombres de acción que eran, dejaron de pensar en sí mismos para tratar audazmente de recobrar a sus prisioneros, en especial al doctor Kersch. No se resignaban a fracasar, después de tener los ases en la mano.

Sorteando macizos de plantas y troncos, describieron un arco, llegando al mismo borde del camino de grava que ponía en comunicación la puerta de la cerca con la entrada a la casa.

Varios policías uniformados, con ametralladoras, montaban guardia, mientras los demás debían encontrarse en el interior del edificio, registrando habitación por habitación, extrañados de encontrar solamente cadáveres y prisioneros.

Adivinando que la policía tendría coches en el exterior, y que en ellos se marcharían con los prisioneros, después de dejar unos

cuantos hombres cuidando el edificio, Pratt buscaba la fórmula de burlar a los miembros de Scotland Yard para arrebatárles al doctor Kersch sin derramamientos de sangre.

Estando agazapados, escondidos, vieron pasar por delante a un guardia, a dos pasos de ellos, con la pistola empuñada, dirigiéndose desde la casa a la puerta de la cerca.

Pratt tuvo una nueva idea, que dependía de la suerte.

Dijo unas palabras al oído de su compañero, que asintió con un movimiento de cabeza.

Aguardaron.

Del edificio partían voces, como de personas que creen estar a solas. Luego, escucharon pasos sobre la grava.

Asomándose, Pratt vio que dos policías se acercaban, en dirección al edificio, seguramente llamados por el primero, que pasó en sentido contrario.

El joven dio a Playford con el codo, avisándole.

Tensos los músculos de las piernas, al mismo borde del paseo, detrás de unos macizos, esperaron, hasta que el par de policías estuvieron delante, de perfil.

A la vez, como lanzados por la misma catapulta, los dos agentes del

F. B. I.

saltaron, describiendo una parábola en el aire, y cayeron sobre los servidores de la Ley, arrebatándoles con una mano la pistola y con el antebrazo libre apretándoles el cuello, en un lazo estrangulador.

Arrastrándolos, mientras pateaban y trataban de quitarse la «musculosa corbata», los llevaron bajo la arboleda, y allí les fue fácil dejarlos sin respiración a fuerza de apretar. Exánimes quedaron los policías en el suelo.

Y rápidamente, Pratt y su amigo comenzaron a despojarles del uniforme y de la gorra, prendas que ellos se colocaron encima del traje, con toda una serie de dificultades. Por fortuna, los hombres de Scotland Yard son todos altos, estando establecido en el reglamento que el aspirante o guardia ha de tener la altura mínima exigida.

Tardaron algo más de cinco minutos en la operación.

Al terminar, se dirigieron hacia la puerta de la cerca, en busca de la muerte, si eran descubiertos, o de la victoria, si pasaban

inadvertidos en la oscuridad y eran tomados por unos de tantos.

El hado les seguía favoreciendo, pues llegaron a la puerta, donde se hallaban cinco guardias y un detective, que les preguntó:

—¿Cómo va eso?

—Bien. No hay más que dos presos y unos cuantos muertos. Parece que los pájaros han volado antes de venir nosotros.

Y salieron, separándose, por temor a que los sargentos se diesen cuenta de que aquellos dos guardias no pertenecían a sus pelotones.

A unas quince yardas, en la oscuridad nocturna, aparecían las masas de los automóviles de la Brigada Volante, bloqueando el camino.

Un audaz plan brotó en el pensamiento de Pratt, decidido a recobrar su presa más preciada; el doctor Kersch.

Dirigiéndose hacia los coches, acompañado de Playford, preguntó a uno de los dos guardias que vigilaban el camino.

—El jefe nos envía a su coche. ¿Cuál es? Con esta oscuridad no ven más que los gatos.

El policía aludido repuso, engañado por los uniformes:

—El último de la fila. Allí está su chófer. Ya sabes que él no se molesta en echarnos una mano siquiera. Con eso de ser el chófer del jefe, se cree un señor. ¿Qué, cómo va por ahí dentro?

—De primera. Saldrán de un momento a otro. Indícale al jefe cuál es su coche cuando salga. Estará tan despistado como nosotros.

Encamináronse los del

F. B. I.

al vehículo señalado. En su interior, el chófer tenía conectado el receptor, en comunicación con la emisora de Scotland Yard. Levantó la cabeza al oír pasos, y quedó mirando a Pratt, que se asomaba por la ventanilla.

—El jefe quiere verte. Te espera dentro de la casa. Tiene algo que decirte.

Puso un gesto de extrañeza el chófer, pero sin sospechar la argucia, abrió la puertecilla para apearse. Playford cometió un error, adelantándose a encañonarlo.

El otro se dio cuenta, y echó mano a una porra que tenía en el asiento y descargó un golpe al sorprendido Pratt, que apenas tuvo tiempo de echar la cabeza atrás, recibiendo un rasponazo en la sien derecha.

Cuando el chófer Iba a repetir el golpe, Pratt le sacudió un directo al estómago, de izquierda, y con la derecha le cogió del cuello hasta asfixiarlo y dejarlo inconsciente.

Todo había sucedido en un instante, sin escándalo, pues el chófer no se preocupó de dar la alarma.

Entre los dos transportaron al desmayado hombre, depositándolo detrás de un montículo cercano.

Regresaron prontamente al coche, sentándose Pratt al volante, mientras su compañero, en tierra y junto al «auto» esperaba la salida victoriosa de Holdernell con los prisioneros.

Aguardaron un rato, no muy largo, y tal como suponía Pratt, Holdernell, satisfecho por el triunfo, fue acercándose a su coche, seguido de una escolta de subordinados, que llevaban esposados a los dos hallados en el subterráneo; al doctor Kersch y a Ritcher.

Playford temblaba por si Holdernell cambiaba de vehículo, y entonces los planes fracasaban.

Pero, afortunadamente, el Inspector-jefe de la Sección Especial, deseando comenzar el interrogatorio en su mismo coche, ordenó a su gente que los metiesen con él.

Ni siquiera se fijaron en el chófer, que ofrecía la espalda a los demás. Playford, a un lado de la portezuela, en postura respetuosa. Dada la oscuridad, tampoco se fijaron en él.

Metieron a los esposados prisioneros en el coche; después subió Holdernell, acomodándose frente a ellos.

Pratt vio con sobresalto que uno de los detectives, con una ametralladora «Thompson» en las manos, abría la portezuela y se sentaba a su lado, sin apenas dirigirle la mirada.

—Adelante, Tiers, a Scotland, y rápido —ordenó Holdernell al que creía su chófer.

Pratt tenía ya puesto el motor en marcha. Desembragó, metiendo la primera, y arrancó despacio.

Surgiendo de la oscuridad, Playford agarró por el cuello al detective que iba a subir con Holdernell, y tiró de él hacia atrás, arrojándolo al polvoriento camino. Y a su vez gritó, mientras se colocaba de un salto junto al inspector-jefe y le clavaba el cañón de su pistola en las costillas:

—¡Adelante!

Todo esto se había realizado estando el coche en marcha, a los

pocos instantes de arrancar. Y cuando Pratt pisó a fondo el acelerador, su amigo ya tenía cerrada la portezuela y comenzaba a registrar al asombrado Holdernell para desarmarle.

—¿Se ha vuelto usted loco? —gritó a la vez el inspector-jefe, creyendo todavía que se encontraba amenazado por uno de sus subordinados.

Pratt, por su parte, actuó vertiginosamente, hundiendo su pistola, empuñada con la mano derecha, en el costado del detective de la ametralladora, que tenía junto a sí.

—¡Abre la puerta y tírate! —le ordenó el joven.

Vaciló el detective, tratando de maniobrar con la ametralladora; pero la advertencia del arma que le apuntaba no era para andarse con bromas, puesto que el largo cañón de la «Thompson» tardaría mucho en el giro hasta apuntar al suplantador del chófer.

—¡Abajo, y suelta la ametralladora! —rugió Pratt, sin dejar de conducir.

No le quedaba al detective otro remedio que obedecer si no quería morir, y así lo hizo, tirándose torpemente en plena marcha y dejándose la «Thompson» en el asiento.

Rodó por el camino, quedando unos instantes aturdido del golpetazo contra el suelo. Estuvo a punto de ser atropellado bajo las ruedas de los otros vehículos, que, para no arrollarle, tuvieron que frenar, perdiendo un tiempo precioso.

Pratt conducía a toda velocidad, pisando a fondo el acelerador. Llevaba puesta la mirada en el camino.

Súbitamente escuchóse el tableteo de una ametralladora, escupiendo plomo. Los proyectiles iban bajos, dirigidos a las ruedas traseras del coche robado. No se atrevían a tirar a la caja por temor a herir a su jefe.

—¡Golpéale, y coge esa ametralladora! —gritó el joven—. ¡Detenlos como sea! ¡Tira a las ruedas!

Playford comprendió la orden, y poco después Holdernell se desplomaba en el asiento, perdido el conocimiento por un golpe de cañón en el cráneo.

Los prisioneros estaban más asustados que nunca, y aunque hubiesen querido gritar, la voz no les habría salido fuera de la garganta.

Playford empuñaba ya la «Thompson», y a través de la

ventanilla posterior, por entre las cabezas de los dos prisioneros, comenzó a disparar en ráfagas sobre la parte baja del primer vehículo perseguidor.

Perforados los neumáticos delanteros del primer automóvil «derrapó» hacia la cuneta, y luego quedó tumbado de un lado, obstaculizando el avance de los otros, que lo sortearon a costa de perder tiempo por no exponerse a más accidentes.

El inspector Pratt manejaba el volante con suma destreza, y su pie no dejaba en paz al acelerador, tomando las curvas a una velocidad escalofriante.

Los árboles huían hacia atrás con rapidez de vértigo.

A no ser por Holdernell, los del

F. B. I.

no hubiesen escapado con vida; pero el temor de herir a su jefe obligaba a los policías ingleses a apuntar a la parte baja del coche robado.

—¡Otro fuera! —anunció Playford, que acababa de tumbar al más tenaz perseguidor, quedando ya solamente a la vista un automóvil de la Policía—. ¡Aprieta y les sacaremos ahora mucha ventaja!

Pero su júbilo tornóse enseguida en rabia al sentir que el coche propio comenzaba a colear extrañamente. Uno de los policías caídos, con la rodilla puesta en tierra, había disparado una ráfaga de plomo.

Pratt se dio cuenta del percance, e instantáneamente disminuyó la velocidad, a fin de no estrellarse; pero, no obstante, no frenó, dispuesto a correr todo lo que pudiese.

Apagó los faros, después de iluminar, al tomar una curva, las copas de unos árboles rodeando una casita de una sola planta, posiblemente de un peón caminero.

Su automóvil comenzaba a perder velocidad, cada vez más. Serían cazados. Ideó una treta desesperada.

Torciendo a la derecha, y metiéndose por el corto camino que conducía a la arboleda, se acercó a la casa, frenando en la parte escondida a la carretera.

—¡Vámonos, corriendo! ¡Tráete la ametralladora! —gritó a su amigo.

—Pero ¿no nos llevamos a éstos?

—No; no hay tiempo que perder. Nos caerán encima enseguida. ¡Vamos a campo traviesa!

A todo correr rodearon la casa. El joven tiró de Playford, hasta acurrucarse detrás del brocal de un pozo, rodeado de altas plantas silvestres.

—¿Por qué hacemos esto, Pratt? —preguntó el otro inspector, jadeante, con la excitación natural de la aventura.

—Estaríamos perdidos si continuásemos en el coche o nos lanzásemos por ahí. Lo he dicho para engañar a Ritcher y al doctor. Espera, y trataremos de cazarlos a todos otra vez.

Agazapados, observaban la carretera y la casita. Habíase abierto la puerta y un hombre en paños menores se recortaba a contra luz en el umbral, seguramente extrañado de oír tan cercanos unos motores.

Bajáronse los policías, cuatro. Se les vio hablar con el hombre de la casa, y luego rodearon la edificación, volviendo al momento con los dos prisioneros a rastras y con Holdernell en brazos, aún inconsciente a causa del golpe recibido.

Mientras los demás entraban en el interior, dos de los policías dieron unas vueltas por las cercanías, buscando tal vez a los fugitivos, o cerciorándose de que, efectivamente, habían huido, tal como les habrían comunicado los prisioneros.

Los dos inspectores les observaban en sus movimientos, tranquilos, en parte, pues les veían registrar una zona lejana.

Luego, uno de los policías entró también en la casa, quedándose el otro en la puerta, vigilando.

—¡Ahora, Playford! ¡A él!

Cual reptiles se deslizaron por entre los árboles, corrieron hacia el edificio, a la otra fachada lateral, y ya pegados a ella, se asomaron por la esquina: el policía empuñaba una pistola de gran calibre.

—¡Espera aquí! —indicó Pratt a su compañero—. ¡Voy a dar la vuelta! ¡Ataca cuando oigas el canto de la corneja!

Pasaron unos tres minutos, y el canto del pájaro nictálope se oyó en la quietud de la noche.

Dos sombras avanzaron en las tinieblas y cayeron sobre el vigilante, que no pudo resistir el doble ataque, ni gritar, porque unas manos lo medio estrangularon, quitándole el sentido.

Fue dejado en tierra, y los dos temerarios agentes del F. B. I.

irrumpieron en el interior de la casa, en una estancia, de modesta apariencia, que servía de cocina.

La aparición de los dos hombres bajo el dintel sorprendió a los policías, a los dos prisioneros y al hombre en paños menores, que procuraban hacer volver en sí a Holdernell.

—¡Manos arriba! ¡Suelten las armas! —Mandó Pratt, autoritariamente, empuñando él una pistola, y Playford, la ametralladora «Thompson».

Sorprendidos, cazados en la ratonera estúpidamente, los agentes de Scotland Yard obedecieron, comprendiendo que toda añagaza era inútil.

—¡De cara a la pared!

Sumisamente, cumplieron la orden. Pratt se fijó en los prisioneros; sobre todo en Ritcher, que miraba con fijeza una de las armas dejadas caer por los policías. Tal vez su intención era empuñarla y defenderse, a pesar de tener las muñecas esposadas.

—¡Ustedes dos, a aquel rincón!

Realizado su mandato, el joven inspector se volvió hacia Playford, que se mantenía firme, apuntando con la «Thompson» a los resignados policías, vueltos de espaldas.

—Hay que atarlos —y, dirigiéndose al hombre en paños menores, le preguntó—: ¿Dónde tiene usted cuerdas?

Su pregunta no obtuvo respuesta, pues notó al lado un salto brusco de Playford, y su voz:

—¡Cuidado!

Sonó una detonación seca, que conmovió la atmósfera de la reducida estancia, y Playford se encogió, llevándose la mano izquierda al vientre, mientras en su rostro aparecía una crispación de dolor.

De una ojeada rápida, Pratt se dio cuenta de lo sucedido: Holdernell, echado en un camastro, había recobrado el conocimiento y, aprovechándose del descuido de sus enemigos, había recogido del suelo una pistola de las que soltaron los policías.

Su bala estaba dirigida a Pratt, pero Playford se interpuso generosamente, recibiendo el impacto con tal de salvar a su amigo y devolverle cuanto por él había hecho.

Pratt saltó sobre Holdernell, que apuntaba de nuevo, y lo aplastó contra el lecho, forcejeando con él. En tanto, Playford perdía fuerzas y ya tocaba con la rodilla en el suelo, pero no soltaba la ametralladora y amenazaba a los policías para que no aprovecharan la ocasión.

—¡Quietos, u os acribillo! —les advirtió, con voz ronca.

Holdernell, hombre de una robustez extraordinaria, se defendía y luchaba por conservar la pistola empuñada. Resistía fieramente los embates de Pratt. Éste, lleno de ira, como loco, y, sin embargo, recordando que no podía matar a uno de Scotland Yard, le sacudió varios golpes, hasta que, con la mano rígida, de canto, le golpeó en el occipucio con violencia terrible.

El inspector jefe de la Sección Especial de Scotland Yard sintió algo parecido a un terremoto en su cabeza, sumergiéndose después en la inconsciencia del no ser.

Cuando el joven se incorporó, jadeante, con fuego en sus pupilas, pudo observar que a su amigo Playford le quedaban pocos momentos de vida; estaba caído en el suelo, respirando angustiosamente, manchando el piso con su sangre, pero no soltaba la «Thompson», que encañonaba a los policías.

Y el pobre inspector vio tal expresión demoníaca en los ojos de Pratt, que le dijo, con voz desfallecida:

—¡No, no los mates! ¡Recuerda!... ¡Será tu perdición!

Y la advertencia de Playford tuvo la virtud de serenar, en parte, al enloquecido Pratt, que se disponía a acabar con los policías. Recordó el consejo de Truslow, en Washington: «Si usted mata a uno de Scotland Yard, nos veríamos obligados a hacerle regresar a Inglaterra, para que lo juzgasen por su crimen».

Con los nervios menos tirantes, pero sin domeñar, comenzó a golpear a diestro y siniestro las nuca de los policías, puestos de espaldas. Fueron cayendo uno a uno, como abatidos por el rayo.

Entonces se arrodilló junto a su amigo y comprobó que no podía hacer nada en su favor; había muerto.

Vacilante como un beodo, se puso en pie el joven. En sus ojos, un dolor intenso. Había perdido a uno de sus mejores amigos. No, no lo dejaría en Inglaterra, tirado como un perro. Lo llevaría consigo a los Estados Unidos, para entregar el cadáver a su familia.

La realidad de las circunstancias y el temor a ser sorprendido

por otras patrullas de Scotland Yard, le obligó a cargar en el coche de la policía, del llegado últimamente, el cuerpo de su amigo, y al inanimado doctor Kersch. Su astucia le indicó que se dirigiese en busca de su refugio, al «cottage» que el difunto Ohlert tenía alquilado en el condado de Buckingham, y que estaría desierto, una vez que la policía había encontrado los cadáveres de Baker, de Webb y del otro hacía ya tiempo.

Con la presteza que da la práctica, ató a los agentes de Scotland Yard, los dedos le temblaban al ligar a Holdernell, todavía sin sentido. Sentía locas tentaciones de cobrarse en él la muerte de su amigo, más no pudo cometer tamaña cobardía.

Sin perder ni un minuto, se alejó de la casita en el coche, a toda velocidad, aprovechando las tinieblas de la noche, y antes de que Scotland Yard tuviese todas las carreteras bloqueadas.

¡Cuán amargo le resultaba el triunfo!

-----

**EDITORIAL ROLLAN**  
**LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!**

**Publica:**

F. B. I. - PROEZAS - NEVADA  
NOVELISTAS DE HOY - JEQUE BLANCO  
EXTRAORDINARIA DEL OESTE - LOTO  
AVENTURAS DEL F. B. I.

**¡COLECCIONES POPULARES PARA TODOS!**

## IX

### LA EVASIÓN



L amanecer, Pratt se había afeitado y desayunado en el «cottage» de Ohlert. Partió a pie hacia la estación de ferrocarril más próxima, camino de Londres. No quería utilizar el automóvil de la policía, escondido en la cochera.

Entraba en Londres a las diez y cuarto. Por Playford sabía del hotel que habitaba Leo Lyman, el agente especial del F. B. I., destacado en Scotland Yard.

En el «comptoir» preguntó por él, y le dijeron que no acostumbraba a levantarse hasta las once de la mañana. Solicitó el

número de su habitación, se lo negaron, y lo consiguió mediante una propina dada con arte a uno de los botones.

Subió en el ascensor al cuarto piso, y, llamando en la habitación número 96, se dispuso a celebrar una dura entrevista. Una voz le contestó a través de la puerta, una voz ronca como de persona acabada de despertar:

—¿Quién es?

—Mensaje de Scotland Yard para el señor Lyman. Ha de firmarme el «recibí».

Abrióse la puerta, solamente una rendija, y se vio a Lyman en pijama y despeinado, con los ojos hinchados de dormir.

—Deme lo que sea.

—¡Tome!

Pratt, alargando el brazo, dio un empujón a la puerta, que se abrió de par en par, echando a rodar por el suelo al sorprendido Lyman.

—¿Qué es esto? ¿Sabe usted con quién está...?

—Sí, con un vago que no cumple con su deber. Abra bien los ojos y entérese de esto —dijo secamente Pratt, sacando de su cartera un «carnet», que hasta entonces había tenido guardado en el cinturón de caucho cogido a su cintura, junto con la gran cantidad de dinero que no había tenido necesidad de utilizar para el éxito de su misión.

—¡A sus órdenes, inspector Pratt! Yo, es que...

—¡Póngase el batín o cualquier cosa y vamos a charlar un rato! —indicó el inspector, cerrando la puerta tras de sí, y echando el pestillo.

Seguidamente le expuso a Lyman una serie de recriminaciones por su torpeza y falta de interés en el servicio que se le tenía encomendado.

A la acusación de que derrochaba dinero, opuso Lyman que gastaba de su peculio particular, y demostró con dinero en mano que tenía íntegra la cantidad enviada por el

F. B. I.

para investigar sobre el doctor Kersch.

Al enterarse de que Pratt había encontrado a Playford, el asombro de Lyman no tuvo límites, y cuando supo que Pratt tenía en su poder al doctor Kersch estuvo a punto de desmayarse, de la

impresión.

Se quedó mirando al inspector como quien mira a un ser sobrenatural. Reaccionó al escuchar más recriminaciones sobre su conducta.

—Es que... señor inspector, yo... estoy enamorado y... ¡y me voy a casar! ¡Comprende usted que...!

—También yo me iba a casar y tuve que venir, Lyman. Tiene usted dos caminos; o dejar el

F. B. I.,

o servirle como juró al dársele el nombramiento, esté usted casado o no.

—Si yo quiero seguir en el

F. B. I.,

inspector Pratt. Y mi novia también quiere.

—¿Su novia? Tengo entendido que es una muchacha de la aristocracia con mucho dinero. Ella le considerará a usted muy poca cosa y querrá que deje usted de ser agente especial.

—Aunque ella me lo pidiese de rodillas o se negase a casarse conmigo, yo no me iría del

F. B. I.

Es la primera condición que le he puesto.

—¿Y la segunda? —preguntó el inspector, entre emocionado y divertido.

—Que pueden sus padres guardarse el dinero y el título que a ella corresponde. Yo no quiero ser el marido de fulanita de tal, quiero ser Leo Lyman, agente especial del

F. B. I.

nada más, pero nada menos.

Raymond Pratt era un hombre sensible, y apenas se le tocaba a los sentimientos, estaba perdido. Sonrió, palmoteo el hombro de su subordinado, y durante media hora le estuvo dando consejos y pidiéndole detalles sobre la forma más conveniente de burlar a Scotland Yard para salir de Inglaterra con el doctor Kersch y sus codiciados documentos.

Lyman manifestó, gozoso de hacer algo en pro de la difícil misión ya casi ultimada:

—Yo se lo arreglo eso, inspector. Mañana podrán salir de Inglaterra como quiera y con quien desee. Justamente ayer estuvo a

verme un amigo mío, muy amigo, que sale mañana al anochecer para Estados Unidos. Trajo a diez agentes especiales que vienen a aprender los métodos de Scotland Yard, como yo. Él no es de los nuestros, pero es el piloto, y sus ayudantes son buenos muchachos. En cuanto usted les hable, estará todo hecho. Mejor dicho, yo les hablaré, usted no tiene ni que molestarse. Dígame dónde le pueden recoger. Llevan un cuatrimotor estupendo, según dicen. Lo que necesitan es un mediano campo de aterrizaje, aunque ellos cuentan en broma que son capaces de aterrizar y despegaren un pañuelo.

Pratt le dio la situación exacta de la casa que Ohlert tenía alquilada en el condado de Buckingham, marcándosela en un mapa que pidieron a la dirección del hotel. Fijaron la hora del amanecer del día siguiente, como la mejor, para no despertar sospechas en los alrededores. Fingirían ante la vecindad, que se trataba de un aterrizaje forzoso por avería.

Lyman recibió un voluminoso sobre cerrado de manos del inspector:

—Lo enviará usted por correo a Scotland Yard, dentro de dos días, después de haber puesto su contenido en otro sobre nuevo, sin tocar nada con los dedos para no dejar huellas. Y esta carta, dirigida a esta señora, en Dean Street, la enviará usted hoy mismo. ¡Adiós, Lyman! ¡Y no olvide ningún detalle respecto al avión! ¡Avíseme si hubiera algún contratiempo, a este teléfono! —Y le marcó las señas en una hoja de un bloc.

Al despedirse, Lyman preguntó humildemente:

—¿Qué va usted a decir allí de mí, inspector Pratt?

—Que... eres un buen chico, y que en cuanto te cases serás el mejor agente especial del

F. B. I.

¡Suerte, muchacho!

—Gracias, señor Pratt, muchas gracias. No se arrepentirá usted de esas palabras.

Se despidieron cordialmente.

De regreso, pensó en Victoria, la mujer que había perdido a su marido a causa de una encerrona del «señor Stringer». Para ella era la carta aconsejándole que huyese de la casa antes de la visita de la Policía; acompañaban a la nota varios billetes.

En la extensa carta a Scotland Yard se revelaba la organización

de la banda dirigida por Stringer, sin mencionar para nada lo relacionado con el doctor Kersch.

Y por último, mientras salía de Londres, bajo un sol que podía considerarse de excepcional en aquellas fechas, por su brillantez, pensó en el regreso a Estados Unidos, su presentación a Truslow, llevándole detenido al doctor Kersch para someterle a los debidos interrogatorios preliminares del juicio. Pensó también en su propia rehabilitación como miembro del F. B. I.; era posible el ascenso al Estado Mayor, con cualquier pretexto.

El recuerdo de su novia, la mujer que seguía siendo fiel al expulsado del

F. B. I.

por ladrón —puesto que ella desconocía la verdad—, inundó de felicidad el corazón de Pratt. Estaba muy enamorado y comprendía el irregular comportamiento de Lyman. Cuando se ama de verdad, por una sola vez se desconocen los contornos de cuanto no sea el objeto amado y pierden importancia los problemas de la vida.

Sólo le entristecía la muerte del buen Playford: pero la vida es implacablemente egoísta, y Raymond Pratt, el audaz inspector del F. B. I.,

se hallaba próximo a olvidarse del mundo, apenas los brazos de su novia le rodeasen.





COLECCIONES DE  
**EDITORIAL ROLLAN**

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

**NOVELISTAS DE HOY**

Obras inéditas de gran altura literaria, por autores de fama internacional.

*Publicación semanal. 5 pts.*

**AVENTURAS DEL  
F. B. I.**

Serie de cuadernos infantiles con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas actuaciones de los Agentes del F. B. I.

*Publicación quincenal.  
1,25 pesetas.*

**EXTRAORDINARIA  
DEL OESTE**

Colección de inigualables novelas sobre los escalofrantes hechos ocurridos en el bravío Far-West americano.

*Publicación semanal. 5 pts.*

**PROEZAS**

Un nuevo género novelístico que presenta emocionantes aventuras plenas de humanidad.

*Publicación semanal. 5 pts.*

**PEPOTE**

Magnífica y original revista de humor para mayores, impresa a todo color, con la colaboración de los mejores dibujantes.

*Publicación quincenal. 3 pts.*

**JEQUE BLANCO**

Novísima serie de cuadernos infantiles, soberbiamente dibujados, narrando la azarosa vida de un agente secreto norteamericano por todo el mundo.

*Publicación quincenal.  
1,25 pesetas.*

**F. B. I.**  
¡LA COLECCION SIN RIVAL!





HA APARECIDO

# PROEZAS

**EDITORIAL ROLLAN**

**¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!**

sabía que los lectores anhelaban otra clase de novelas que hiciesen pareja, por su calidad, interés y originalidad, con las de la soberbia

**Colección F. B. I.**

Y para complacer al público, harto de leer otras series de baja categoría, EDITORIAL ROLLAN, tras un profundo estudio y después de una selección cuidadosa de temas y autores, lanza al mercado una NUEVA COLECCION, que no tiene rival (a excepción del F. B. I.) porque marca un género desconocido hasta ahora:

## PROEZAS

Esta Colección refleja, como su título indica, las emocionantes proezas de hombres audaces en lucha mortal contra la Adversidad, acuciados por los peligros del mundo actual, en ambientes exóticos y donde las pasiones son tan fuertes que conmueven hasta las raíces del ser humano.

Los más famosos escritores internacionales colaborarán en esta novísima Colección (cuyo precio es solamente de CINCO PESETAS), y buena prueba de ello es que

**ALF MANZ**

el inolvidable autor de tantas y tan geniales obras, ha escrito el primer número, una novela incomparable, titulada

**LA JUNGLA EN ARMAS**

♦ ♦

**HOMBRES, MUJERES Y JOVENES LEERAN**

## PROEZAS

**¡LA NOVELA DE TODOS Y PARA TODOS!**



## NOTAS

[1] Si el lector no conoce las interesantes enseñanzas qué reciben los alumnos de la Academia para Agentes Especiales del F. B. I., le conviene leer el número 1 de esta Colección, magnífica novela de protagonistas y ambientes distintos. (N. del E.). < <

[2] Departamento de Investigación Criminal de Scotland Yard. < <

[3] Government-Man es el nombre dado, en inglés a los agentes del F. B. I.

< <